

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 180 *Editorial*

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2019

ALFONSO REYES

A ¹³⁰ AÑOS DE SU NACIMIENTO
₆₀ AÑOS DE SU FALLECIMIENTO

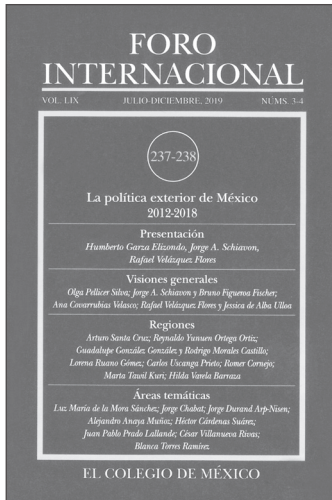
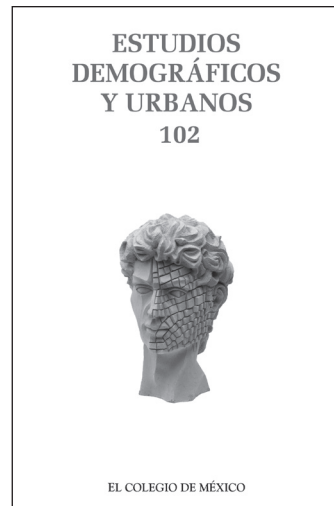
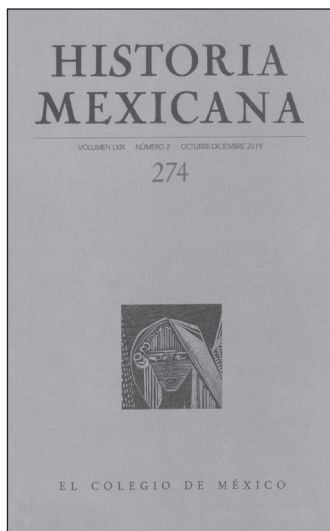
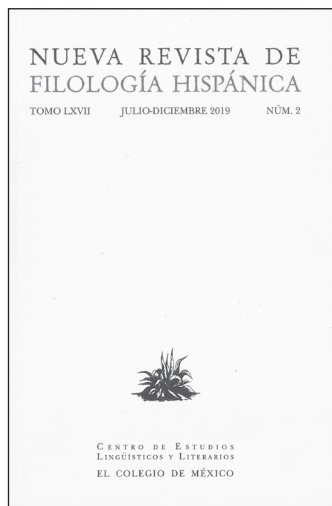
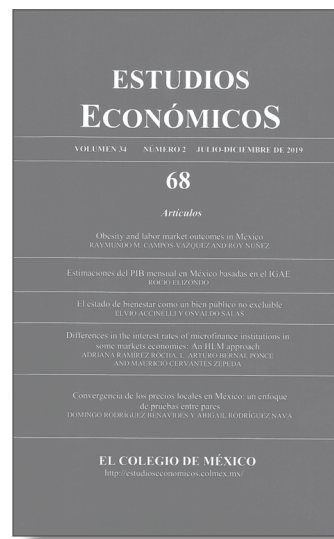


*este es, probablemente, el
mejor apunte que le
hice a Don. Alfonso. E-S.*

ADEMÁS:

El oficio de editora, a propósito
de la obra de Saurabh Dube
Eugenia Huerta

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Carretera Picacho Ajusco 20,
Ampliación Fuentes del Pedregal,
14110, Ciudad de México,
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
o correo electrónico:
elibro@colmex.mx



Í N D I C E

Alfonso Reyes
■ *Genaro Estrada* ■ 3

Entre retratos
■ *Pablo González Casanova* ■ 5

Alfonso Reyes. Aquí y en Grecia
■ *Luis Santullano* ■ 8

Don Alfonso Reyes y la historia
■ *Salvador Reyes Nevares* ■ 11

Nuestro don Alfonso el Sabio
(amén de cosas mejores)
■ *Alfonso Méndez Plancarte* ■ 15

Imagen de Alfonso Reyes
■ *Gisèle Freund* ■ 17

En Cardiología con Alfonso Reyes
■ *José Moreno Villa* ■ 19

Universalidad de Alfonso Reyes
■ *Jorge Mañach* ■ 21

Homenaje español a Alfonso Reyes
■ *José Gaos* ■ 28

Tan claro, tan rico de aventura...
■ *Max Aub* ■ 32

Alfonso Reyes, humanista mexicano
■ *Rafael Moreno M.* ■ 35

El arte de ser abuelo
■ *Alicia Reyes* ■ 42

Orígenes de la popularidad
de *Visión de Anáhuac*
■ *Javier Garciadiego* ■ 47

El oficio de editora, a propósito
de la obra de Saurabh Dube
■ *Eugenia Huerta* ■ 53

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidenta SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ *Secretario general* GUSTAVO VEGA ■ *Coordinadora general académica* ANA COVARRUBIAS VELASCO ■ *Secretario académico* VICENTE UGALDE ■ *Secretario administrativo* ADRIÁN RUBIO ■ *Directora de publicaciones* GABRIELA SAID ■ *Coordinadora de producción editorial* CLAUDIA PRIANI ■ *Editor* ULISES MARTÍNEZ FLORES ■ *Corrector* ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinador de promoción y ventas* JULIO LEGORRETA BALBUENA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 180, OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2019
Impresión: Druko International, S.A. de C.V.
Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PÉREZ
ISSN 0186-3924

Certificado de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.

Presentación

Por cumplirse este año 130 del nacimiento de Alfonso Reyes y 60 de su fallecimiento, en El Colegio de México y en otros ámbitos culturales, nacionales e internacionales, han abundado las conmemoraciones de la vida y la obra del fundador de nuestra institución. El *Boletín Editorial* del Colmex suma a estas actividades su último número del año. Para ello, hemos optado por reunir descripciones y reflexiones que sobre él hicieron algunos de los muchos que lo conocieron.


El puñado de retratos alfonsinos que aquí recuperamos tiende un amplio arco cronológico que va desde 1916 hasta 1976 en cuanto a las fechas de su publicación original, si bien se centra principalmente en dos momentos: finales de 1951, después de que don Alfonso había sufrido su tercer infarto, e inicios de 1960, apenas unas semanas después de su muerte.

Igual de amplio es el arcoíris temático abordado en los escritos que aquí presentamos: desde textos esencialmente anecdóticos o sobre su singular fisonomía hasta ensayos sobre el humanismo, la cultura y la ética en Alfonso Reyes, pasando por otros de sus tópicos principales: Grecia y el mundo helénico, la hispanidad en Reyes y su relación con España; la mexicanidad de don Alfonso y su país natal; sus libros y, en ellos, su universalidad; su labor diplomática, así como su diversidad literaria: poeta, ensayista, narrador.

Los autores de este prisma son sus amigos, de México, del exilio español y de otras latitudes, así como algunos de quienes lo acompañaron como colaboradores en sus proyectos principales de sus últimos años de vida, La Casa de España y El Colegio de México, o que siguieron de cerca la obra de don Alfonso desde espacios universitarios y culturales, en especial la Universidad Nacional Autónoma de México. Aquí la lista: el bibliófilo y diplomático Genaro Estrada, que en 1916 incluye y elogia a un joven Reyes en su antología de nuevos poetas mexicanos; Pablo González Casanova, quien a la postre sería rector de la UNAM y destacadísimo sociólogo, y que entonces era investigador en el Colmex; Alfonso Méndez Plancarte, filólogo y sacerdote; los filósofos Salvador Reyes Nevares y Rafael Moreno Montes de Oca; intelectuales republicanos exiliados en México como el filósofo José Gaos, el escritor Max Aub, el pedagogo Luis Santullano (un tiempo miembro de su equipo de trabajo en el Colmex) y el escritor y pintor José Moreno Villa; la fotógrafa francesa Gisèle Freund y el filósofo cubano Jorge Mañach.

Dos textos, finalmente, completan el homenaje a don Alfonso Reyes. Uno escrito en 1976 por su nieta (recién fallecida) Alicia Reyes, en donde retrata el lado más íntimo de don Alfonso y sus artes de abuelo. Otro, de reciente hechura, de la pluma de Javier Garciadiego, a propósito de la tal vez obra alfonsina más conocida: *Visión de Anáhuac*. Este homenaje a don Alfonso es ilustrado por Elvira Gascón, sin duda su principal retratista.

Como siempre, el *Boletín Editorial* cierra sus páginas con un texto que sale del tema central; esta vez nos lo aporta Eugenia Huerta, a propósito del oficio de editora.

Por último, mas no por ello menos importante, en este número hemos de agradecer el apoyo de nuestra compañera de la Dirección de Publicaciones Alma Lucero Chávez, quien recuperó, desde los documentos originales, los textos publicados, así como el proporcionado por el Archivo Histórico de El Colegio de México, en especial por la responsable del mismo, María del Rayo González, y los miembros de su equipo Sara Canales, Hugo Sánchez y Olivia Islas. 

Alfonso Reyes**

Alfonso Reyes puede considerarse hoy en día, entre la familia intelectual mexicana, como el talento más poderoso y el espíritu más culto y de mayor fuerza dinámica. No es propiamente un precoz —de lo cual debe sentirse muy satisfecho—, pero el saber que ha atesorado a sus veintitrés años corresponde al que atesoran por lo general los hombres de letras de nuestras Américas al llegar a la mitad de la vida. En las asambleas

de la juventud literaria, Alfonso se distingue por la agilidad de su palabra, por el entusiasmo juvenil sabiamente atemperado, por su afición a las bellas paradojas de sentido un poco extravagante y un poco cruel; y en una asamblea de sabios provecos se distinguiría por la madurez de sus juicios, por la profundidad de sus adquisiciones mentales, por su amistoso y fecundo trato con los filósofos. Con lo cual queremos decir que, sin haber perdido las prerrogativas de la alegre mocedad, tiene aquella envidiable certeza que antaño se creía privilegio exclusivo de la senectud.

Aunque es un trabajador infatigable, Alfonso Reyes no ha publicado hasta ahora sino un libro: las *Cuestiones estéticas*. Por la riqueza y originalidad de los asuntos, por el noble atrevimiento de sus observaciones críticas y por la ilimitada amplitud de las visiones mentales que acusa, este libro revela y sintetiza las varias capacidades de Alfonso, sus preferencias literarias y los caminos por donde ha de emprender animoso el viaje hacia la cumbre de la celebridad.

Su prosa tiene un intenso sabor clásico, en el más noble sentido de esta palabra. Clásico y castizo. En sus periodos hay la amplitud y la sonoridad del viejo periodo castellano de los maestros del siglo de oro. A veces están matizados de arcaísmos de buena ley. Pero conservan, dentro de la severísima arquitectura que les es propia, el ímpetu del vuelo de los más nobles maestros del arte contemporáneo, que están hablando de la renovación de nuestro siglo

* Genaro Estrada (1887-1937), escritor, periodista, bibliófilo y diplomático mexicano, miembro de la Academia de la Lengua y fundador de la Academia Mexicana de la Historia. La abundante correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada puede consultarse en *Con leal franqueza*, 3 tt., Serge I. Zaitzeff (comp.), México, El Colegio Nacional, 1992-1993.

** Recuperado de un recorte de periódico resguardado en el Archivo Histórico de El Colegio de México: Archivo Pedro Henríquez Ureña, caja 8, exp. 11, foja 33. Aunque anotaciones manuscritas en sus esquinas indicarían que se publicó en 1913 y que su autor es Ricardo Arenales (uno de los pseudónimos del escritor y periodista colombiano Miguel Ángel Osorio Benítez [1883-1942]), el texto aparece en *Poetas nuevos de México* (México, Porrúa Hnos., 1916, pp. 263-265), antología “con noticias biográficas, críticas y bibliográficas” preparada por el diplomático y escritor Genaro Estrada. Nos quedamos con esta última versión, que Alicia Reyes ratifica al citar la respuesta que Alfonso Reyes habría dado a Estrada por tan elogioso texto: “Gracias por el libro, gracias por esa efusiva página que me dedica. Si yo creyera merecerla, ya me podría morir contento” (Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 13 de diciembre de 1916, archivo de Alfonso Reyes, en Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 4ª ed., 2000, p. 83).



EVILKA - AXON

y que reclama para sí toda la anchura de los horizontes. Es, finalmente, una prosa rica de matices, abundante en recursos de elocuencia, preñada de sugerencias, y en la cual se percibe una secreta armonía ideal que constituye su mayor encanto.

Se ha creído generalmente que Alfonso tiene limitadas aptitudes para expresar sus emociones en forma poética, es decir, vaciándolas en los moldes del verso. Error lamentable. Hay en su espíritu vislumbres ideales, vagas melancolías, optimismos risueños, que reclaman severas y armoniosas cláusulas ajustadas a números precisos. Por otra parte, nadie conoce mejor que él la técnica sutil, intransigente y heroica de la poesía. Y como la forma expresiva de las emociones no es arbitraria y ocasional, sino que está regida por una fatalidad ineludible, Alfonso hace versos en sus días de serena y recóndita inspiración. Versos en donde las palabras están dispuestas con arreglo a una suprema

arquitectura; donde nada sobra y nada falta; donde el ritmo exterior es trasunto de las íntimas consonancias vitales, y por donde se escapa el rumor de las suaves tormentas que se renuevan “más allá del ritmo de los pensamientos.”

La vida íntima de Alfonso Reyes podría presentarse como un modelo de la voluntad en lucha con las cosas contingentes, que se erige bravía sobre los obstáculos y que todos los encadena y somete a la soberanía de su imperio.

Ha edificado su casa y ha levantado su familia; busca en los afectos recatados el estímulo de cada momento, y sabe encontrar en las sencillas cosas la virtud inmanente y tranquila que es la más alta revelación del influjo divino. Por ello se ha dicho que el espíritu de Alfonso Reyes evoca la noble severidad del espíritu de Goethe. Porque, a la manera de Goethe, Alfonso ha erigido la pirámide de su propia existencia.

Entre retratos**

Los retratos de Antonio y Juana siempre me desazonaron. ¿Había sido aquella una fotografía del destierro? ¿Era éste un retrato de claustro? Antonio tenía la mirada de un hombre muy sufrido y un gabán de muchos inviernos y de muchos fríos. Ella, en cambio, la frialdad de una monja sin historia terrena, pintada en varios días. Ella un apaciguamiento teológico que contrastaba con el corazón solo de Antonio, ese corazón que lo había dejado en un escepticismo cariñoso, abierto —en un postrer absurdo de dignidad— a todo el mundo bueno. Parecía que para ella ya todo era muerto: vivía indiferente desde el porvenir de sus cielos. Él, en cambio, vio una muerte de su tierra y estaba o muy viejo o muy niño para los nuevos vientos del mundo. Por eso se había vuelto escéptico y bueno. Y aunque hiciera alarde de su escepticismo, uno se daba cuenta de que a él le habría gustado creer más en Dios o más en los hombres. Su

*Pablo González Casanova es un destacado sociólogo mexicano de larga trayectoria en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la que fue rector entre 1970 y 1972. Fue investigador en El Colegio de México entre 1950 y 1954, fechas en las que el presidente de nuestra institución era don Alfonso. Resalta en su prolífica obra el libro *La democracia en México* (México, Era, 1965).

**Publicado en *México en la Cultura*, suplemento del diario *Novedades*, núm. 140, 7 de octubre de 1951, número especial en homenaje a Alfonso Reyes. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 27, exp. 9, foja 3.

escepticismo era doloroso y se engañaba pensando que era humanista. Dudar aquí, dudar allá, no dar pasos de pavo decidido, gatear por el pensamiento, lleno de dudas y cuidados. Ésos eran sus consejos. Las soluciones viejas ya no eran soluciones y él no estaba hecho para las nuevas: había tenido que vivir de nuevo, como niño que era, o habría tenido que ser más joven o más maduro. Ella, en cambio, caminaba con pasos gigantescos de sosiego retórico y genial, insatisfecha de la fábula compuesta de la tierra, pero cierta del futuro “día sin noche continuado”: vivió en un mundo que no se acababa, que no sabía lo que era el *acabose*, porque todo lo tenía previsto, hasta el Día del Juicio Final. Decididamente, Antonio estaba más cerca de esta vida mirando, como buen castellano, que todo se moría.

¿Qué más estaba en la sala fuera de esos dos retratos? Un sol en un jarrón de agua y en las alfombras. Un vidrio encima de la mesa. Unos sillones verdes... Y en el centro, con su vida, animándolo todo, don Alfonso.

— ¿Recuerda usted aquella octava de Clément Marot “Plus ne suis ce que j'ai été”?

— ¿...?

— Sí, es esa que acaba:

Amour tu a été mon maitre
Je t'ai servi sur tous les Dieux



Ah, si je pouvais deux fois naitre
Comme je te servira! Mieux!

La conversación se interrumpía. Llamaban al teléfono: era una mujer, sin duda. Y don Alfonso, tan bien arreglado, empezaba a conversar con ella, haciéndome señas de que no me fuera. Yo trataba de no escuchar lo que decía (Amor, tú has sido mi dueño), de mirar por la ventana (Te he servido sobre todos los dioses), de buscar los pasos de una mujer en la escalera (¡Ah!, si pudiera nacer dos veces), de encender un cigarrillo (Sin duda te serviría mejor). ¿Estaba yo traduciendo la cuarteta del francés, inconscientemente, o estaba don Alfonso diciéndole todo eso a la muchacha en buen castellano? Yo oía una fiesta de palabras al fondo y de risas, y ascéticamente no quería escuchar.

Era difícil hablar con don Alfonso entonces. Él no me tenía confianza para contarme de su historia y yo con mis veinte años le tenía miedo para preguntar de libros o para comentar de versos y

de autores. No es un profesor don Alfonso, nunca lo ha sido, por egoísmo, por incapacidad o por modestia. Para que diga una frase inteligente basta un minuto, pero para que se anime a sostener una conversación necesita hallar una respuesta, aunque sea pequeña, como anzuelo; sentirse de igual a igual con el pescador, aunque en el fondo sepa que el pescador es inexperto. Las preguntas no sirven para conversar con él, porque nunca está de banquillo ni de cátedra. Su despreocupación por las dudas verbales y simplonas proviene quizá de que son menos favorables a la dialéctica y a la imaginación. Hay que responder con seguridad, oculto el miedo y lo bobo, y así él, como sin darse cuenta, empieza a hablar.


Con el tiempo y los años me volví audaz y un día le hablé de Mallarmé —lugar sensible— y otro hablamos de Apollinaire, del arcoíris expatriado, de los cuatro bombarderos cubiertos de polvo, de los soldados trogloditas, de “Lou”, aquel amor mujer a quien enviaba el poeta un obús lleno de fidelidad. Hablamos de Apollinaire, de Ronsard y la radio; de la Edad Media y los obuses. Don Alfonso recitó alegremente “La Pulga” y algún otro poemilla breve...

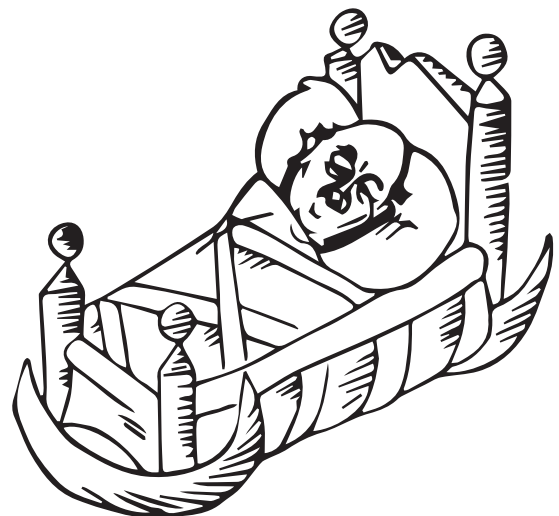
Cada día desde entonces he podido mirar mejor a don Alfonso. Cada uno de sus ademanes y de sus movimientos se me han aparecido en algo de su plenitud. Ha perdido la importancia de llamarse don Alfonso y he sabido de sus gestos preocupados y de sus eufóricos. Un día don Alfonso tiene miedo nimio, otro se siente viejo y enfermo. Todo lo exagera y lo finge con lisura. Su voz se apaga a ratos; su cabeza se inclina. Su voz se levanta, atruena cadenciosa, rítmicamente. Busca los matices de la idea. Hace punto en coma. De su juventud habla con fruición: de Madrid, de Río, de la Plata. De sus antepasados con celo. De sus contemporáneos con mucha grandeza de ánimo. Cuando se aburre no lo oculta: es muy cortés. Pero la conversación se entorpece; los silencios se oyen y uno comprende que ya está cansado de circunloquios y desea volver al tema de trabajo. Entonces, como el ribaldo romano, se le atreve uno y dice: “D’Oy mais vengan los griegos con toda su porfía.”

Don Alfonso habla sin fatiga, saca libros y citas. Uno lo sigue, desmarañando como puede la elipsis de sus ideas y de su erudición. Don Alfonso lee sus últimas cuartillas escritas. A veces su voz —como en los clásicos— distrae del contenido. Hay mucho de estudio en una y otro, y cuando la carga se hace pesada al intelecto, más vale concentrar la atención en el sonido. ¿De qué habla don Alfonso, de qué lee?, Un día de España, otro de Grecia, y otro y otro y otro más de México. ¿De México? Sí, pero sin espíritu provinciano, sin miramientos de alcalde, sin celo de policía, sin traicionero alarde tricolor. Habla sencilla, naturalmente, de México, sin gritar: ¡Ea, miren ustedes que estoy hablando de México! Don Alfonso repugna de provincialismos. Le gusta escoger los mejores lotes del Universo. Y nos ha contado que desde joven se propuso explorarlos con la mejor técnica posible. Hace años estuvo con España, ahora anda por Grecia, siempre por México. Pero ocurre que no gusta de fórmulas y que en México hemos

oído hablar de México —¡tan a menudo!— a base de fórmulas. Los ingenuos, al oírlo y no descubrir esa retórica, que les sirve de andadera en toda su distracción de lo mexicano, han pensado que don Alfonso nunca habló de México. Y eso a él le duele, a él que ama a Grecia y a España y a Francia; que está cultivando en esta tierra nuestra, tan manoseada de falsos patriotismos, el árbol del bien y del mal del Universo que es en sus horas y sus días har-to mexicano.

“Clarín le preguntó a uno de sus discípulos en su clase de Madrid qué es metafísica. El discípulo respondió que no sabía, que por haberla estudiado en Valencia. ¿Pues dígame qué es metafísica en Valencia?”. Cuenta esta anécdota por todas partes don Alfonso, porque él, que estudió letras en México, sabe hablar de letras en Argos y Cuitzeo.

Cuando don Alfonso se pone a leer, sé que he de callar por varias horas, olvidarme de sus cuentos, de sus gestos, de sus penas y su alegría. Los rasgos de su cara se me esfuman. Su voz se va perdiendo. Ya nada es retratable: su yo ha salido, se ha desplegado sobre un papel pequeño, cruzado de menudas letras. Su mundo aparece y él se oculta, se esfuma, se vuelve invisible: sólo se le puede reconocer por lo que Sthendal llamaría el egotismo de su obra. 



Alfonso Reyes.

Aquí y en Grecia**

Todos sabemos que este mexicano universal, que es Alfonso Reyes, tiene una casa de campo en Grecia, no sé si a orillas del río Escamandro, donde pasa los fines de semana desde 1908, quizá desde antes, si nos atenemos a esta declaración suya referida a los años de la adolescencia: “No tardé en sentir las aficiones fundamentales que me hicieron fijar la atención en Grecia, España, Francia, Inglaterra. Al lado Italia y Alemania...”. Ya está ahí Grecia, en el primer lugar de la curiosidad alfonsina. No mucho después, en aquel 1908, aparece firmado su estudio “Las tres Electras del teatro ateniense”, publicado en su libro *Cuestiones estéticas*, París, Librería Paul Ollendorí. Alfonso tenía entonces sus 19 años bien mozos. ¡Qué gran madrugador él para las mejores preocupaciones, pluma en ristre! Su padre, don Bernardo —valeroso militar que había reunido una buena biblioteca y dejó entre sus papeles un croquis de la batalla de

Marathón—, hubiera podido escribirle como Cicerón a su primogénito: “Un año hace ya, hijo mío Marco, que, residiendo nada menos que en Atenas...”. ¡Nada menos que en Atenas! Así hoy Alfonso, de encontrarse viajero en Grecia, podría decir como Gide: “*Je suis peu surpris d’être ici... Je suis comme chez moi : c’est la Grèce. Tout me paraît si familier*”. Pero quizá esto no le sea del todo aplicable. A Reyes no le han interesado los lugares griegos, que hubiera podido visitar en sus muchas andanzas, sino los hombres de ayer, los hombres y los dioses, a los que trata como de la familia, y así no puede sorprender que a los 34 años se haya fijado en “Ifigenia” y hecho del tema una interpretación gallardamente personal. Algo mexicano sabría señalar esta predilección literaria suya...

Le sucede a Reyes con Grecia lo que a su maestro Menéndez Pidal con el Romancero, cuya familiaridad ha permitido a don Ramón hacer los discretísimos arreglos que nos recrean en su *Flor nueva* y que el coautor justifica: “Al introducir esas variantes creo que no hago sino seguir los mismos procedimientos tradicionales por los que se han elaborado todos los textos conocidos”. También Alfonso Reyes con su “Ifigenia”, acaso la obra preferida por él entre todas las suyas, que llegan al centenar. Aparte de la belleza lograda, el poeta ha encontrado para la hija de Agammenón una nueva y convencedora actitud:

A diferencia de cuantos trataron el tema desde Grecia hasta nuestros días, supongo aquí que Ifigenia,

* Luis Santullano (1879-1952) fue un profesor, escritor y pedagogo español. Tras la derrota republicana, en 1939 se exilió en Nueva York, donde impartió clases de literatura española en la Universidad de Columbia. Vino a México en 1944 y desde ese año y hasta 1952 fue oficial mayor de El Colegio de México, formando parte del equipo de trabajo de su presidente, Alfonso Reyes.

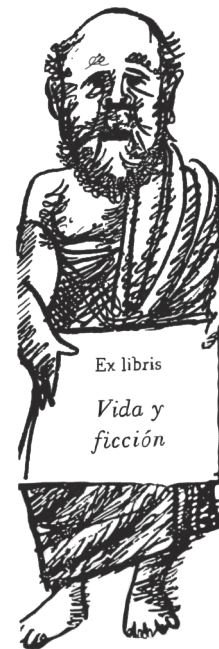
** Publicado en *México en la Cultura*, suplemento del diario *Novedades*, núm. 140, 7 de octubre de 1951, número especial en homenaje a Alfonso Reyes. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 27, exp. 9, fojas 4 y 7.

arrebatada en Áulide por la diosa Artemisa a las manos del sacrificador, ha olvidado ya su vida primera e ignora cómo ha venido a ser, en Táuride, sacerdotisa del culto bárbaro y cruel de su divinidad protectora. El conflicto trágico, que ninguno de los poetas anteriores interpretó así, consiste para mí, precisamente, en que Ifigenia reclama su herencia de recuerdos humanos y tiene miedo de sentirse huérfana de pasado y distinta de las demás criaturas: pero cuando, más tarde, vuelve a ella la memoria y se percata de que pertenece a una raza ensangrentada y perseguida por la maldición de los dioses, entonces siente asco de sí misma. Y, finalmente, ante la alternativa de reincorporarse en la tradición de su casa, en la *vendetta* de Micenas o de seguir viviendo entre bárbaros una vida de carnicera y destazadora de víctimas sagradas, prefiere este último extremo, por abominable y duro que parezca, único medio cierto y práctico de eludir y romper las cadenas que la sujetan a la fatalidad de su raza.

Quizá algún lector, que vive su hora cotidiana y feliz, se pregunte: ¿Por qué le interesa a Reyes esa Ifigenia, más o menos cruel? Pues bien, la solución que Alfonso Reyes da al conflicto nos dice que había de ser precisamente un latino quien encontrara esa interpretación humana, aun siendo tan fuerte y desagradable el conflicto planteado. Mucho debió gozar el escritor en aquel ocio suyo a la vera del mar Cantábrico:

Cuando, en las tardes, dejáis andar la rueca,
y cantáis solas, a fuerza de costumbre,
unas tonadas en que yo sorprendo
como el sabor de algún recuerdo hueco;
canciones hechas en el hilo lento,
canciones confidentes y cómplices
que, siempre con iguales palabras,
esconden cada vez hurtos distintos
y mordiscos secretos en la pulpa de la vida.

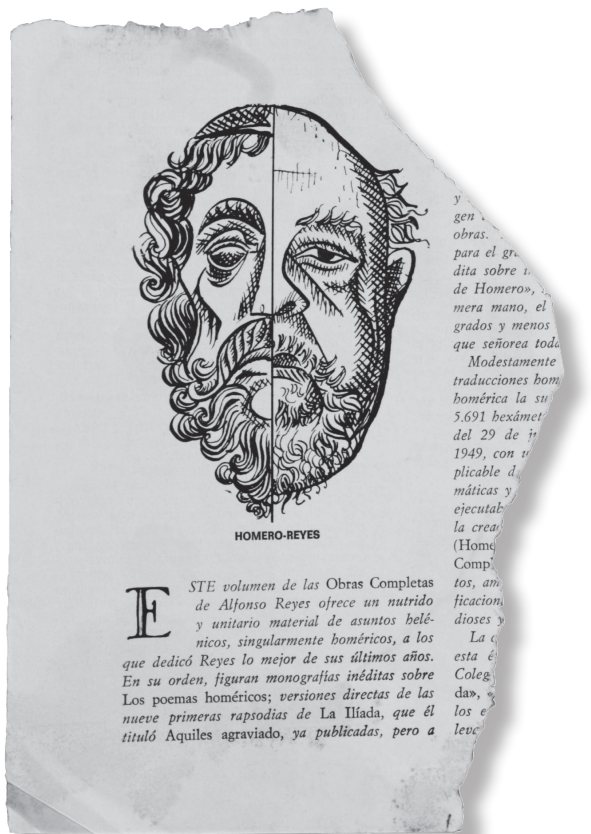
Pero si no convence esto al buen lector de respetables intereses limitados, he aquí la explicación que Reyes nos brinda acerca de su afición helénica:



Tenemos derecho —una vez que por cualquier camino alcanzamos la posesión de un módulo— para manejarlo a nuestra guisa. [...] Sucede en esto lo que con el libro de cabecera: es tan nuestro que rueda por las sillas y por las mesas, le anochece en el velador y le amanece a los pies de la cama. Al libro predilecto lo tratamos —en nuestro fuero interno— con todas las veleidades de la sinceridad: reñimos con él, le exigimos más que a ninguno. Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra.

Admitiendo de plano lo último —lo de la Grecia suya, de Alfonso Reyes—, voy a contradecirle sólo un poquitín en lo que él explica. Elemento ponderador, dice. No, ¡elemento liberador!, liberador del espíritu, de la agresión cotidiana de tantos motivos insufribles, de unas gentes empigorotadas en los mandos económicos, políticos, sociales que siguen en el umbral de la caverna prehistórica. En Grecia, en la Grecia de antaño, había violencia y había crueldad; pero había también “cierta visión del mundo”, que mantenía como en levitación las almas.

Lo hallamos hasta en los diálogos como este que nos ofrece Alfonso Reyes en su *Junta de sombras*, entre Jenófanes y Pitágoras:



ESTE volumen de las Obras Completas de Alfonso Reyes ofrece un nutrido y unitario material de asuntos helénicos, singularmente homéricos, a los que dedicó Reyes lo mejor de sus últimos años. En su orden, figuran monografías inéditas sobre los poemas homéricos; versiones directas de las nueve primeras rapsodias de La Iliada, que él tituló Aquiles agraviado, ya publicadas, pero a

Jenófanes: Hablemos como la buena gente en torno al fogón, mientras se cuele el dulce vino y se tuestan los garbanzos [...] ¿Qué verdad escondes bajo tu manto?

Pitágoras: Una que no verán tus ojos: que el rectángulo isósceles no se deja reducir al número, pues sacando la razón cuadrada de la hipotenusa y los catetos, hallo que un número puede ser par e impar indistintamente. Sin embargo, existe ese triángulo. ¿Luego la realidad no es necesariamente convertible en inteligencia? Esto me conturba.

Sencillamente delicioso... y transcendente. Mucho era la inteligencia para el griego, pero no lo era todo. Los dioses, con sus preferencias y sus arbitrariedades, interferían la vida, unos dioses que gozaban y sufrían como los hombres. Y, un tanto cansados de su Olimpo, ¡hasta se tomaban algunas vacaciones!: “Apolo —escribe Reyes— se trasladaba de Delfos a Delos por todo el verano, que prefería pasar junto al mar”.

Pienso que la armonía de lo humano y lo divino, esta relación de los inmortales y de los mortales, ha

influido notablemente en las preferencias helénicas de Reyes. De ahí su vocación investigadora para averiguar cómo el pueblo más culto que la Humanidad ha realizado llegó a interpretar los grandes misterios, el porqué de lo divino, el origen y proceso de lo sobrenatural. Grecia fue un tiempo el pueblo que tributó una mayor confianza al hombre, y de un modo gozosamente sencillo consiguió el diálogo entre el cielo y la tierra, a que siglos después habían de aspirar los místicos... sin lograrlo. Pero esto sería un cuento largo de contar.

Tales aspectos del significado griego justifican los gustos de Alfonso Reyes, cuya personalidad y arte de escritor desbordante de curiosidades mantienen firmes, sin embargo, su auténtica y esencial índole mexicana. Si busca recreo en Grecia —no olvidando a su Arcipreste, a su Góngora, a su Goethe, a su Mallarmé—, Reyes no ha dejado un solo día de apoyar el pie seguro en el suelo propio. Ya en *Última Tule* había examinado “diversos aspectos del deber histórico de América en la hora presente”, en cuanto “el nuevo mundo es el único escenario que ha quedado al drama humano para continuar sus experiencias hacia la felicidad y la cultura”. Pero ésta es, como si dijéramos, una posición intelectual, cada día más justificada en su alcance de vaticinio. Junto a ella está la otra posición coincidente del mexicano que escribe la *Visión de Anáhuac*, con la maravillosa descripción del valle alto, de la mesa central —“paisaje organizado”— y con esta clara afirmación:

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa, esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural.

Éste es Alfonso Reyes, el mexicano universal que vive espiritualmente aquí y allá, en la tierra suya y en el soberano mundo de la humanidad mejor.

Don Alfonso Reyes y la historia**

Antonio Caso empleaba desde la cátedra todo el peso de su elocuencia y lanzaba el poder de su sabiduría a derrumbar el positivismo, estéril ya, que había sido cantera y andamio para el régimen de don Porfirio. Vasconcelos iniciaba sus escarceos con la filosofía hindú, y entre noches alucinadas y días monótonos, de ejercicio profesional, soñaba sus futuras empresas de escritor, de político y de maestro. Henríquez Ureña era un erudito joven, dado a indagar por todos los vericuetos del pretérito literario, y que pulía sus instrumentos críticos y reunía sus notas, en espera de escribir sus opúsculos y sus grandes exposiciones. Diego Rivera entraba, con ojos llenos de avidez y manos previamente sabias, al recinto de las tradiciones plásticas, y allí se pertrechaba para su obra posterior, creadora por sí sola de nuevas tradiciones. Y González Martínez, hombre maduro, se aproximaba a todos ellos con ademán de simpatía, en cuyo fondo no dejaba, sin duda, de agitarse cierta noble admiración y algo como una profecía. No



todos hubiesen podido, como él, concebir una fe tan auténtica en el grupo del Ateneo. Es bien difícil augurar el buen éxito de nuestros contemporáneos, porque respecto a ellos nos turba la misma incertidumbre que nos llega cuando se trata de averiguar algo sobre nosotros mismos. El desemboque final es siempre un acertijo. Nadie puede, razonablemente, asegurar que vaya a aparecer al cabo.

Alfonso Reyes daba ya conferencias sobre literatura española, y al hacerlo transmitía sus primeras cosechas. Poco más tarde, en sus años ibéricos, alternaría con Solalinde, con Camba, con Valle Inclán y con todos, en fin, cuantos concurrían por aquel tiempo al Ateneo de Madrid, que era la más brillante reunión de gente valiosa en España. Corridos los años, la cultura literaria de Reyes había de trascender la pura órbita de lo español para constituir en cuadro entero, que tiene como últimos planos el

* Salvador Reyes Nevares (1922-1993) fue un filósofo, ensayista y narrador mexicano. Perteneció al grupo de jóvenes filósofos universitarios conocido como Grupo Hiperión, que desplegó sus actividades públicas mediante múltiples conferencias y publicaciones de 1948 a 1952.

** Publicado en *México en la Cultura*, suplemento del diario *Novedades*, núm. 140, 7 de octubre de 1951, número especial en homenaje a Alfonso Reyes. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 27, exp. 9, foja 6.

griego y el latino, y llega hasta las más modernas actividades en casi todas las lenguas de Occidente. El afán de don Alfonso —y así nos lo cuenta en un *Pasado inmediato*— fue siempre el de un humanista. La situación de la enseñanza en México, antes de que los de su grupo interviniesen, era muy poco propicia para comunicar, desde las cátedras, el tradicional humanismo nuestro a los estudiantes. Simplemente, no había en los programas escolares clases que no fuesen científicas, entendiendo por ciencia lo que el positivismo había predicado, esto es, lo estrictamente experimental o experimentable. De la filosofía sólo se habían salvado la lógica y la psicología, y se daba literatura, pero una literatura fincada sobre supuestos tan mezquinos que la privaban de toda riqueza. La generación del Ateneo volvió a los cauces antiguos de la enseñanza universitaria mexicana. Volvió a interesarse por todo lo humano, y a sentir que “nada de ello le era ajeno”. Así, cada uno de sus componentes se lanzó por los rumbos de la cultura con el ánimo abierto. Y si bien puede encontrarse que cada uno de ellos se dedicó con predilección a una actividad en particular, puede también descubrirse que ninguno se encerró en ella, y que todos perdieron desde un principio el espíritu renuente a la aventura, amigo de la seguridad burguesa, que distinguía a los que, como ellos, salían de la Escuela Nacional Preparatoria. He llamado a aquella actitud espiritual “amiga de la seguridad burguesa” no fijándome tanto en las tendencias sociales de los jóvenes de principio de siglo, sino en su recurrencia a la menguada universalidad, perfectamente esclarecida, que parecía brindar a la mente el positivismo, y que libraba al individuo de toda inquietud que no pudiese ser resuelta en el laboratorio u hojeando, a lo mejor, algún tratado de moral práctica...

La generación del Ateneo inició sus campañas cuando los políticos antiporfirianos comenzaban las suyas. La revolución de ideas fue concomitante respecto a la otra, a la revolución armada y llena de elocuencias parlamentarias. Don Alfonso no cree que la sacudida intelectual haya tenido papel de causa eficiente relacionada con la otra sacudi-



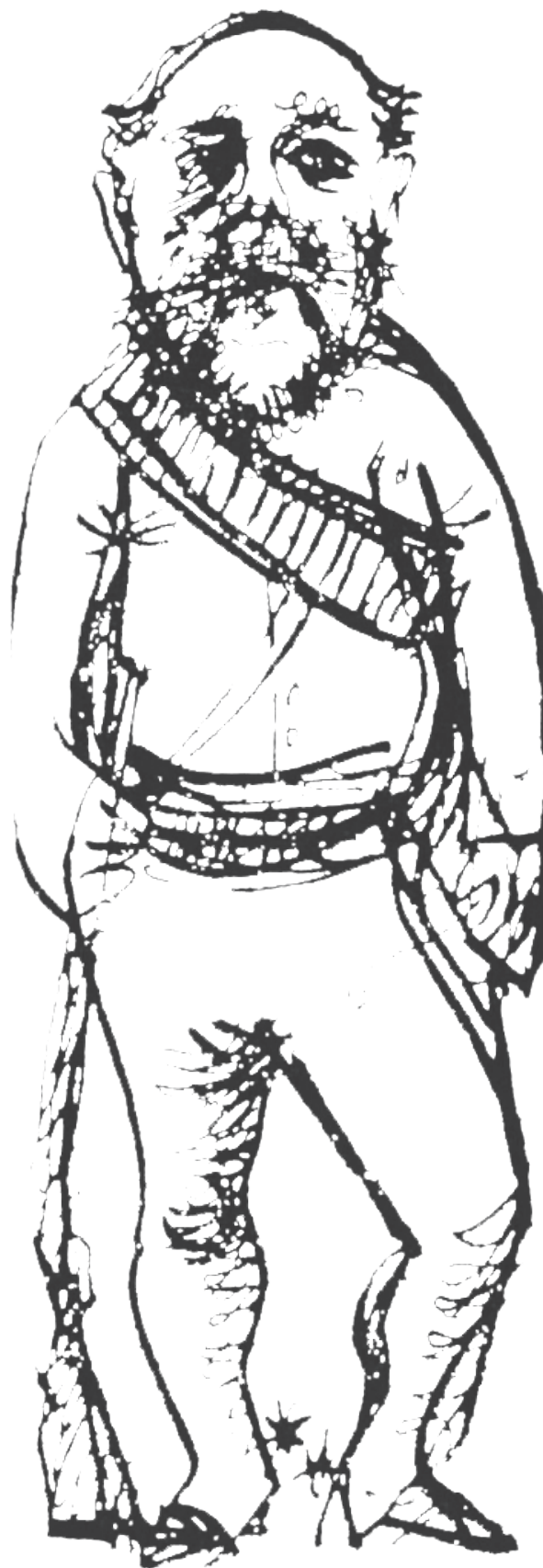
da. Considera el maestro que la Revolución de novecientos diez fue un movimiento sin puntos teóricos de arranque, y que se fraguó en una forma llana, sin lecturas previas de algún libro iluminador, y sin que interviniesen grandes concepciones doctrinarias. La revolución se prendió por la mera fuerza de los hechos y fue, en principio, solamente un hecho, que al cabo tuvo que buscar asideros

ideológicos, esquemas y estructuras filosóficas que lo explicaran. Ellos, los del grupo de Reyes, trabajaban, pues, en sus empresas como al lado de los revolucionarios, pero sin participar, en tanto que interesados por ciertos fines, en la batalla que aquellos libraban. Claro es que algunos de los del Ateneo ingresaron a la Revolución. Eran hombres de sus tiempos. Pero, en cuanto figuran históricamente dentro del esfuerzo político, no puede considerárseles como sobrellevando la tarea ateneísta. Fueron dos gestas que encarnaron, a lo mejor, en los mismos individuos, pero perfectamente discernibles. Por una parte, la apasionada batalla contra la dictadura y, por otra, el esfuerzo, no menos patético, en favor del humanismo.

El espectáculo de la Revolución armada, y en general del país, sometido a una crisis decisiva, fue sin duda buen acicate para las primeras reflexiones de don Alfonso Reyes acerca de la Historia como disciplina y como trabazón real de sucesos; como investigación y libro, y como influir que arrastra a quien tropieza, susceptible a la vez de ser encaminado. El temperamento de erudito que tiene el maestro había de suministrar, más adelante, un variadísimo material que esclarece ambos aspectos del problema (y acaso fuera mejor decir que esclarece ambos problemas). El humanismo de Reyes, que no le permite la indiferencia frente a ningún ángulo de lo humano, había de llevarlo imperativamente hacia el tratamiento teórico de la Historia, sucesión de hechos vivos en lo que hay que participar, y de la Historia, investigación de hechos pasados, narración de los mismos e intento de explicarlos.

Los mejores afanes que como investigador ha desplegado dentro del tema son aquellos que tra-

tan de la segunda cuestión. La naturaleza del género histórico es asunto bien debatido en *El deslinde*. El problema reside en saber cuáles son las distinciones válidamente distinguibles entre historia, ciencia y literatura. Toynbee ha tendido ya un buen hilo conductor que bien puede llevarnos a resultados satisfactorios. Reyes encuentra que, en efecto, el mejor camino, dadas las circunstancias actuales de la investigación, es el que propone el erudito inglés. Sólo que para Toynbee las diferencias entre las tres modalidades mentales que dejamos apuntadas son sobre todo definibles cuantitativamente. La Historia se ocupa de aquellos hechos respecto a los cuales contamos con una información relativamente de poca monta; la ciencia trabaja con datos más numerosos, de los que concluye leyes —puede concluirlos— y, por último, la literatura surge sobre un número tal de datos, que supera en forma abrumadora al que nutre a la ciencia y, con mayor razón, al que soporta a la Historia. Claro es que este criterio no puede bastar. De hecho, Toynbee no se encierra en él para caracterizar a la Historia. Cree el sabio británico —y en ello está de acuerdo don Alfonso— que los tres géneros cuyo deslinde le preocupa no se dan sin entremezclarse. En el caso concreto de la Historia, se advierte que admite, en su auxilio, a la ciencia —la antropología, v. gr.— y a la literatura. Las intromisiones de esta última disciplina dan lugar a las cavilaciones más jugosas del maestro en este terreno. La biografía, por ejemplo, que es un género literario por definición, da claras muestras de su cercanía con el campo de lo histórico. Nada más que en la biografía, como se cuenta con la abundancia de datos peculiar de los temas literarios, se tiene que abandonar, si se quiere ser congruente con el género mismo que se cultiva, el punto de vista estrictamente histórico, y reducirse a un área en que las grandes y escuetas dimensiones de los hechos se ven menguadas, aunque se gana en profundidad respecto al personaje que se estudia. Es decir, que el biógrafo, si bien no puede aspirar a ser historiador en el mismo acto en que sienta plaza de lo primero, y no puede porque los datos con que cuenta le impiden extender la mirada más allá del ambiente personal del individuo que le preocupa, logra en cambio calar con mayor profundidad



en el meollo de lo humano. Su personaje resultará infinitamente más rico que el personaje histórico, porque no es una pieza nada más, sino una materia remodelada y en cuyo manejo se aspira a revivirla.

La Historia debe ser, para don Alfonso, una investigación que conduzca a la narración fluida de los hechos, sin dejar que lo imaginario se cuele en proporciones peligrosas; pero sin permitir, tampoco, que el volumen documental reunido mate enteramente la frescura del cuento. Es decir, que el maestro predica al historiador una medida inicial que ha de conservarlo —uso la terminología de Toynbee— al margen de la “falacia apática” y de la “falacia patética”. La primera consiste en reducir la Historia a la pura frialdad del documento. La recopilación se vuelve casi el único elemento, y se prescinde de todo intento de explicación a no ser que ésta resida ya, sin que el encontrarla implique añadido alguno, en el documento mismo. Se trata de la Historia pesada y lenta, eruditísima, convertida en mera ocupación de archivo, de paleografía, de arqueología. En cambio, la falacia patética es el pecado de la abundancia imaginaria. Reyes, que ha rastreado en forma metódica y fructuosísima por los textos de la antigüedad, sabe cómo, en ellos, hay interpolaciones debidas única y exclusivamente al historiador. Tucídides incluye discursos enteros y diálogos, que hace sonar en las voces de sus protagonistas. Pero el ejemplo exacto de falacia patética es el del historiador que traslada, a fuerza de perífrasis, pasiones humanas y sentimientos humanos a las entidades abstractas. Se inviste al Estado, por ejemplo, de una personalidad no sólo jurídica, sino cabal, y se habla de que padece cobardía, o de su arrojo, o de sus sufrimientos o sus vanaglorias. La influencia literaria que notamos al descubrir un discurso ficticio en labios de un orador heleno constituye más un fenómeno de acción externa que otro residente y efectivo en el interior de la Historia. La falacia patética, tal como la caractericé en el último párrafo, es una penetración de la litera-

tura en la Historia. Es decir, representa una influencia interna. Es que el historiador adopta, al operar, v. gr., la personificación del Estado, una mentalidad que ya no es de historiador, sino de literato.

Pero don Alfonso, en sus meditaciones sobre la Historia, no se ha concretado —no podía concretarse— a reflexionar sobre los textos de Toynbee. Su erudición lo ha llevado por todos los campos de la Historia —como ciencia— antigua y moderna. Sabe de Herodoto, de Hecateo, de Tucídides, de Jenofonte. Ha visto cómo la mente griega fue desplazándose desde la concepción mitológica del acaecer humano hasta el inmanentismo que significa aquella perspectiva insospechadamente profunda que fue revelada a Hecateo por un sacerdote egipcio. Hecateo se decía de origen divino, y añadía que de su dios ancestro sólo le separaban unas quince generaciones. Al ser escuchado en Tebas, se le mostró la hilera de estatuas que representaban las incontables generaciones de sacerdotes, todos ellos perfecta e insospechablemente humanos, sin contaminación alguna con linaje sobrenatural. Observa Reyes que aquel momento debió ser de plena revelación para el viajero. La historia de los hombres se le presentaba como un fluir inmensamente remoto, cuyas fuentes se perdían tras de tiempos y tiempos. Y, además, como una corriente en la cual los dioses hacía mucho que no intervenían. Era verse el hombre como autor de la historia, como protagonista esencial del drama, en cuya urdimbre no había dedos extraños que señalasen el diseño.

La historia, la que se vive, es pues un producto de la libertad humana. Es ésta una de las afirmaciones más constantes del maestro. Así pudo él comprenderlo en aquellos tiempos del Ateneo, cuando se veía que, en México, tras de muchos años de inercia, de estar como al margen del tiempo, los hombres nuevos se hacían cargo de su papel dinámico, y se aplicaban a forjar la historia por su cuenta. ❧

Nuestro don Alfonso el Sabio (amén de cosas mejores)**

Ya cuarenta años —fértil— de no dar paz ociosa al alma y los túrculos, son los que van corridos entre las *Cuestiones estéticas* (1911) y su último o penúltimo libro de hoy (1951). Y entre esas dos columnas —bajo ese puente dilatado y erguido—, ¡qué soberbio raudal de mejicanidad y de hispanismo, de europeidad y universalidad, y —siempre y ante todo— de alto humanismo!; ¡qué río magnífico y paternal —“rey de los otros, río caudaloso”— de belleza y doctrina y noble espíritu, en prosa y en verso!

Crítico alado y penetrante y doctísimo —ya desde su increíble madurez casi adolescente—, baste aludir a algunos de sus áureos trofeos. *Simpatías y diferencias, Retratos reales e imaginarios, Capítulos de literatura española, Cuestiones gongorinas, Mallarmé entre nosotros, La crítica en la edad ateniense, La antigua retórica, Pasado inmediato, La experiencia literaria, Junta de sombras, Letras de la Nueva España...*

* Alfonso Méndez Plancarte (1909-1955), poeta, filósofo, filólogo y sacerdote michoacano, estuvo dedicado, en los tiempos de este escrito —últimos años de su vida—, a uno de sus trabajos centrales: la edición de las obras completas de sor Juana Inés de la Cruz, autora, por cierto, de los versos con los que el autor concluye este texto.

** Publicado en *México en la Cultura*, suplemento del diario *Novedades*, núm. 140, 7 de octubre de 1951, número especial en homenaje a Alfonso Reyes. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 27, exp. 9, fojas 1 y 8.

El multiforme y lúcido y sutil poeta de “Huellas”, “Pausa”, “Ifigenia cruel”, “Romances del Río de Enero”, “Minuta”, “Otra voz”, “Romances y afines” y “La vega y el soto”, o varios otros deleitosos pequeños libros de rimas, con igual eminencia de armonía descuella en lo horaciano y helenizante, como sus alcaicas de la “Oda nocturna antigua” o los originales sáficos de su “Himno de las cigarras”; y en sus óptimas “recreaciones” de la España del Romancero y de Fray Luis y de Góngora, como su “Tonada de la sierva enemiga”, su “Salmo doméstico” y sus sonetos bucólicos; y en la fusión del más aristocrático casticismo hispano y de lo más llanamente nuestro, como las amapolitas moradas de su “Glosa de mi tierra” y “La amenaza de la flor”; y en la plenitud modernista de sus alejandrinas de la “Canción bajo la lluvia”, o los eneasílabos de su “Balada de las hijas del rey de amor”, o los exámetros carduccianos de “La hora de Anáhuac”; y en ese otro equilibrio perfecto, versolibrista y clásico a la par, de “En las viñas de Galaad” y de “Silencio en el campo”; y en la grave música clodeliana, mas tan llena de zumos americanos, de “El hombre triste” y “A la memoria de Ricardo Güiraldes”; y en no inferiores triunfos del más resuelto y nuevo ultramodernismo, como “Golfo de Méjico” y “Pocas sílabas” y “Yerbas del Tarahumara”; o todavía, en versiones líricas tan inmejorables como la del “Abanico de Mlle. Mallarmé”, sin contar su magistral prosificación moderna del “Myo Cid”, ni su estupenda interpretación —hoy mismo resonante sobre el yunque— de un Homero con todo su

sabor en martillados, centelleantes alejandrinos...

Y a lo sintetizado hasta aquí, aún se añade —retornando a la prosa, siempre llevada en frente simultáneo, y siempre incansable—, esa aleación incierta y deliciosa de ensayo y cuento, de “verdad y mentira” de comentario y creación —todo ágil lucidez y sutil sonrisa, en el buril inspirado y sabio— de libros como los *Cartones de Madrid*, *El plano oblicuo*, *El cazador* (¡allí ese inolvidable y prodigioso “Lamento a la muerte de Otfried Müller”!), las *Visperas de España*, *Los siete sobre Deva*, o —en capítulo aparte— aquella incomparable *Visión de Anáhuac*, que es fácilmente, para nuestro gusto, su obra maestra, aunque tan temprana (1915), y una suprema cumbre lírica en el ámbito universal de la prosa de Castilla.

Los dichos son algunos —unos cuantos— entre los títulos de don Alfonso Reyes a nuestra intelectual reverencia y aplauso y gratitud, como el más cabal paradigma de “hombre de letras”, no tan sólo de Méjico, sino aun acaso de la América entera; y uno de nuestros más exquisitos y múltiples poetas, a la vez que uno de los mayores artífices —si no sencillamente el mayor— de la prosa hispana moderna; y sin duda ninguna, nuestro más alto y hondo humanista hodierno, en varios de los meollos inequívocos de una voz tan asendereada y en la asimilación e impregnación de lo más eterno griego y latino, muy mejor que si hablara y escribiera ambas lenguas próceres; y un altísimo ejemplo de amorosa y operosa consagración, de excepcional probidad y “amor a su oficio” y maestría perfecta en su persistente y claro ejercicio profesional y vital.

Imposible olvidar, por otra parte, que Reyes mereció bien de la Patria, cuando dio sus “mejores años” —o los que él, por lo menos, estima tales— a nuestro Servicio Exterior, iluminando dondequiera el nombre y la entraña de Méjico y ganándose



—y ganándonos— amigos y admiradores, lo mismo en España o Francia que en la Argentina y Brasil, con su simple irradiación intelectual, estética y humana.

Y todavía —en lo personal y casi íntimo— el que esto escribe gozase en proclamar sus otras deudas impagables con don Alfonso, por peculiares dádivas de su generosa amistad. Él nos brindó su copia —única en Méjico— de las postreras rimas inéditas de Amado Nervo, otorgándonos el privilegio

de publicarlas y aun bautizarlas, como lo hicimos bajo el título de “La última luna” (en *Abside*, de mayo de 1943). Él llegó hasta a confiarnos sus varios manuscritos del propio lírico de “Elevación”, en los que así pudimos espigar numerosas variantes y aun algunos poemitas todavía nunca impresos, para sus nuevas *Poesías completas* (Espasa-Calpe, Argentina, 1944). Y él mismo —el grande crítico del “Tránsito de Amado Nervo” y el magistral editor primero de sus *Obras completas* (Madrid, Biblioteca Nueva, vols. I-XXVIII, 1920-1928), nos expresó su alentadora alegría al vernos sucederle —con no menos amor, aunque tan inferiores por lo demás— en el “cuidar la dulce herencia de Nervo”.

Cosas que aquí recuérdanse —con previa petición de todos los precisos perdones— como un no desdeñable complemento de su excelencia humana y cordial, en lo público y en lo privado, que colma —ejemplarmente— la de su arte y su magisterio. Y testimonio —éste pequeño nuestro— al que nada sabríamos añadir, si no es un íntimo voto —que él muy bien sabe— por su felicidad más cabal, y por sus días colmados para gloria de nuestra gente, diciéndole ya aquí con “otra voz” —la que más queremos—:

Néstores a tus años no igualen,
fúcares tus tesoros no excedan:
príncipe de ti mismo, te goces.
Átalo de mejores riquezas. ❧

Imagen de Alfonso Reyes**

Hablar de un escritor sin haber profundizado en su obra parece, desde luego, una empresa absurda. Pero ello lo es menos, sin embargo, cuando se trata de Alfonso Reyes, cuya monumental obra —ha publicado ya más de cien volúmenes— es conocida internacionalmente.

Un día, paseándome en la gran biblioteca que es la casa donde vive nuestro poeta y sabio escritor —inmenso estudio cuya atmósfera está saturada de espíritu y de cultura—, yo notaba una serie de gruesos infolios que despertaron mi curiosidad. ¿Qué podrían contener? Mi curiosidad fue al fin satisfecha por Manuelita, la encantadora esposa del escritor. Subiendo ágilmente por una escalerilla de madera, me bajó el primero de los volúmenes que, ya mirándolo de cerca, era una especie de carpeta. Contenía algunos centenares de artículos y críticas referidos a la obra del ilustre escritor, aparecidos en Madrid, París, Nueva York, Buenos Aires, Río de Janeiro, etcétera. Los había del mundo entero.

* Gisèle Freund (1908-2000) fue una retratista y fotoperiodista francesa de origen alemán. Desempeñando sus oficios y trabajando para la Agencia Magnum, durante los años cuarenta y cincuenta recorrió varios países de América Latina. En México radicó entre 1950 y 1952.

** Publicado en *México en la Cultura*, suplemento del diario *Novedades*, núm. 140, 7 de octubre de 1951, número especial en homenaje a Alfonso Reyes. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 27, exp. 9, fojas 6 y 8.

Algunos han dicho que Alfonso Reyes es un poeta; para otros es un ensayista; para otros aun es ante todo un erudito interesado muy particularmente en Grecia. De todas estas opiniones tan divergentes, una cosa se saca en limpio. Alfonso Reyes es un espíritu universal, en quien la curiosidad de una eterna juventud lo ha llevado a no desdeñar nada de lo que concierne a las cosas del espíritu.

Alfonso Reyes tiene mucho de común con Paul Valéry, el gran poeta y ensayista francés. Valéry era un perfeccionista. “Monsieur Teste” había llegado a ser el maestro de su pensamiento. *La soirée avec M. Teste* es, sin duda, la obra donde el pensamiento valéryano ha encontrado su más pura expresión. “Había descubierto las leyes fundamentales y asimilado tan bien sus descubrimientos, que los confundía con sus instintos. Maestría total de la sensibilidad. Desenmascaraba la tontería de las palabras y las empleaba con profusión. Pero las que guardaba, *desnudas y puras*, tenían un resplandor y un peso incomparable”.

Esta búsqueda de la perfección la encontramos también en Alfonso Reyes.

“Siempre que tengo la oportunidad de estar en su presencia, me siento profundamente impresionada por su intenso espíritu, lleno de claridad, y por la lucidez de sus pensamientos. La rapidez extraordinaria con que capta las ideas de los demás, aun antes de que acaben de exponerlas, es fascinante”.

Escribí las anteriores líneas en un ensayo acerca de Paul Valéry. Podrían aplicarse igualmente a Alfon-

so Reyes. Valéry tenía una voz extraordinariamente rápida. Alfonso Reyes también. Es difícil atraparla, pues, iluminada por el pensamiento, parece correr delante de él. Valéry leía admirablemente sus propios versos y su prosa. Cuando escuchamos a Alfonso Reyes, nos sentimos transportados por esa voz clara y melódica que se hace súbitamente luminosa y transparente. Los ojos de Valéry eran de un azul cristalino como el Mediterráneo. Toda la belleza del rostro de Alfonso Reyes está concentrada en los suyos, de color castaño claro. Son dulces y vivos a la vez. Es una mirada soñadora que puede iluminarse de improviso con relámpagos vivaces, saturados de espíritu y de inteligencia, y algunas veces llenos de malicia. Alfonso Reyes tiene el sentido del humor porque tiene el sentido de lo humano. Es tan profundamente humano, que es como si un rayo invisible de calor nos tocara cada vez que su mirada se posa sobre nosotros.

Paul Valéry era más bien pequeño de estatura y daba la impresión de un hombre débil y menudo. Alfonso es también pequeño y débil de salud, pero es rechoncho. Tiene la redondez de los grandes sensuales. Y no hay que olvidar que la belleza consiste en la regularidad de los rasgos y en la perfección del cuerpo, máxima que, posiblemente, ha sido justificada por las “estrellas” del cine.

“No es en el espejo donde es preciso considerarse. Hombres, miraos en el papel. Existe un fantasma interior que podría asiros, y no por la nariz, los ojos o los cabellos que se encuentran en el exterior”, exclama Henri Michaux, gran poeta y pintor francés.

La belleza del rostro es el reflejo que el pensamiento imprime sobre lo que hay entre las arrugas. Alfonso no es sólo un gran escritor, sino que también tiene un encanto irresistible.

Cuando charlamos, nuestra conversación gira siempre acerca de Francia, en torno de nuestros amigos comunes y de aquellos que hemos conocido: Paul Valéry, Saint John-Perse, Valéry Larbaud, Jean Cassou, Léon-Paul Fargue, Jean Prévost, Adrienne Monnier y tantos otros.

Alfonso Reyes, que ha vivido muchos años en Francia y que habla un francés del más puro clasicismo, ha cultivado profunda amistad con todos los grandes hombres de letras de aquel país. En un ar-

mario conserva una voluminosa correspondencia. Esperemos que un día se decida a publicarla. Las letras francesas y las mexicanas se enriquecerían con ello. En Francia, admiramos profundamente a Alfonso Reyes. Se han traducido sus libros, poemas y ensayos. Han aparecido en las mejores ediciones y revistas. Esperemos que continúen traduciéndose.

— ¿Por qué no vienes un día a París, al que tanto quieres y tanto te ama? —le pregunté un día.

Sus ojos tomaron una expresión velada.

— Tengo miedo de quedarme allá —me confesó al fin—. Por eso prefiero no ir.

*

He oído que se reprocha a Alfonso Reyes su “europeísmo”. Es una simple ilusión óptica. Durante el tiempo que ha vivido en el extranjero —adonde ha sido enviado en calidad de diplomático— siempre ha hecho mucho porque su país sea conocido y comprendido. En México se le había olvidado un poco y aun se encaprichaban en creerlo lejano. Pero desde su regreso, con su presencia personal y el espectáculo de su labor cotidiana, poco a poco tal error de visión se ha rectificado por sí solo. Gracias a él, muchas cosas acerca de México son conocidas en todo el mundo. Es preciso especificar también que nunca ha desdeñado poner en su obra ciertos toques y gracejos de color local, siempre que se lo permita la buena estética. Ha hecho así un gran servicio a la cultura mexicana, que tiene mucho derecho a exigir un reconocimiento internacional. Porque la cultura mexicana no se encuentra ya, dichosamente, en la etapa de la curiosidad por los dialectos, como Alfonso Reyes lo ha explicado alguna vez.

El pensamiento puede atravesar las fronteras y los continentes sin ser obstruido por banderas nacionalistas en que se exigen visados y pasaportes. Alfonso Reyes es una de las más grandes figuras literarias del continente latinoamericano, precisamente a causa de su cosmopolitismo y de su espíritu, que tiende hacia lo universal. De ello ha dado prueba con su pluma de poeta y de filósofo. Sus preocupaciones morales son las de todos los hombres de buena voluntad en el mundo entero. ❧

En Cardiología con Alfonso Reyes**

El gran Alfonso está encamado en el Instituto de Cardiología por culpa de un infarto, el tercero. Pero ha resistido, ha triunfado. La curación será larga, de reposo absoluto. A males del corazón, mucho almohadón.

Al visitarle, tenía Reyes el termómetro en la boca. Le saludo diciéndole: ¿Sabe bien ese cigarrillo de cristal? Espero a que se lo fume.

Entra la enfermera y lo lee: 37.1. Unas décimas.

— ¿Se deberá a un traguito de whisky que he tomado?

— O tal vez a la emoción de bajar por primera vez de la cama al sillón después de tantos días—, dice ella. En efecto, a los pocos minutos ya se notó perfectamente.

Como el cuarto está abierto para los visitantes, allegados y técnicos, la conversación no fluye, se entrecorta. Yo inicio la lectura de una anécdota referente a Alfonso publicada por una revista de Ma-

* José Moreno Villa (1887-1955), pintor y escritor malagueño, llegó a México en 1938 como parte del primer grupo de intelectuales republicanos con los que se fundó La Casa de España en México, antecedente de nuestro Colegio de México, donde se reencontró con Alfonso Reyes, con quien había entablado amistad desde la estancia de éste en Madrid, entre 1914 y 1924.

** Publicado en *México en la Cultura*, suplemento del diario *Novedades*, núm. 140, 7 de octubre de 1951, número especial en homenaje a Alfonso Reyes. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 27, exp. 9, fojas 4-5.

drid. Nos interrumpe un papá con una linda pequeñita en los brazos. “Viene a despedirse de usted; ya le dieron el alta... y como le quiere a usted mucho...” —contesta Alfonso con cariño y, como se dice en los textos teatrales, “salen”.

Sigo con la anécdota porque me interesa saber si tiene su pizca de mala intención. El inventor, desde luego, para poder zafarse, cambia el nombre de Alfonso por Adolfo, pero alude taxativamente al escritor *mexicano*. Le achaca una conferencia telefónica con Gómez de Baquero, allá por los años de la Primera Guerra, como poniéndose de acuerdo con el crítico y jurado para efectos de un concurso.

Reyes hace memoria y me dice tranquilo: “No sé nada de eso”. Y a continuación:

Cosas como ésas caen sobre mí todos los días. Es el triunfo de los mitos. Así se forman. Nunca sabremos qué idea tendrán de nosotros mañana si es que perduramos. Desde luego, nuestra realidad se ve alterada o tergiversada día con día con los cuentos y chismes. Ya ve usted, con motivo de la enfermedad, andan algunos diciendo que el ataque se debió a una comilona. Yo no soy glotón; usted, que me conoce de antiguo, lo sabe; soy moderado en todo.

Y el doctor Chávez, al oír este rumor comentó: “No sé que de una comilona sobrevenga un infarto cardíaco”. “Es la avidez de mito. Hay quien dice que estoy pescando truchas en el río Bravo, y quienes me sitúan en Cuernavaca pasándola

muy regaladamente. No hay remedio contra la formación del mito”.

Penetra en el cuarto Manuela Reyes con una visita. Es el profesor González de la Calle que, con su figura de Greco y sus atentas palabras de hidalgo, pausadas y recalçadas, transmite saludos de un personaje venido de otra república a la magna fiesta universitaria de estos días. Su visita dura poco. Pero a continuación entra la enfermera mayor, una madre muy cortés, simpática y lista, que trae en los brazos otra vez a la pequeñita de antes. La curación de esta niña deja memoria en el Instituto, por lo que oigo.

Intento seguir la plática vanamente; penetra el médico francés que goza del intercambio con Francia establecido por el Instituto. Un joven de aspecto muy sano, de tez blanca y rojiza donde, a pesar del afeitado cuidadoso, azulea la barba. Viste un traje blanco impoluto. Respira calma y concentración amistosa, sin pedantería. Oye lo de las décimas y no le concede importancia. Se despide.

Alguno de nosotros ha dicho algo que hace exclamar a Reyes: “Hay que aprender a ser viejo. No ocurre lo que con la juventud; el saber ser viejo cuesta trabajo”.

Yo pienso en lo que me cuesta de fatiga el salir a la calle andando acaloradamente, como de joven.

En una pausa sin visitas, le digo a Alfonso: “Pues, hombre, yo venía con el propósito de hacerle unas preguntas que pudieran llevarle a pensar en co-

sas gratas, nada fatigantes; pero ya ve usted, no hay tiempo ni para enunciarlas. Aquí no es como en su biblioteca.

Reyes sonríe y me pregunta: “¿Por ejemplo?”.

Me quedo un momento en silencio, y él, por no sé qué caminos asociativos, se traslada inmediatamente al “Ventanillo” de Toledo, aquella casita que alquilamos cuatro amigos allá por los años de la Primera Guerra Mundial, en un callejón llamado “Cárcel del Vicario”. Los cuatro éramos: Alfonso, Américo Castro, Solalinde —ya muerto— y yo. Del tal “Ventanillo” hemos escrito en nuestros libros.

Apenas nos da tiempo de evocar cosas de allá y de los amigos. Entra Manuela diciendo que es hora de reintegrarse a la cama. Comprendo que debo irme. Pero antes de salir le digo a Reyes:

— ¿Usted no sabe que ya tengo una hija?

— Usted tiene a Pepito y a Paloma.

— Sí, bueno, pero se trata de otra clase de hija.

— ¿Cómo?

— Usted no se acordará de cierta muchacha que fue discípula de Américo y que nos acompañó algunas veces en nuestras excursiones toledanas. Se llamaba Teresa Castillo.


— Sí, ¿cómo no?

— Pues bien, en una ocasión —creo que estando todos nosotros con ella en las afueras de Illescas—, por no sé qué motivo le dije: “Usted es mi hija”. Y la chica tomó aquello como una broma perdurable.

— ¿Cómo?

— De la manera más estrambótica: llamándome por teléfono cada diez o quince años, cuando sabe que coincidimos en un lugar del planeta, y anunciándose así: “Habla su hija”. Como yo no me acuerdo a tan grandes intervalos de la broma, quedo perplejo, protesto que no tengo hija y ella acaba confesando entre risas: “Soy yo, Teresa”.

— Sí, me acuerdo ya, era muy amiga de Solalinde.

(Como algún lector puede ignorar quién fue ese personaje, diré que el editor de “La grande y general historia” de don Alfonso el Sabio. No éste que está encamado, sino otro mucho más antiguo y que fue rey, no reyes). 



Universalidad de Alfonso Reyes**

Parece un poco tonto celebrarle la inteligencia a un escritor. Se convendrá, sin embargo, en que hay muchos escritores, y aun eximios, en quienes el talento, especie de voluntad del espíritu, no corre parejas con el poder de hacerse cargo, que parece ser más bien cosa de sensibilidad mental. Lo primero de la inteligencia es el atender, el no distraerse, tan frecuente en los sabios, y luego el entender, el *inter ligare*, el verles a las cosas, sobre lo evidente que a tantos ya escapa, las relaciones que tienen en su contextura y con las demás cosas. En Reyes, al lado del talento, la inteligencia es reina consorte; y acaso aún más soberana... Tiene la vigilia más alerta y, por tanto, “enterada” que se pueda conocer, y quien haya conversado con él una sola vez, aunque no haya leído sus libros, guardará ya para siempre el recuerdo de una penetración ágil y sutil que parece estar en todos los secretos.

Al propio Reyes, que no es vano, pero tampoco cultiva la modestia, debemos este testimonio de Unamuno: “La inteligencia de Reyes es una función de su bondad”. No sé cómo explicaría el gran vasco ese juicio profundo, mas creo verle su razón. Para

* Jorge Mañach (1898-1961) fue un escritor, periodista, ensayista y filósofo cubano.

** Publicado en *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento del periódico *El Nacional*, núm. 405, 2 de enero de 1955, en un número de homenaje por los “cincuenta años de escritor” de Alfonso Reyes. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 27, exp. 15, fojas 5-6.

atender tanto a las cosas y entenderlas, es preciso antes interesarse por ellas. Mucha ininteligencia procede de la hurañez, del egoísmo. La bondad de Reyes —que es sobre todo sociabilidad, cordialidad, generosidad, amistad— le facilita su atención incansable, su capacidad para ser penetrado, interesado por todo: su entender de (ser sabedor de cosas, ducho en lo múltiple) y su entenderse con: la aptitud para conjugarse con otros lugares, gentes, ideas, culturas...

Pero antes de entrar en eso por el costado de su obra, que es, claro está, donde se aprecia mejor, despejemos otra cuestión que también es personal. Me refiero a lo que, por decirlo provisionalmente de algún modo, llamaré la “racialidad” de Alfonso Reyes.

¿Es un mexicano genuino? Comprendo que la pregunta pueda parecer ociosa cuanto delicada. Se invade con ella un terreno muy problemático, escabroso de pequeños nacionalismos. El propio Reyes nos ha prevenido contra las generalizaciones en esta materia, como en tantas otras. “No creo —dijo en cierta entrevista— que el mexicano o lo mexicano sean una entelequia ni que existan de toda eternidad y posean rasgos necesarios e inmutables”.

Bien, todo pueblo es variedad humana en el espacio y variación en el tiempo. Pero ¿no hay un mexicano medio, “típico”, más o menos estable? Desde fuera al menos, tenemos una imagen tal, hecha de retazos y rezagos del trato, y ciertamente se ha hecho a veces argumento serio de la “mexicanidad”, como cuando Pedro Henríquez Ureña

la reclamaba para Ruiz de Alarcón. Nos representamos así al mexicano suave, frío de aspecto, como sus nevados volcanes, y en la entraña ardiente; le pensamos concentrado, intenso, con un dramatismo soterrado que en el hombre común se manifiesta en oblicuas reticencias y en los de gran expresión —Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Nervo, González Martínez, Orozco...— aflora por lo lírico, lo místico o lo trágico, pero siempre con temperatura de honda combustión.

Tenga o no correspondencia real esa imagen, me vale al menos para anotar que Reyes no cuadra con ella. No, no es el mexicano típico, y aun pudiéramos aventurar que eso se le ha conocido en su tierra misma, dando razón de ciertas pequeñas animosidades que allá parecen mordisquearle la nacional admiración. Del mexicano tiene, no lo que da la naturaleza, si es que algo da, sino lo que viene de la sociabilidad, del estilo ambiente: no la internidad ardorosa, pero sí la suavidad, la contención, el sentido de la forma, la cortesía, o sea todo aquello que Henríquez Ureña la atribuía al teatro de Ruiz de Alarcón.

Acaso se deba eso a la escasa levadura indígena en Reyes, procedente de una región donde lo indio —me dicen— nunca se mezcló mucho a lo criollo. Como quiera que ello sea, la impresión que da es la de esa criolledad del vástago colonial a quien la sangre de España le colorea todavía la mejilla. Libre de las tensiones íntimas del mestizaje acentuado, su mexicanismo es sereno, de conciencia histórica más que de raíz natural. Por eso no hallamos en la obra de Reyes complacencia alguna hacia esa violencia telúrica, de “segundo día de la creación”, que Keyserling percibía en nuestras tierras. Lo primario, lo oscuro, lo mira —cuando lo mira— a través de un prisma civilizador, estilizándolo, sacándole sus luces y perfiles más nobles, como en su *Visión de Anáhuac*. No ve la tierra tanto como la flor. No la tormenta o el terremoto, sino “la región más transparente del aire”. La Revolución Mexicana, que con los jóvenes intelectuales de su generación en cierto modo indirecto ayudó a preparar, no le azotó en balde, ni ha sido él insensible a sus ideales. Pero da Reyes la impresión de haber asimilado su tragedia, resolviéndola, a pura inteligencia

generosa, en luz de comprensión para un desvelo sereno por los destinos de su patria.

Así es también su americanismo. No de la variedad broncamente adicta a cierta idea de fiera autoctonía para nuestra masa de pueblos, sino el de integrador designio, que busca conjugar la tradición occidental de cultura con la vocación natural de América. Nadie ha tenido más honda conciencia de la “utopía” o marco de esperanzas que desde el primer momento fue y sigue siendo el Nuevo Mundo y cuya sustanciación ha de ser una síntesis del sentido humanista y el sentimiento de humanidad.

Todo esto concierne mucho al alma de su obra. Tiempo es de abordar el cuerpo de ella, siquiera sea para proponer algunos rasgos de caracterización.

Vista desde fuera y en su totalidad, resulta curiosamente difícil de definir. Uno de los indicios de la universalidad de Reyes es que desafía toda clasificación demasiado unívoca. Se trata, evidentemente, de un gran escritor; pero ¿qué género de escritor? ¿Dónde lleva el acento?

Ante todo, permítaseme ciertas consideraciones externas que no dejan de ser significativas en un sentido interior. Lo más obvio en la obra alfonsina es la vastedad y la variedad. El mismo que lleva muy bien sus cuentas literarias nos habla de más de un centenar de volúmenes. Ha cultivado casi todos los “géneros”: la poesía, la didáctica, el ensayo, el relato, la historia. Algunas de sus obras —pocas— son sistemáticas y extensas, como *La antigua retórica* y *El deslinde*. Las más son recolecciones de esfuerzo menor.

Junto a la enorme fecundidad de Reyes, se cree observar cierta prodigalidad editorial. Todo el mundo sabe que es un diligentísimo *salvador* de sus propios escritos. Nada deja de llegar a las prensas tarde o temprano: ni siquiera los apuntes de mero estudio, las anécdotas de cierto jugo, las opiniones aisladas, las cartas literarias... Añádase un esmero exigentísimo en la edición. La “pureza” de impresión, la dignidad monumental o breve del formato, la impecabilidad tipográfica, son notorias obsesiones alfonsinas. Nadie sufre más con las erratas, que a veces parecen perseguirle, desafiando su buen humor.

¿Explicaremos estos pruritos diciendo simplemente que Reyes está enamorado de su propia obra

más de lo normal en cualquier escritor? La razón no me parece tan superficial, y creo que nos pone en la pista de lo que más nos interesa: la psicología literaria de Alfonso Reyes y su estética en general.

No se trata de vanidad, sino de todo lo contrario: una especie de objetividad: “Siempre, al escribir —ha dicho Reyes en una de sus muchas confesiones relativas al oficio— me veo escribiendo como desde arriba de mí mismo, y se me antojaría contar en qué condiciones lo hago”. Diríase que, una vez producida, siente su obra como cosa ajena, de la cual él no hubiera sido sino portador. Esto ha de guardar relación con su concepción general del arte, y particularmente de la literatura.

Por encima de todo, la obra literaria es un documento, un *testimonio*. Testimonio personal, de una vocación; pero también de la obra de la inteligencia en el mundo y en la historia. Las dos dimensiones se enlazan. Si ciertos espíritus se sienten llamados a la expresión de un modo incontenible, ha de ser porque están particularmente dotados para cumplir una voluntad superior, digámoslo así. Por la raza de ellos “habla el Espíritu”. El espíritu que, con minúscula y sin sublimaciones metafísicas, podemos representarnos como una suerte de conciencia genérica que el hombre se ha ido formando a lo largo de su empeño secular por sobreponerse a la naturaleza y a la animalidad. Instrumento y testimonio a la vez de ese empeño, el verbo es casi sagrado, como lo es la vocación a su más refinado ejercicio, la literatura. De ahí que Reyes no sepa decir de sí mismo nada mejor que el haber sido un hombre leal a su vocación literaria. De ahí también que no se sienta en el caso de relegar sus obras de menor empeño, porque todas son testimonios de esa lealtad con que la conciencia humana, a través de cada escritor, se conoce a sí misma y se enriquece. Por eso, en fin, dice Reyes: “El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano”.

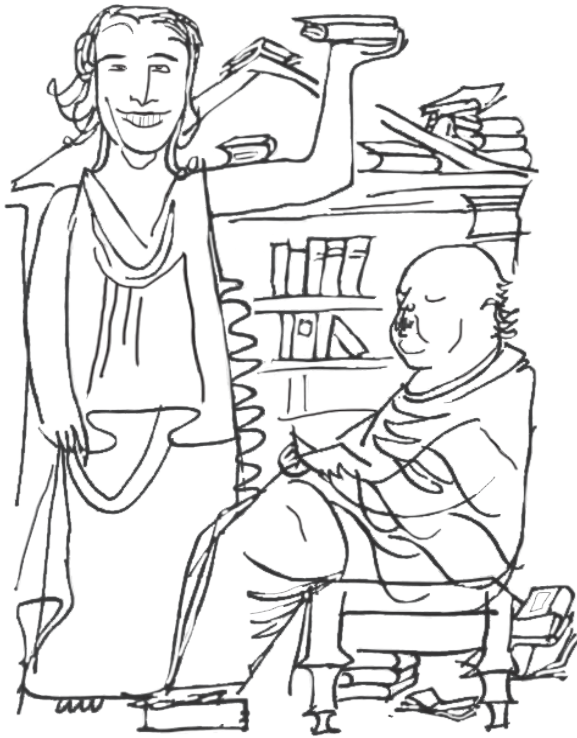
Pero la deferencia hacia lo menor, que es otro rasgo cuantitativo en la obra de Reyes, puede tener más especial sentido. Este pretor sí se cuida de lo mínimo. La chispa es tan fuego como la llama. Lo breve hasta puede tener una dignidad superior, si conlleva más concentración, pues ésta supone

un mayor esfuerzo de la inteligencia y una mayor sinceridad. “Lástima que nuestros poetas se hayan vuelto fecundos” —dicen unos versos de Reyes—: “aprendieran el mucho-en-poco de los peones errabundos”. El arte de lo mínimo consiste entonces en tomar la flor de la meditación o de la experiencia estética: su más fino fruto, su primor.

En Reyes esto tiene, además, un relieve psicológico. Es un escritor de detalles, no de grandes masas. Hasta sus libros mayores parecen hechos en función de lo pequeño, por acumulación. Lo grande, para Reyes, es lo que cata, no lo que se extiende. Su vastedad está en la obra total: en la Suma alfonquina. Y no la constituye tanto ese centenar de libros que ha escrito como la atención de que antes hablábamos, marca primera de su inteligencia. Reyes es la capacidad más heroica de atender que ha tenido América. Martí, Hostos, Sanín Cano son también argos fabulosos; pero no tan atentos al detalle como Reyes. Y no sólo ha sabido atender a infinidad de cosas en los varios reinos de la experiencia, común o literaria, sino que las ha entendido en su intimidad, como no suele el mero “espectador”. De ahí que lo tenga todo tan asimilado, tan incorporado a su energía crítica y creadora y tan pronto siempre a ser utilizado. Sus alusiones —incesantes, pertinentísimas siempre— no son meras “asociaciones de ideas”, más o menos adventicias y prescindibles. Parece como si se engendraran orgánicamente, necesariamente, de su propio pensamiento.

Variedad, pero también unidad. La obra de Reyes responde a dos impulsos principales: el poético y el crítico. Antes de *Cuestiones estéticas* apenas había publicado más que unos sonetos y algunas prosas de estudio. Ya ahí estaban, sin embargo, las dos orillas de su vocación, que es un cauce único.

Con la poesía estrenó el talento. “Yo comencé escribiendo versos y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin”, dirá en el tono de quien reclama un derecho. Concibe la poesía, en efecto, como una necesidad casi vital: “un modo de corregir la vigilia con los anhelos del sueño”. Engendrado, sin embargo, en la reacción modernista contra el exceso de sueño romántico, el verso le nació parnasiano y nunca llegaría a lo confesional e íntimo sino por la vía del *humour*. Su inspiración tenderá a la paga-



nía, a cierto bucolismo sensual —“la miel, la leche, el vino”—, al filosofar amable y la ternura irónica de los recuerdos, a los ecos, en fin, de la cultura, incluyendo con alguna insistencia el “taimado intento” de volver a las edades de oro. Es, esencialmente, una poesía sabia, en que la fragancia de jardines, de frutas y de amores se junta con la de las viejas formas poéticas, exquisitamente aprovechadas:

el romance paladino
del vecino
con la quintaesencia rara
de Góngora y de Mallarmé.

Pero junto al sueño (relativo, como vemos: más bien otra forma de vigilia) quiere Reyes, creo que preferentemente, el conocer: el *lucidus ordo*. Esa querencia se manifiesta, por de pronto, en la curiosidad de la creación ajena, en la erudición, y con ella en la valoración crítica. Porque nunca será un mero filólogo. Así como su poesía se asiste de erudición, la erudición se le nutre de poesía. El rigor de la in-

vestigación directa, de la precisión minuciosa, del arduo “papeleteo” sólo será el cauce necesario para el brío de la interpretación y de la meditación estética, que tanto impulso recibe de la pura sensibilidad.

El saber y el sentir confluyen a menudo en su obra. El mismo año de la aparición de *Cuestiones estéticas*, si no me equivoco,¹ publicó Reyes la primera versión de *Visión de Anáhuac*, el ensayo evocador del México precolombino que muchos tienen por una de sus pequeñas obras maestras. Lo es sin duda. Poesía y saber se juntaron ya en él para integrar un dechado de documentación iluminada, de amor crítico —*intelletto d'amore* aplicado al paisaje en que ya Balbuena, el de la *Grandeza mexicana*, había estrenado el éxtasis criollo. La visión de Reyes no le cede en deliquio ni en primer descriptivo—.

Se iniciaba así una carrera literaria en que la curva temática se iría elevando cada vez más, pero siempre dentro de esas coordenadas de saber y poesía, y sin que la creciente universalización del designio dejase de verse amenizada con frecuentes descensos al *divertissement* literario. Siempre el espíritu luminoso de Reyes se mostraría provisto de aquellos dos rayos, que ora se separan, ora se funden. Algunos poemas suyos aluden a esa dualidad, que su universalismo tiende a integrar:

¡Ay del que teniendo dos ojos
y por tener el alma manca,
no sabe filtrar la luz blanca
mezclando los verdes y rojos!

Su erudición crítica cobra cada vez mayor envergadura. *Cuestiones estéticas* era todavía un libro que enseñaba lo juvenil en su misma impaciencia por los grandes temas. Inmediatamente después, Reyes se repliega sobre la materia literaria americana: la poesía de su tierra. Lizardi, Darío... Sus primeros estudios sobre Ruiz de Alarcón le sirven como de puente para la interpretación de lo clásico español. Luego de una breve estancia de diplomático en París, recaló de bohemio en Madrid. El criollo

¹Termino de redactar estas cuartillas en Milán, muy lejos de mis papeles y de toda fuente de consulta.

casi puro que en él hay se asimiló muy bien a España, donde vivió algunos de sus años duros y felices. Pertenece a una generación americana que, reaccionando contra los resentimientos del liberalismo criollo del XIX, y también contra las fidelidades “godas” del siglo, se conmovió en el “desastre” del 98 y buscó tras él la España que siempre se salva de las tormentas, la “esencial y eterna”. Desde Rodó ya no era tanto la “Madre Patria” como la “España niña”; pero si los afanes críticos se iban tras lo intacto y la promesa, los estéticos mostrábase leales a lo clásico y a “la gloria de don Ramiro”. Esta conjugación de sentimiento hizo consonar a aquellos americanos con la generación del 98. Reyes, por otra parte, venía de una disciplina antipositivista, nacida de los impulsos de Justo Sierra y del ambiente helenista, humanístico, un poco bergsonianos ya, de la Preparatoria mexicana. Todo aquello le había preparado para insertarse en el nuevo criticismo español y para moverse a sus anchas en el huerto, entre epicúreo y estoico, de don Francisco Giner y sus discípulos.

Lo poético y lo crítico se le nutrieron a la par. Ahondó las raíces de su afición clásica, pero inclinándose no a los tesoros austeros de España, sino a los de cierta soterrada paganía, al Arcipreste, a Lope, a Góngora. No se paseó en Cortes: las vivió, asimilándolas e incorporándose a ellas, como tres siglos antes lo había hecho su paisano Ruiz de Alarcón. Y como él, destiló las esencias de España en el alambique de su ingenio mexicano. Los lectores de las *Páginas escogidas* de clásicos españoles que Reyes prologó para Calleja tuvieron la nueva experiencia de una erudición en que cierto leve acento americano campeaba: una erudición fresca, viva, sin empaque, antes con cierto gracioso desenfado, que rivalizaba en sensibilidad evocadora y crítica, pero asistida del más riguroso método, con el impresionismo de Azorín. Una sonrisa se había añadido a la sabiduría de Menéndez y Pelayo.

Las viviendas madrileñas nutrieron también otro modo de su ingenio: el de las descripciones interpretativas. La poesía volvió a entrar en complicidades deliciosas con la crítica y ambas devanearon con la fantasía. Así fue pasando de las estampas, de los “cartones de Madrid” a los ensayos juguetones de *El suicida*.



Otra influencia tuvo mucho que ver con la disciplina de su atención y los consiguientes refinamientos de su inteligencia: cierto periodismo de amplia gama que ejerció en *El Sol* de Madrid y cuyas mejores cosechas recogería en la serie de compilaciones de artículos titulada *Simpatías y diferencias*. La atención de Reyes se ensanchó: ya no captaba sólo la vida española; también los ecos sugestivos de fuera. El mexicano empezó a traer-se el mundo a casa: la casa hispánica. Se le afinó el sentido de la ponderación, la simpatía sin desbordamiento de entusiasmo, la discrepancia cortés que sabe ser sólo “diferencia”. A la pasión dogmática oponía un escepticismo sin desilusión. Y con todo ello le vino un incremento de soltura y de exactitud en el estilo, que cada vez se iba descargando más de primores ornamentales para valerse de la pura gracia y sencillez.

Todo eso fue escuela para el ensayo genuino y para el relato de humor y fantasía. Ya se sabe que aquel género es cosa ambigua, por la variedad de intenciones y prosas que en esa categoría se cuelan.

Para mi gobierno, prefiero representármelo, en su forma más auténtica, como un género de prosa que se caracteriza no tanto por el *camino* como por el *paisaje* intelectual. Tal el ensayo en que sobre todo los ingleses son maestros: el de Swift, el de Lamb, el de Stevenson, el de Chesterton, autores, por cierto, a quienes Reyes ha traducido. Este tipo de ensayo pocos lo han comprendido ni cultivado tan bien, en español, como el mexicano. Pero también su arte de ver juntos el camino y el paisaje es insuperable. Entonces nos da ese otro tipo de ensayo elucidador en que lo didáctico se llena de horizontes universales.

En Madrid, saber y poesía vuelven a enlazarse para la tarea de verso a la vez más uncida y más libre que ha salido de su pluma: *Ifigenia cruel*. En esa tragedia en miniatura —siempre la concentración alfonsina— el mito griego está repensado, recreado. Todo lo que respecto del modelo se ha perdido en simplicidad y en vigor primitivo se ha ganado en sutileza psicológica, y los versos de Reyes no ceden a los del clásico en majestad lírica y dramática.

Poco después, el desterrado de Madrid sube de categoría viajera: va a París, esta vez —creo recordar— ya de diplomático mayor. En aquella “oficina de la inteligencia”, que decía Unamuno, la suya se expande, pero a la vez se ve estrechada a menor familiaridad, convidada a más riesgosas aventuras. Pasa por la feria de las novedades, de los “ismos”, por los laboratorios poéticos que ya tenía presentidos desde sus estudios de Mallarmé y que ahora ocupan otros grandes alquimistas como Valéry. En la conciencia del clásico americano que es Reyes, ingresa el gusto de lo mágico literario y no ya como erudición, sino como tentación. Venía preparado por el “sabor de Góngora”, que nadie antes había sabido degustar como él. Pero el culto de la belleza difícil no es ya cosa de arqueología, sino de novedad militante.

Al curioso de toda “experiencia literaria” eso lo modula un poco. El gusto se le hace menos “católico” y más liberal. Ya la fantasía le cobra audacia y extrañeza en los relatos. Ya sus versos, antes tan castos a su manera pagana, se permiten funambulismos ocasionales. Ya vuelve de París a América haciendo el elogio del “disparate lírico”, que decía Mariátegui, y acuñando la travesura de la “jitanjá-

fora”... Pero todo con un aire de juego. Al cabo su ley se impondrá: la de la norma clásica, la disciplina limpia y precisa.

Si España le había metido aún más en las raíces de sí mismo, lo que París y sus dependencias hicieron fue actualizar su occidentalismo y estimular su vocación de universalidad. Cuando regresa definitivamente a América, trae una voz de más altos acentos, más desentendida que nunca de lo provinciano, de lo nacional, aun de lo castizo, y al mismo tiempo, sin embargo, más profundamente americana. Empieza a sentir el “presagio” de América, su compromiso con el mundo. A propósito de Virgilio, lo que le interesa no es la revisión del poeta latino, sino los destinos de la latinidad de que su México es parte. En el camino de Buenos Aires halla el “rumbo a Goethe”. Cuando se instala en Río de Janeiro, el aire se le vuelve un constante “tren de ondas” que vienen desde muy lejos en tiempo y espacio. Y algo de ese rumor de universo, lo que se oye en el hueco de una caracola, se lo manda por correo a sus amigos de todo el mundo, bajo el sello filial de Monterrey. Ya puede decir: “Pueblo me soy y como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal... Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno. Soy hermano de muchos hombres y me hablo de tú con gente de varios países... La raíz profunda, inconsciente e involuntaria, está en mi ser americano”.

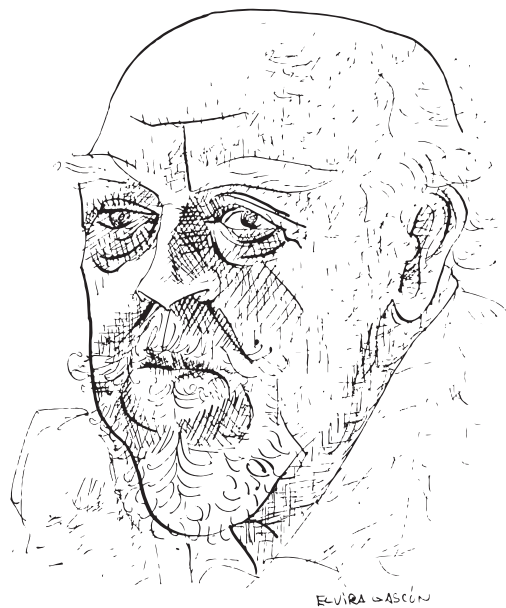
Esta idea se le hace cardinal. Su apariencia paradójica se disuelve en aquella otra noción tan suya de que América no es realmente, espiritualmente y fuera de lo político, demarcación de nadie, sino área de humana confluencia, vacada a una síntesis de culturas y, sobre todo, a la conjugación armónica de la disciplina y la libertad. Tienen sus pueblos cuerpo propio de tradiciones e instituciones, masa de sangre indoespañola y patrimonio específico de idioma, religión e historia; mas sobre el haz de sus tierras, la más alta atmósfera está hecha del alma del mundo. Por ser americano se es ya ciudadano de una pólis universal.

Tenga o no alguna realidad, el valor normativo de esa idea es evidente. Cada masa humana tiene su instrumento que tocar —el suyo propio— y según


lo toque dará mejor o peor son en la historia y se complacerá más o menos a sí misma y al resto del mundo que quiera detenerse a escucharla; pero no es menos cierto que en el espíritu del hombre se da también un ideal sinfónico, que sólo puede satisfacerse con ritmos universales. La gran contribución de Alfonso Reyes ha sido señalar incansablemente ese ideal y darle a América el gusto de su música.

El desvelo por esa conciencia de universalidad en nuestros pueblos no le hizo olvidar el perfeccionamiento de la suya propia. Ya en mucho de su obra había pulsado con firmeza los grandes temas, pero a su manera concentrada y a la vez dispersa. Faltaban las grandes empresas orgánicas de la meditación estética, que ha sido su solicitud más constante. Pudo al fin llevarlas a cabo cuando, libre ya de la diplomacia, volvió, como antes, a tocar tierra, su tierra. Desde la tranquilidad en que reposa con sus libros, nos ha dado esas obras de sabiduría que son *La crítica en la edad ateniense*, *La antigua retórica*, *El deslinde*, obras de sosiego y trasiego, de tradición e invención, en que el talento elucidador de Reyes, ya muy granado en los admirables ensayos de *La experiencia literaria*, ha dado sus frutos más opulentos de teorización. Por la envergadura y profundidad, esos libros no parecen de esta América nuestra, donde tanto de lo que se escribe, aun para las librerías, es *sub specie* periodística. Pero justamente ese dar siempre el esfuerzo heroico, desentendiéndose de lo popular y de la más común receptividad, ese poner el oficio a las más exigentes tareas, es uno de los ejemplos que de Reyes hemos recibido. Y uno de sus más generosos tributos: ha escrito siempre como si ya en América hubiese resonancia universal.

El reposo, un poco sobresaltado, en la altura mexicana, por las palpitations excesivas del corazón, le ha permitido también a Alfonso Reyes recoger y ordenar sus cosechas de versos, escasas y aisladas. Ha salvado así a su poesía de parecer hija cenicienta en la casa de su ingenio. Ha recordado al poeta delicado, sabio, trémulo unas veces, otras donoso, siempre fragante que en él había. Pero si



omiso fue, al amparo del olvido o de la inasequibilidad de su obra poética, el que se le viera durante mucho tiempo sólo como un gran ensayista, no menos simplificador o exagerado resulta el pretender ahora, frente a esas exhumaciones, que lo esencial en Reyes es el poeta. Sólo si a esta palabra se le da su sentido más radical —y más vago— puede ser válido el juicio. Desde luego, en toda la obra de Reyes bate el ala de la poesía. Pero lo característico en él no es el sueño, sino la vigilia, no es el misterio trémulo, sino la firme lucidez. Ni su expresión alcanza su ritmo más perfecto en la danza del verso, sino en el andar gracioso de una prosa como pocas natural en el artificio, precisa, elástica y llena de garbosos quiebros.

Una gloria literaria de cincuenta años dora ya al maestro en su retiro de la meseta mexicana. Le rodean el cariño, la admiración y la gratitud de nuestros pueblos. Su prestigio trasciende el orbe hispánico. Ahora se pide para Reyes el premio Nobel. Otros habrá con parejos méritos, porque el mundo es ancho y, a veces, demasiado ajeno; pero de fijo nadie se merece mejor que “el mexicano universal” ese lauro con que Europa reconoce valores sin fronteras. 

Homenaje español a Alfonso Reyes**

Basta leer los títulos de las publicaciones originales de Alfonso Reyes para ver que algunas de ellas tienen por tema España o su cultura: *Las vísperas de España*, *Capítulos de literatura española*, *Cuestiones gongorinas...* Pero, sólo con pasar de los títulos de las publicaciones a sus índices, se ve que de otras son temas españoles los totales o parciales, directos o indirectos. Ya en su primer libro, *Cuestiones estéticas*, “La Cárcel de amor, de Diego de San Pedro, novela perfecta”, “Sobre la estética de Góngora”. En *Calendario*, la primera parte, “Tiempo de Madrid”. En *El cazador*, “Los huesos de Quevedo”; “Frestón”, encantador del *Quijote*; “Los orígenes de la guerra literaria de España”. En *Aquellos días*, la segunda parte, “Desde España”. En *Retratos reales e imaginarios*, “Madama Lucrecia, último amor de don Alfonso el Magnánimo”; “Antonio de Nebrija”; “Fortunas de Apolonio de Tiro”, con ocasión de una edición del poema medieval *Li-*

bro de Apolonio; “Don Rodrigo Calderón”, favorito desgraciado de Felipe III; “Gracián y la guerra”; “Felipe IV y los deportes”; “El obispo de Orense”, don Pedro de Quevedo y Quintano; “En la casa de Garcilaso”; “Francisco Codera y Zaidin”, el fundador del moderno arabismo español. En *Simpatías y diferencias*, después de porciones de la primera y segunda series, la gran sección de la tercera sobre el cine lleva por títulos de sus dos subdivisiones “Fósforo de España” y “Fósforo en *El Imparcial*”; la primera de las dos partes de la cuarta serie, el título “España”; en la quinta serie, los títulos de temas españoles son los más... Si se pasa, en fin, a la lectura de las publicaciones, se encuentran temas o inspiraciones españoles no revelados por los títulos, como, para poner un solo ejemplo, el de *El suicida*, ensayo de ensayos inspirado por el suicidio de Felipe Trigo. Hay que añadir otros géneros de publicaciones, como las ediciones de textos —del *Poema del Cid*, del *Libro de Buen Amor*, de Góngora, de Lope, de Quevedo, de Gracián...— y las referencias esparcidas por toda su obra, para poder tener un inventario completo de la ocupación y la preocupación de Alfonso Reyes con España y por España, a lo largo de su vida entera. Parte ínfima de la totalidad, no de sus libros, sino de los ensayos y artículos con que muchos están compuestos, será la de aquéllos en que no haya alguna de tales referencias.

La ocupación y la preocupación con España y por España son anteriores a su arribada a ésta, pero se ampliaron, ahondaron, consolidaron, refina-

* José Gaos (1900-1969) fue un traductor y filósofo español. Vivió exiliado en México desde 1938, cuando formó parte de los primeros intelectuales republicanos que se incorporaron al proyecto de La Casa de España en México, antecesor de nuestro Colegio de México.

** Publicado (a unas cuantas semanas de la muerte de Alfonso Reyes) en *México en la Cultura*, suplemento del diario *Novedades*, núm. 570, 15 de febrero de 1960, p. 3. Bajo el título común de “Homenaje español a Alfonso Reyes” aparecieron éste y otro texto, de Max Aub, que también reproducimos en este número del *Boletín Editorial* de El Colegio de México. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 27, exp. 3, foja 1.

ron con su decena de años de estancia en España y su incorporación a la vida española. De éstas da buena cuenta, detallada y viva, anecdótica y reflexiva, la “Historia documental de mis libros”, de que Alfonso Reyes no alcanzó a publicar más que los capítulos I a GV, los trece primeros en diversos números de la revista *Universidad de México* y los tres restantes en los tres últimos números de la *Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, y de los cuales el segundo y siguientes hasta el GV inclusive se refieren a su estancia en España y a sus publicaciones durante ella. Esta “Historia” es una autobiografía intelectual que será el sustitutivo parcial de las memorias iniciadas por *Parentalia* con una anticipación cronológica sobre la vida misma del autor y un *tempo* narrativo que hacían previsible [que] no serían acabadas, ni de lejos, por muchos años más que hubiese vivido el autor.

Las relaciones de Alfonso Reyes con España pueden dividirse en personales y culturales, y de las que puede dudarse cuáles sean las más radicales y determinantes de las otras.

Reyes se hizo en España con algunas de las amistades más íntimas del resto de la vida de sus amigos o de él, como las de Díez-Canedo y Moreno Villa. Inmediatamente hay que añadir las de sus compañeros más cercanos de trabajo en el Centro de Estudios Históricos: Onís, Solalinde, Gómez Ocerín, y de los segundos de Menéndez Pidal en aquel instituto, Américo Castro y Navarro Tomás. Y hay que añadir, en fin, que Reyes hizo relaciones de amistad mayor o menor con la mayoría de las grandes figuras de la intelectualidad española, muchas de las cuales habían de ser grandes figuras de la República. La amistad con Unamuno la reivindicó el propio Reyes con tanta dignidad como delicadeza pocos años antes de su muerte. La amistad por Ortega se sobrepuso a una mala ocurrencia de éste, cuya muerte inspiró a Reyes el encendido “Treno para José Ortega y Gasset”. Por cierto que esta amistad me probó la perspicacia con que Reyes conocía a las personas. Después de un trato de años, y durante algunos de frecuencia diaria y total intimidad intelectual con Ortega, me hice de mi maestro una idea que, por ser resultado de aquel trato, me parecía que pocos más que yo podrían habérsela hecho o hacérsela, y

que apunté en conferencias de cátedra con ocasión de las bodas de plata de Ortega con la suya, y con ocasión de la muerte del maestro expuse en artículo de revista. Pues, al pie de una de las páginas del artículo, me juzgué en conciencia obligado a poner esta nota: “El autor de este artículo ha encontrado la idea de su maestro que comenzó a hacerse desde que empezó a ser su discípulo, confirmada con anticipación de años por tan perspicaz conocedor de hombres como Alfonso Reyes”. Cf. *Simpatías y diferencias*, “Apuntes sobre José Ortega y Gasset”. La amistad de Reyes con Juan Ramón Jiménez, con Menéndez Pidal y con Azorín, después de interrupción causada por la guerra, se reanudó epistolarmente y así continuó hasta los últimos días de Juan Ramón o de Reyes. La amistad con Azaña, con quien, cuando fue presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, fue secretario de la sección Reyes, la recordó a raíz de la muerte de aquél en una alocución que termina con estas palabras: “Para repetir la última dedicatoria que de él recibimos —‘con la remota y no enfriada memoria de nuestra antigua amistad’—”. Las nombradas son algunas de las principales amistades españolas de Reyes, por lo ilustre o lo apretadas, o ambas cosas, pero no las únicas por ninguno de los dos conceptos. Ya en México Reyes, desde que dejó el servicio diplomático, y los “refugiados” españoles, reanudó aquél las relaciones personales de amistad con algunos de éstos, como Canedo o Moreno Villa, o las inició con otros, de generaciones más jóvenes.

Las relaciones que pueden llamarse culturales de Alfonso Reyes con España no podrían agotarse más que en un estudio de su obra todo lo minucioso que sería menester, por lo que en este momento tengo que conformarme simplemente con sugerir la diversidad de ellas que se ocurre al solo recuerdo global de su obra. Las más obvias son las de temática literaria, ya en estudios o ensayos como los que integran las dos series de los *Capítulos de literatura española*, ya en artículos insertos en otros libros o en referencias esparcidas por el resto de su obra. Tan obvias unas, pero mucho menos otras, hasta no resultar perceptibles más que para una atención especial, son las de temática de la realidad española. A las primeras pertenecen la mayoría, si no la tota-

lidad, de las contenidas en *Visperas de España* y *Calendario*. De las segundas pondré por ejemplo bastante obvio todavía *Los siete sobre Deva*, conversación ondulante en un escenario vasco que, si pasa a segundo término desde que se inicia la conversación, a pesar de las vueltas del autor mismo a él, al fijar en él la atención el lector lo halla de una potente y fiel fuerza evocativa y penetración. Pero de muchas de las relaciones de esta temática se pasa sin solución de continuidad a otras relaciones mucho más sutiles y difíciles de percibir o probar. Son las de inspiración entrañablemente unidas a la esencia circunstancial, lírica, de la obra en conjunto de Reyes. Es éste encarnación arquetípica del escritor, del hombre que vive todo lo que vive escribiéndolo. Hombre de tal tipo saca de las circunstancias más variables de su vida obras en las relaciones más diversas con las circunstancias de las que las saca. Pondré de nuevo un solo ejemplo. *La casa del Grillo*, subtitulada *Sátira doméstica*, está fechada en 1918 en Madrid; sería lo único que señala una relación entre la deliciosa obrita y la circunstancia en que se escribió; pero el lector apercebido para ello ¿no podría captar en la obrita la transustanciación de un ambiente familiar en el medio madrileño? Con todo, las relaciones de Reyes con España más importantes en esta ocasión o más hondas siempre son aquéllas en que se condensaría la idea, el sentido de España que tenía Reyes y, o por, lo que éste mismo pudiera tener de español.

Después de lo dicho acerca de las relaciones personales, las políticas no pueden ser otras que las que son inequívocas e indiscutibles; las de los republicanos españoles de nuestros días, las de los liberales españoles de todas las edades, desde la media. De este fruto son últimamente raíz otras; las de los liberales españoles de nuestros días con el pasado patrio reivindicado como propio en exclusiva por los que se llamaron a sí mismos nacionalistas, como si de veras lo fuesen más que aquéllos a quienes se enfrentaron en adversarios: una actitud crítica, esto es, discriminativa, de discernimiento o criba entre las llamadas grandezas del pasado, para sobreponer a las que resultaren condenadas el restablecimiento o la continuación y perfeccionamiento o potenciación de las ya salvadas. La labor iniciada, cuando

menos, por Feijóo, proseguida por Cadalso y Larra, los krausistas y Costa, los hombres del 98 y sus seguidores hasta los de la Segunda República y de la emigración. A la que se anexa la actitud y labor relativas a la situación actual y las posiciones futuras, no sólo de España, sino además y especialmente del orbe hispánico todo dentro del universal. Si se necesitara una prueba documental tan concisa como requiere el espacio de tiempo de que dispongo, aduciría el siguiente par. En 14 de abril de 1937 está fechado en Buenos Aires el “Prólogo” del libro *Visperas de España*. El “Prólogo”, después de hacer historia sumaria de los diez años de estancia del autor en España, y de recordar nominalmente a los principales amigos españoles del autor, se cierra con este aparte:

Devuelto por 1920 al servicio exterior de mi país, aunque tuve que alejarme un poco de la literatura militante, nunca perdí mis contactos. La expresión de mi gratitud para mis compañeros de España —en que asocio a muchos otros que no tengo tiempo de nombrar— sería inagotable. Ellos saben que ninguno de sus actuales dolores puede serme ajeno y que siempre iluminará mi conciencia el recuerdo de aquellos años, tan fecundos para mí en todos sentidos. Aprendí a quererlos y a comprenderlos en medio de la labor compartida, en torno a las mesas de plomo de las imprentas madrileñas. La suerte me ha deparado el alto honor de encarnar, para la España nueva, la primera amistad del México nuevo, aunque la más modesta sin duda. Este honor no lo cederé a ninguno.

Y en la citada alocución, “Recuerdo de Azaña”, hay esta cláusula: “Azorín ha explicado con clarividencia cómo la España revolucionaria de aquel repúblico era la verdadera España perenne”.

Tantas y tales relaciones de Reyes con España, más la de ser un mexicano que parece criollo puro, aunque en el primer capítulo de *Parentalia* acepte, en su término, un mestizaje que puede entenderse más como cultural o de los espíritus que como racial o de las sangres, y no el deseo fútil de paliar el antes confesado error acerca de su nacionalidad, hacen pensar que Reyes era tan espa-

ñol como mexicano, dando ejemplo a españoles de cómo podemos ser mexicanos. En contra se ocurre que algunas de sus prendas de carácter más relevantes y excelentes, su experimentada comprensión e indulgencia, su ecuanimidad y mesura, su cortesía inalterable, incansable, la índole de su humor, no tenían nada de españolas, sino sólo de bien mexicanas. Los españoles somos jactanciosos, perentorios, intemperantes. Pero estos defectos son —y quizá Reyes lo comprendía bien— el reverso de un anverso de virtudes: respectivamente, la dignidad, la diligencia, la firmeza de convicciones. Y como somos no fueron nuestros antepasados. Entre los siglos XVII y XVIII cambió el carácter de los grandes pueblos de la Europa occidental, hasta el extremo en alguno de haberse vuelto como un guante. Los franceses pasaron de ser el pueblo de la caballería alocada de Francisco I y la cortesanía cruel de las guerras de religión a ser el pueblo del buen sentido o del racionalismo. Los ingleses, de ser el pueblo del desenfreno temperamental y grosería sensual de los contemporáneos y modelos de Shakespeare a ser el pueblo del puritanismo y del mayor dominio de sí. Los alemanes, de ser los bárbaros del Norte a ser el pueblo de los soñadores, filósofos y musicales —antes de volver a ser, por desgracia, peores que los bárbaros que habían sido—. En los siglos XVI y XVII eran los españoles tenidos por los más graves y dignos de los europeos, desde el continente y la vestimenta hasta la conducta y el ánimo. Hay muchas fuentes y pruebas documentales de todo ello. En 1660 tuvieron lugar, en la frontera de España y Francia, los esponsales de Luis XIV con la infanta María Teresa, hija de Felipe IV. El acontecimiento dio tema a un tapiz de los Gobelinos. De éste dice un historiador francés de nuestros días:

Al mismo tiempo que una galería de buenos retratos, presenta una divertida serie de trajes. A excepción del extraño y enorme vestido de María Teresa —un vestido con guardainfante—, los trajes españoles son de una sobria y rica elegancia. Al contrario,

los trajes de los franceses son ridículos: observad los pasmosos volantes del pantalón de Luis XIV y las cintas de sus zapatos.

Y evoco en mi interior la imagen, tan impresionante que no se borró de mi memoria, trazada por un historiador extranjero, cuyo nombre, en cambio, sí se borró, por lo que no he podido encontrar la página ni citar a la letra —la imagen de los españoles en la victoria que aún siguió a la derrota decisiva de la pérdida de la hegemonía por España; avanzando en filas compactas y paso medido, sin hacer un gesto ni dejar oír una voz, hacia el enemigo, intimidado ya por la sola forma de tal avance—. Pero si acudir a los extranjeros puede ser más convincente, recurrir a los propios es, sin duda, más auténtico. Y nada menos que el *Quijote* propone a los lectores en la figura del Caballero del Verde Gabán un dechado de hombría de bien, leales afectos y comedimiento en todo. Las virtudes reconocidas como mexicanas en don Juan Ruiz de Alarcón por Henríquez Ureña y a su zaga en otros por otros, entre ellos el propio Reyes, no eran insólitas entre los españoles de aquellos tiempos. Tal ideal de caballero, del caballero español, algo tan *sui generis* como *l'honnête homme* francés o el *gentleman* inglés, es el que procuró restaurar en su persona, y por medio de la educación en los más posibles de los españoles, don Francisco Giner. Y es el que debemos reconocer realizado en Alfonso Reyes.

Quizá, pues, los mexicanos no puedan, pero los españoles sí podemos dudar si con la muerte de Alfonso Reyes hemos perdido a un gran mexicano o a un gran español. Salgamos de la duda pensando, en último término, que España no es el nombre de una entidad decaída en un solar al que estaría aferrada estáticamente, sino el nombre de una entidad que marcha por la historia humana integrándose y expandiéndose antes en tierras ibéricas, después en tierras americanas, y en el futuro, y cuando ya no haya tierras en la Tierra para ello, en espacios, no siderales, sino ideales. ❧

Tan claro, tan rico de aventura... **

Gordezuelo, despuntó de agudo; conoció lo justo; repleto de noticias, nada se le escondía, resplandeciente de ideas propias y ajenas, esparciendo los reflejos de las artes y de las ciencias; poco se le escapaba —ni la intención del enemigo, desnuda de sus ojos vivos—; al día del mundo hasta su último momento.

Desde estos ángulos, cien cantarán sus loores, harán su justa alabanza. Déjenme hablar de sus males, celebrar sus daños.

Cuando muere un ilustre hombre de letras, se alza un coro general de alabanzas, generalmente desproporcionadas. La necrología es género periodístico sin mayor responsabilidad: ante la muerte todo se desborda. Pocas veces tuvo tan gran hombre de letras enemistades vernáculas tan indarraigables. No hubo quien las desterrara, subterráneos rai-gones que se atrevían al aire de trecho en trecho: sin rebozo.

* Max Aub (1903-1972) fue un escritor español de origen francés. En enero de 1939 se exilió en Francia donde pasó por varios campos de internamiento. Finalmente, en septiembre de 1942, pudo embarcar hacia México, donde vivió hasta su muerte.

** Publicado (a unas cuantas semanas de la muerte de Alfonso Reyes) en *México en la Cultura*, suplemento del diario *Novedades*, núm. 570, 15 de febrero de 1960, p. 3. Bajo el título común de “Homenaje español a Alfonso Reyes” aparecieron éste y otro texto, de José Gaos, que también reproducimos en este número del *Boletín Editorial* de El Colegio de México. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 27, exp. 3, foja 1.

— ¿Ése? No vale nada.

Y aun de cuerpo presente:

— No valía nada.

¿Cuántas veces dijeron antes?: — ¿Ni mexicano siquiera?

No era sentimiento personal o antipatía, así no le favoreciera su estirpe, que defendió con tanto amor (por algo sería). Era otra cosa:

No le perdonaron lo que supo, ni cómo lo aprendió, ni —menos— el uso universal que de ello hizo.

De tan inteligente, padeció más de la imbecilidad. No sólo de los mastuerzos, papanatas, zoquetes, estúpidos, bobos, sino de los hipócritas, farsantes, cucos —que traen las malas intenciones envueltas en listeza “para regalo”, que no le perdonaron su cultura ni su liberalismo, que es uno y lo mismo (no hay culto verdadero que no sea, aun a la fuerza, liberal; Menéndez y Pelayo fue buen ejemplo). Lo conservador, a la española, a la americana, cocido en su jugo, no pasa generalmente de pudiente y hedionda ignorancia demagógica.

Misterio de los dioses: por qué hay más imbéciles que inteligentes —si es que los hay, que tendría que probarse; en general, los listos callan—. Ate-nuante: con el tiempo y las muertes sobrenada lo mejor. Ni jóvenes ni viejos ignorantes —añádanse los envidiosos, que callo por sabidos— le perdonaron lo que supo. De eso sufrió, de eso murió antes, frenético contra los crasos orgullosos de serlo: esos que no sabiendo de la misa la mitad, parten siempre del *Ite misa est*.



Horas antes de morir, hablábamos de nuestras burlas veras —tal vez lo que más nos unía— y gritaba —bajo—:

— ¡Si dijera lo que sé acerca de la imbecilidad de mis contemporáneos!

Nadie hizo tanto para que dejaran de estar ayunos: nunca pudo convencerse él, que jamás anduvo a ciegas, de que la necedad no fuera una errata corregible. Siempre quiso que la gente se enterara, más claro que el agua, luchando contra los “desentendidos”; pero los idiotas le persiguieron “a como diera lugar”, sacándolo de quicio.

Resistiéndose a dejarse arrebatar, de su pasión contenida contra lo inepto están hechas muchas de sus mejores páginas últimas. Mas ojalá exista entre sus papeles, como dos y dos son cuatro, la constancia de la torpeza de sus amigos.

— No vale nada.

— No valía nada —decían, y aún van diciendo, algunos de sus sedicentes amigos, para que lo oye-

ra subrepticamente y le doliera, alabando la brutalidad, la ignorancia, los chispazos de genialidad bárbara, el machismo.

— (No vale nada.

— Ni mexicano siquiera).

No negó que la parte oscura del hombre tuviera su peso: pero el saber es más.

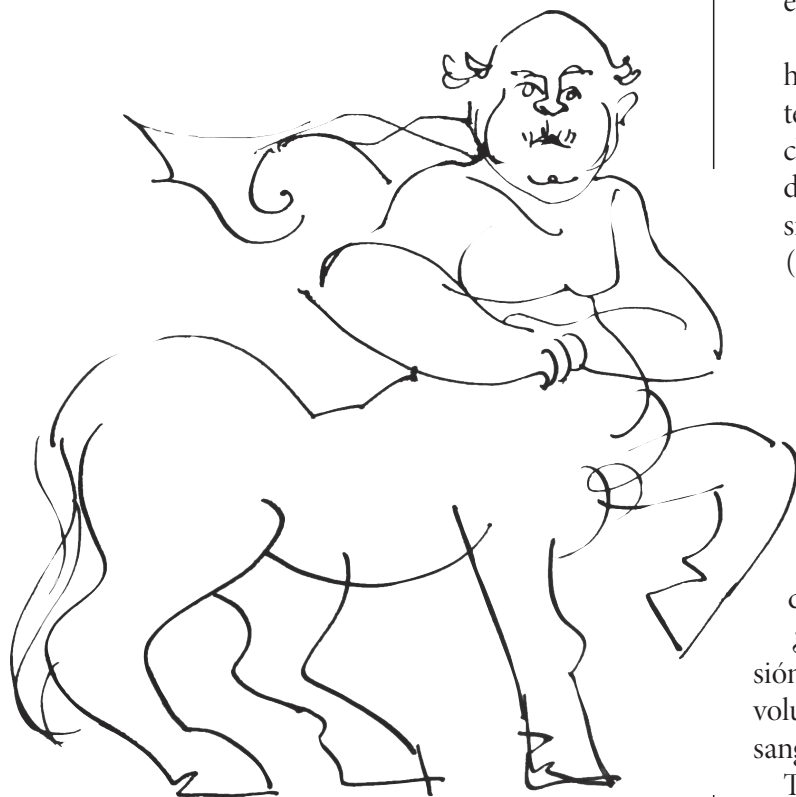
No le desagradaban los ignorantes, sino los necios. No es distinción sutil: ignorantes pueden ser sabios; pero los necios, los que se regolfan, regodean, rebotan en su ignorancia, no tenían más salida frente a él, contra sí mismos, que gritar:

— No vale nada.

— No valía nada.

— Ni mexicano siquiera.

Los brujos lo son por inopia; los doctores, del saber. A veces algunos semisabios, por hacer gracia, en busca de éxitos revisteriles, defienden la torpeza. La tragedia de Alfonso Reyes fue que siempre defendió la sabiduría.



(— No vale nada).

Sólo algunos infelices, empujados, se atrevieron a escribirlo; el mal era de otros; lo sabía, para daño de su corazón, en eso siempre adolescente.

Aclarador, hacedor de cartillas, fabricante de abecés —sabedor de todas las jotas—, deseoso de transportar, por nada, sus lecturas, traductor de lo erudito a lo común, amigo de poner en claro lo oscuro por amor a los más: demócrata en los mejores términos, dando a entender el mundo por amor y estimación de su prójimo de lengua española —más si era mexicano, más todavía si de Monterrey—.

Explicador (como aquéllos de las salas de cine de duras bancas de su juventud). Apostillando, metiendo cuchara donde servía, claro declarador de ocultas mitologías propias —su poesía— y ajenas.

No le perdonaron que no escribiera sin saber lo que decía, porque lo bueno no es sólo —como

quieren malintencionadamente— la claridad de su calidad, sino el peso específico de su sabio, elaborado liberalismo.

El liberalismo fue en él, como en la historia, hijo natural del saber humano, que lleva al entendimiento; como la ignorancia es la puerta ancha del sectarismo y de la intolerancia. No hablo del bien ni del mal, aunque, para él, la comprensión y su contrario los representaban.

(— No valía nada.

— Ni mexicano siquiera).

No es mal vernáculo: existen hispanistas ilustres en todos los meridianos: en Alemania, en Norteamérica, en Francia, no digamos en Italia o en Portugal. ¿Mas cuántos eruditos de lengua española dedican su tiempo a la literatura francesa, a la italiana, a la inglesa, a la alemana? ¡Ay de él si existiera! Lo menos que le dirían: traidor a la patria. (Así somos).

¿Ha pensado alguien la cantidad de comprensión, de sabiduría, que necesitó para aceptar la Revolución a la que nada le predisponía, sin contar la sangre derramada de su padre?

Tenía 25 años al llegar a Madrid, 35 al dejarlo. Estudia, escribe. Vive allí la huelga del 17, el desastre de Annual, el intento de exigencia de responsabilidades, el surgir de la dictadura de Primo de Rivera, asiste a la fermentación de la masa que ha de producir la caída de la monarquía, la república.

En edad de escoger, se ata con los que quieren justicia, aprende con los liberales, con ellos crece y permanece. No le perdonaron lo que aprendió entonces ni la generosidad a la que le llevó tan buena memoria.

Fue mexicano por convicción y no sólo de nacimiento; fue revolucionario por sabiduría, no por empuje; fue liberal por abarcar más, no por estirpe; fue español por universal, no por los caldos (— Voy a ver a Franco porque me gusta la manzanilla y siempre me regala unas cuantas botellas —decía el otro).

Tardará mucho en nacer, si es que nace, “mexicano” tan claro, tan rico de aventura...

Y, aunque no tiene importancia para el futuro, he dicho esto porque sé que le hubiese gustado que lo dijera. ✎

Alfonso Reyes, *humanista mexicano***

En el decurso de los tiempos el genio griego levantó un ideal político, educativo, de conducción de hombres que expresan la palabra *paideia* o el término humanismo. También los latinos, gracias a la capacidad creadora de Cicerón que supo resumir las aspiraciones de su pueblo, dejaron en la *romanitas* una imagen que habría de trasponer los siglos. Entre nosotros, el humanismo y el empeño educativo han sido pensados, pero, sobre todo, han sido puestos al servicio del hombre mexicano, con el propósito expreso de realizar, en nuestro medio y de acuerdo con nuestras limitaciones, la parte de humanidad que nos corresponde. Así, Las Casas, Vasco de Quiroga, Zumárraga, en el siglo XVI; Alegre, Clavijero, Alzate, Hidalgo, en el XVIII; Mora, el Nigromante, Parada, Altamirano, Casasús, en el XIX, y Justo Sierra, Caso, G. Méndez Plancarte, en el XX, forjaron un tipo ideal de

*Rafael Moreno Montes de Oca (1922-1998), filósofo, ensayista y traductor mexicano, tuvo sus primeros contactos con Alfonso Reyes y con los intelectuales republicanos exiliados en México cuando fue becario de El Colegio de México, entre 1945 y 1947. Egresado de la Maestría en Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en 1962, durante buena parte de su vida académica fue profesor, investigador y funcionario en distintas escuelas, facultades y dependencias de dicha universidad.

** Publicado en *México en la Cultura*, suplemento del diario *Novedades*, número 568, 31 de enero de 1960, a escasas semanas de la muerte de Alfonso Reyes. El Archivo Histórico de El Colegio de México resguarda este documento en: Archivo Alfonso Reyes, caja 47, exp. 1, fojas 1-2.

hombre que es ya, de algún modo, parte de la historia nacional. Dentro de esta tradición de larga prosapia está el lugar de Alfonso Reyes. Él también enseña insistentemente un paradigma humano y lo lanza a la patria como acicate de las voluntades, como un gran reactivo patrio que ponga en movimiento y salve a la vez.

I

Ciertamente, quien sepa leer cualquier escrito de Alfonso Reyes, sea de ficción, sea ensayo, sea investigación, encontrará un tema que surge de manera natural, sin aspavientos, sin dramas, con mesura: el tema del hombre. Diríase que su obra entera es, desde distintos ángulos, una respuesta a los problemas humanos, una búsqueda de lo que el hombre es más esencialmente, que termina en un mejor conocimiento de las posibilidades humanas. Y no se trata de una comprensión teórica, sino de mostrar “el pleno conocimiento humano” que se esconde, por ejemplo, en la armadura de la ciencia, en las diversas formas de la literatura, en el pueblo, en la democracia. Pues Alfonso Reyes no inventa su tema, lo estudia, amorosamente como es, como sujeto al fin de carne y hueso, de espíritu y cuerpo, que empieza por formar parte de una familia, luego de una patria y después de la humanidad. El hogar, dice en la *Cartilla Moral*, “es mi sociedad. Mi sociedad no es más que una parte de la sociedad hu-

mana total. Esta sociedad es el conjunto de todos los hombres”. No existe por eso el problema de recomponer el todo a partir del individuo, ni menos, de concebir al hombre como la reunión de parcialidades. Alfonso Reyes, al contrario, posee, por así decir, la intuición simultánea del hombre en general y de este hombre que es, según veremos adelante, mexicano. De esta manera, los rasgos típicos, la vida subjetiva, la filosofía, la civilidad, las leyes, la ciencia, la literatura, se dan todos juntos en el hombre, tal como siglos atrás llegó a quedar configurado por el genio griego.

Pero ¿qué es lo genuinamente humano? De conformidad con una tradición que llega del mundo antiguo y que finca después sus raíces en Grecia y Roma, Alfonso Reyes responde que la vida de la inteligencia es “el capítulo esencial de la vida humana, puesto que lo característico del hombre entre todas las demás cosas y creaturas es participar en la inteligencia”. El orden intelectual es, pues, lo genuinamente humano. Lo que significa que cuanto más el individuo sea elevado del simple plano de la naturaleza, por el cultivo del espíritu, tanto más será humanizado. La educación cobra así su verdadero sentido y alcance. En las obras de Alfonso Reyes existe una reiterada ambición de enseñar. No habla, en verdad, de programas o de educación escolar, pero en todos los casos señala un ideal, una meta. En pocas palabras, podría decirse que sus diversos escritos confluyen en la formación humana. Tal vez por esto, la relectura de sus obras me ha recordado tan de cerca la *paideia* de los griegos, esa “modelación paulatina” del hombre y de la persona de acuerdo con un ideal fijado de antemano. Y con razón, pues en el escritor mexicano el proceso educativo abarca a todas las fuerzas que obran sobre el individuo a lo largo de su vida y establecen la posibilidad de la convivencia humana dentro del hogar, de la patria y de la humanidad. Así, la verdadera escuela viene a estar, al igual que en el tiempo de los griegos —¡otra vez los griegos!—, en los lugares más diversos, en la calle, en el periódico, en el aula, en la familia, en la nación. Porque todo esto vuelve más hombre al hombre.

II

La educación entendida de esta manera se convierte en cultura, la cual en ocasiones es “todo el modo de vivir de cualquier grupo humano”, y, en especial, el descubrimiento y valoración de la persona humana. Aunque opera de inmediato sobre el individuo, se caracteriza por tener una finalidad social, consistente en realizar los ideales de un pueblo. Por esta razón, la cultura no puede crecer colateralmente a las otras actividades humanas, siendo ella misma núcleo y meollo del hombre. Y de modo parecido, su función no se agota en transmitir un conjunto de conocimientos, ya que tiene por objeto trabar todas las actividades técnicas, la circulación del comercio, la inteligencia y la emoción, la teoría y la práctica. De la cultura depende, dice a los universitarios de Monterrey, “que el último martillo que bata el hierro en el último taller resulte encadenado a la fórmula algebraica que los estudiantes escriben en el encerado de sus aulas”.

El especial modo como la cultura establece esta unidad que se da en el hombre es la continuidad. Hay continuidad entre la técnica y la teoría, entre la práctica y la contemplación, entre la política y la vida. Puede decirse que la obra de la cultura es esta continuidad. Alfonso Reyes pudo, por la década del 30, cuando las generaciones se educaban al grito de “nada tengo de común con la historia”, insistir en que “la ley de la continuidad” era la “ley de la cultura”, porque su intento era salvar al hombre y su unidad radical. Desde entonces perdura en él la idea de que la cultura unifica al hombre. Lo unifica primero sobre la redondez de la Tierra. Lo unifica también en las relaciones humanas. Lo unifica consigo mismo por obra de la inteligencia.

No es cuestión, como pudiera parecer de primer intento, de una concepción intelectualista que establezca conexiones abstractas entre todas las cosas. Según Alfonso Reyes, se trata de la vida completa, con toda su dignidad y con todos sus peligros. La unidad que da la cultura es, pues, la unidad que el hombre ha de tener necesariamente para durar como hombre en el universo. Unificar no consiste en estancarse, sino en “facilitar el movimiento”. Pero también la cultura es un camino abierto que

comunica entre sí los distintos órdenes del saber. Unas disciplinas se ayudan a otras. Se fertilizan mutuamente. Abre, por así decir, “las compuertas, los vasos comunicantes”, y el contacto humano resulta más ancho. El hombre puede así ir de la patria a las ideas universales, de los propios autores a los clásicos, del comercio o de la técnica al espíritu. Se comprende ya por qué Alfonso Reyes sostenga una tesis que viene a ser como el trasfondo de su pensamiento entero: la tesis de una cultura política o de la política entendida como cultura. Estamos en presencia de toda una concepción, que se descubre aquí y allá, según la cual el hombre contemporáneo no puede resolver el problema de su convivencia con el antiguo humanismo, hecho de cultura literaria, ni con el que nació del positivismo, hecho de cultura científica, sino solamente con una forma de cultura política. “Sólo la cultura política puede precavernos” de los sobresaltos humanos, de los peligros de la ciencia.

La cultura política consiste en dos cosas: en obedecer “a las novedades de que el tiempo viene cargado”, y en hacer ideas que abarquen a todos los hombres, pues “la cultura quiere alumbrar por igual a todos los hombres —y este todos-los-hombres lleva en sí el postulado político—. Lo cual quiere decir que nosotros debemos entender esta nueva política, que tiene por base a la cultura, como una especie de educación ciudadana, de *paideia*, a la manera de lo que sucedía en la *pólis* de los griegos o en la *civitas* de los romanos.

Queda en claro que la cultura es fermento de humanismo. Mas ¿cuál es la verdadera cultura? Con esto llegamos a otra convicción que no abandona jamás a Alfonso Reyes y que lo trasplanta, de golpe, a la tierra más puramente ética. Me refiero a la idea de que no hay cultura sin moral. La moral “da a todas las cosas su verdadero valor dentro del conjunto de los fines humanos”, dice en la *Cartilla Moral*. Por eso la verdadera cultura no es el simple adelanto en muchas cosas. Cultura es moral. Cuando la moral se pierde de vista, la civilización y la cultura degeneran, destruyéndose a sí mismas. Lo contrario pasaría si siempre fuéramos mejores; entonces el progreso humano “no sufriría esos estancamientos y retrocesos que hallamos en la historia”.

Llevado por estas preocupaciones en las que se debate fundamentalmente la suerte humana, Alfonso Reyes matiza su obra de principios éticos, regados aquí y allá, hasta que publica el año pasado una doctrina completa en la *Cartilla Moral*. Se trata, lo que ya es decir, del documento mexicano que más trae a la mente el recuerdo de las grandes conquistas griegas y romanas en torno a la conducta ética. Pero no es sólo el recuerdo: la claridad de la expresión, la mesura de las tesis, la actualidad de las ideas antiguas transportan al lector ensimismado a un mundo inexistente, tal como hubiera sido la vida si la humanidad hubiera realizado los más puros ideales de Grecia, Roma y el cristianismo. Ciertamente, se percibe la presencia de la cristiandad y de los latinos; pero Grecia lo cubre todo. Alfonso Reyes elabora una teoría personalísima de los “respetos” humanos, en donde el concepto “respeto” ha de entenderse como dignidad o valor de la persona, porque resume las aportaciones más significativas del pensamiento griego, desde Homero y Solón hasta los estoicos. ¡Cómo se siente uno transportado al mundo que crearon Sócrates, Platón y Aristóteles! Moral es para él lo que fue para los griegos, aquello que la naturaleza o la racionalidad exige del hombre, a saber, “el respeto... a sí mismo”. Aidós y némesis, “el rubor ante los propios errores y la indignación ante la injusticia ajena, aunque no nos afecte”, son los dos ejes de la ética antigua y también del prototipo humano que traza Alfonso Reyes: un hombre constitutivamente bueno y veraz, respetuoso, cortés, educado, limpio, industrioso, hogareño, patriota y servidor de la humanidad. No es por eso una moral de normas externas, sino de “respetos”, de cuya obediencia depende el destino humano. Pero que nadie busque en la *Cartilla Moral* un sistema comparable al estoico o al de Kant, pues Alfonso Reyes sólo tiene el propósito de mostrar que el fin de la moral es el hombre y que la conducta moral trabaja siempre por humanizarlo más, por hacer que sobresalga sobre la bestia, a la manera del escultor, dice, que talla el bloque de piedra y saca de él una estatua. En este sentido, su concepción moral viene a constituirse en el fundamento de la política educativa y, consecuentemente, del humanismo.

III

Si la educación humaniza, si la conducta moral igualmente humaniza, es hora de preguntarnos cómo los mexicanos podemos llegar a la cultura o con arreglo a qué principios hemos de ir realizando la moral. A pesar de que las obras y la actividad de Alfonso Reyes tiene una respuesta clara, expresa, a estas preguntas, hubo un tiempo, cuando el “matiz local” era elevado a categoría universalmente válida, en que se le pidió que se ocupara de los valores nacionales y su entrega a lo universal fue vista como descastamiento. Mas fue ésa una feliz ocasión para que dejara su testamento mexicano en un ensayo que llamó “A vuelta de correo”, donde encontrarán sus raíces patrias hasta los que leen sin atinar con el sentido de las cosas. Y, en verdad, sus escritos están siempre referidos a México de algún modo: por el recuerdo, por la mención, por los problemas, por las letras, por la tarea de salvar al hombre. Lo que pasa es que Alfonso Reyes abarca conjuntamente lo nacional y lo universal, a los hombres mexicanos y al hombre en general, de acuerdo con su expresión de los “vasos comunicantes”, que gusta repetir.

Es evidente que los mexicanos sólo podemos humanizarnos por la educación o *paideia*. La pregunta se torna por eso en la cuestión de cómo se educa al hombre. En el *Discurso por Virgilio* expone su ideario educativo, de manera tan bella, que uno no sabe qué admirar, si el hábito del pensamiento o al maestro que de veras enseña. Más tarde presenta un resumen de su pensamiento en “A vuelta de correo”. Allí dice que debe ser puesto a disposición de las nuevas generaciones “cuanto pueda robustecer y nutrir el alma mexicana, aun cuando ello sea tesoro o depósito provisional de las clases hasta ahora más alejadas de nuestra política”. No caben ya los equívocos. Alfonso Reyes entiende al hombre desde la tierra mexicana. El punto de partida hacia el universo es nuestra propia cultura. Porque al hombre sólo puede educarse con lo propio. Lo propio fortalece “el núcleo, el corazón mismo de la enseñanza”.

Así son las cosas debido a la necesidad del nacionalismo en los tiempos actuales. Aunque muchas veces “las torres de la parroquia” nos obligan

a vivir en un mundo estrecho, es preciso reconocer que en el sentimiento nacionalista se arraigan “las nociones elementales de dignidad política y hasta de decencia personal”, leemos en *Tentativas y orientaciones*. Mientras no haya una garantía mejor que lo sustituya, el respeto a la patria debe impulsarnos a hacer por la nación cuanto sea posible. Piensa Alfonso Reyes que el primer paso que da el hombre en la existencia, y a veces el único que podemos dar, en bien de la humanidad en general, es servir a la patria. De manera que el cuidado de la patria no sólo permite el sentimiento solidario entre los pueblos, sino que es el campo de acción en que “obra nuestro amor a la humanidad”.

Tal vez el problema consista en señalar lo mexicano. Indudablemente está en el matiz local, lo folklórico, lo costumbrista o lo pintoresco, que viene a ser “como adornos graciosos que la cultura se cuelga al pecho”. Pero la realidad de lo nacional no está hecha, reside en una intimidad psicológica todavía indefinible. Todos la estamos haciendo y no es posible predecir por dónde surgirá. Lo que sí sabemos es que tenemos interés por “cuantas cosas interesan a la humanidad”. Para eso somos humanos. Nada de lo humano puede ser ajeno, sólo la ignorancia.

Y así como es extranjero en la humanidad quien ignora el deber patrio, así también el que olvida lo humano permanece ciego a lo nacional. La patria es una ventana hacia el universo. Lejos de sufrir la nación menoscabo con lo universal, se beneficia. “La única manera —dice— de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo”. A esta actitud no es posible llamarla descastada, pues tenemos intereses en la humanidad por el hecho innegable de que somos hombres. Al contrario, estamos en peligro de deshumanizarnos en la medida en que no cumplamos la ley de la intercomunicación, que es la ley de la humanidad moderna. Por eso Alfonso Reyes sentencia: “insistir en lo fundamental, en lo universal, pero sin atentar a lo propio: tal sea la norma”. A nosotros cabe estudiar, por igual, después de su ejemplo, lo extranjero y lo propio, adoptar y conciliar todas las conquistas del hombre, procurando hacer una síntesis que sea nues-



tra. Lo que interesa más en nosotros, en definitiva, es que somos hombres “mexicanos”. “Mexicanos” es el adjetivo que da origen al matiz singular, a la psicología diferenciada, al folklore *sui generis*, al condimento específico. Lo que más importa; lo fundamental, es que somos hombres y tenemos derecho a todo lo humano. Al fin y al cabo, “somos una raza de síntesis humana”.

Y, sin embargo, lo nacional tiene primicia en la educación. “En la formación de los hombres debe entrar la mayor proporción de savia nacional que destila la historia”, dice. No existe por eso el peligro de que la cultura universal descaste el espíritu de nuestro pueblo. Ella llega después de lo nacional, cuando ya el proceso educativo ha configurado un alma patria mediante las enseñanzas que dan la familia, la escuela, la sociedad, la nación, en suma, el mundo en que vive todo ser humano. Primero, pues, se conoce o ha de conocerse nuestro pasado, que nos viene de nuestra vida propia, tal como ha quedado expresada en la historia nacional. “Y que después, al través de esa formación, pasen en buena hora las corrientes universales, las cuales no podrán ser descastadoras”. De este modo se abre legítimamente para nosotros el camino de la univer-

salidad. La educación nos forma al mismo tiempo para la comunidad en que vivimos y para nuestra misión humana.

IV

Dadas las alternativas de nuestra historia, es razonable que nos asalten dudas sobre la capacidad del hombre mexicano para la cultura universal. Pudiera suceder que nadie nos impida hurgar en el patrimonio común del espíritu con el mismo derecho de otros pueblos, pero que no lo hagamos por ignorar que poseemos esa propiedad o por carecer de ideales, crecidos y enraizados en el suelo nacional, que apunten hacia la humanidad. ¿Dónde, pues, se encuentra lo propio? Alfonso Reyes escribió en varios lados que la historia destila savia nacional. Efectivamente, nosotros, como cualquier pueblo, contamos con un pasado, en el cual hemos de estudiar los ideales humanos, como desprendimientos suyos y como reacciones sobre él.

Cuando la mayor dolencia de la época consistía en olvidad que teníamos un pasado, Alfonso Reyes insistió en que el único camino para ser hombre era aprovechar la tradición nacional. Respetar la tradición no significa traducir el presente hacia el pasado, sino, al revés, el pasado hacia el presente. Tampoco asimilar el pasado significa ser conservador o retrógrada en el sentido vulgar de la palabra; es la posibilidad del progreso y el desarrollo, pues toda cultura se afianza sobre la tradición, recogiendo el patrimonio de los siglos. Todavía más; la única manera de asegurar el presente es contar con el pasado. De esta manera, convencido de que hay una tradición que sirve de trampolín para que los pueblos se lancen a la historia universal, convencido también de que cada nación es el fruto de su esfuerzo consciente y de su propio pasado, Alfonso Reyes da los últimos toques a lo que podríamos llamar su teoría humanista. Porque del hombre se ha tratado en todo lo anterior.

Ahora bien, cuando por cultura se entiende, como lo hace Alfonso Reyes, el descubrimiento y valoración de la persona humana, entonces no puede haber para nosotros más tradición ni más

cultura que la inventada por los griegos y luego propagada por los romanos y el cristianismo. “Somos helenocéntricos”, ésa es la verdad. Cobra así un completo sentido la afirmación de que lo propio son las humanidades y de que la salvación de los mexicanos habrá de venirles por el apego a su tradición.

“¡Volver a lo propio, a lo castizo, hacer nuestro y derramar a todos es secreto de humanidades que hace tiempo se viene refugiando entre las clases derrotadas de la política!”, aconseja en el *Discurso por Virgilio*.

Por humanidades ha de entenderse, en primer lugar, la cultura helénica. Y las razones son obvias. La obra por excelencia del genio griego es el hombre. Piensa Alfonso Reyes que el ideal humano es procurado directamente a través de las artes espirituales, como la música, la filosofía, la poesía, la historia, la retórica, “los oficios de la palabra”. Y ya se sabe cómo la obra entera del literato mexicano trata de constituir un ideal humano que los mexicanos podamos realizar. Por eso es humanismo.

Pero también por humanidades ha de entenderse la cultura latina, porque fue el conducto por el que nos llegó la *paideia* griega, y porque su visión del hombre sigue operando en nosotros, gracias a la idea de la vida que heredamos del cristianismo. Nada extraño resulta entonces que cada palabra latina excite una palabra nuestra y aumente su peso de significación, “sus calorías de aliento espiritual”. Las ideas que manejamos tienen igualmente una carga, la historia entera de una civilización. Por eso el contacto con los clásicos significa un descenso a los “pozos ocultos de nuestra psicología colectiva”. Mediante ellos cada hombre se injerta con sus antepasados y, lo que es todavía más importante para el caos, se siente unido al mismo tronco. Las humanidades nos proporcionan la conciencia de la humanidad. Los clásicos humanizan. A su contacto el hombre que zozobra llega a la armonía: “el orbe latino —dice— devuelve al hombre su lugar en medio del [...] concierto de la naturaleza y devuelve a la voluntad racional su antiguo trono”.

Queda así resumido el ideal humano que en parte realizaron los griegos y los latinos. Pero ahora se trata de un ideal nuestro, al alcance, por así decir,

de nuestra mano, ya que la *paideia* o la *humanitas* vienen a ser tan nuestras como lo fueron, proporcionalmente hablando, de los antiguos. Si entonces ellos las constituyeron, hoy se han tornado en “senda medida a nuestro paso”. El mismo Alfonso Reyes puede presentarse como ejemplo. Escribe el *Discurso por Virgilio* “atendiendo a un llamado genuinamente nacional”, por lo que, sin grandes esfuerzos, muestra a los lectores que es posible pensar y sentir la realidad mexicana guiado por el poeta del lacio. Al final de la lectura, Virgilio se siente nuestro y nosotros podemos ver, a través de “la materia virgiliana”, que tiene ya dos mil años de elaboración, “como a través de una lente, el espectáculo de México”, escribe en *Tentativas y orientaciones*.

V

Con todos estos elementos ya puede señalarse cómo Alfonso Reyes es humanista mexicano, al constituir precisamente lo que podemos llamar la *paideia* nuestra, de donde ha de salir, con esfuerzos de voluntad, el ideal mexicano que deba alcanzarse. Y puesto que en definitiva el humanismo es para él educación política, también está aquí delimitada la tarea del educador. Así como resulta preciso abandonar las influencias exóticas que no se aclimataron en México, así habrá de salvarse todo el caudal de ciencia que trajo a nuestra cultura la reforma de Gabino Barreda, y rescatar “los olvidados tesoros de una tradición con la que se andan perdiendo algunas de las más preciosas especies del alma mexicana”. Y, ciertamente, los autores griegos y latinos nos vinculan de modo estrecho con el hombre y sus preocupaciones; adhieren, además, decisivamente nuestra alma nacional a determinadas formas de civilización, a una jerarquía de valores morales y a una concepción de la vida y la muerte, que son características de la cultura occidental. De todos los clásicos puede decirse lo que Alfonso Reyes dijo en cierta ocasión de Virgilio: “dotar a los niños (con ellos) es alimentarlos con médulas de león”.

De esta manera, con los clásicos, venimos a cerrar un círculo, dentro del cual se mueve el humanismo de Alfonso Reyes. La cultura, según se dijo,

está orientada a cierta educación humana; cultura y educación constituyen, cuando las cosas se miran desde la altura del hombre, una política. Pues bien, con una mesura y una tranquilidad que comienzan por asombrar y acaban por convencer, Alfonso Reyes afirma que en la *paideia* griega y en la latinidad se encuentran las orientaciones que deben regir “nuestra alta política educativa”. Esto significa que la formación del hombre, así como la elevación de la patria a un nivel universal, están condicionadas por la aceptación de humanismo que naturalmente nos viene de nuestro pasado. ¿Por qué seguir desterrando a los clásicos? “Quiero los clásicos —dice— para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las humanidades como vehículo natural para todo lo autóctono”. No es éste un tema fortuito en la obra de Alfonso Reyes. Existen reiteraciones, conscientes, por cierto, en las que a veces toma en cuenta lo griego y a veces lo latino de nuestro pasado. En el fondo de todas sus preocupaciones por el hombre de México, alienta el gran tema que ha movido a todos los pensadores americanos, a saber, América como tierra de utopía, América que alguna vez ha de llegar a convertirse en la voz por donde hablen todos los hombres. Para que América cumpla su destino, ha de tener un punto de partida. Ése ya existe: es el humanismo constituido por la tradición latina y griega. “De aquí partimos. Desde aquí esperamos”. Cualquier otro punto de referencia nos perdería en vagabundos incoherentes. Grecia primero y después Roma han dado ya pruebas de su eficacia y han demostrado su resistencia como continentes de cultura. Los griegos llevaron a los latinos hacia la hegemonía del mundo: el alma latina transportó a los hombres del paganismo al cristianismo. Con seguridad mañana llevarán a nuestra América a la experiencia definitiva. “¡No rompáis —dice— el instrumento precioso: os quedaríais desarmados, en medio de la transformación del mundo. En buena barca bogamos: haya tormentas!”

El humanismo mexicano así concebido está hecho para luchar y para ganar la batalla en un mundo de incertidumbres en el que se anuncian catástrofes, como es el contemporáneo. El verdadero fruto

del humanismo, en efecto, es, según Alfonso Reyes, la resistencia moral para los reveses exteriores. Humanista es el que sigue adelante sobre las tumbas y el que pisa impávido sobre ruinas. La *paideia*, la educación política, consiste en modelar un ideal de hombre en cada hombre, y en aceptar a la humanidad con todos sus peligros. Mientras vivimos, el hombre que somos se está haciendo en el yunque. Las cosas humanas no maduran fuera de nosotros, maduran dentro. Tal es el significado de estas palabras que escribió el año de 1943, en *Tentativas y orientaciones*, cuando parecía que la humanidad llegaba a sus últimas fronteras: “¿tenemos, pues, que adelantar por la vida tristes y cabizbajos, entonando sordamente nuestro *moriturim morituros salutant*? [los condenados a morir saludan a los condenados]”. De ninguna manera. La historia enseña que es digna de vivirse una vida de empeños, con tal que se quiera conquistar una tierra más justa. Los pueblos, por siglos, han combatido afanosos, sin que se extinguiera “la lumbre del espíritu”.

¿Este humanismo, político y militante, es definitivo o es transitorio? La pregunta, por extraña que parezca, tiene sentido, pues Alfonso Reyes, en sus estudios de Grecia, al referirse al humanismo de Protágoras, lo califica de solución “transitoria e incompleta”, porque deja en la sombra los problemas divinos. En cambio, el humanismo de Platón, que acaba por volver al sentimiento religioso, es considerado como definitivo. Sin duda el criterio que aquí utiliza es el histórico. Su pensamiento sobre este punto no admite discusiones después de lo que hemos delineado atrás. Podemos pensar, es cierto, que un humanismo que en nuestros tiempos haga depender el destino radical del hombre sólo de la *paideia*, de la educación, de la política por la cultura, constituye la última jugada que el hombre puede hacer por sí mismo. Mas no queda otra salida para el humanista moderno. O en estos momentos de peligro se retira estratégicamente a lo que Alfonso Reyes llama “última fortaleza humana”, y allí se salva, salvando a la humanidad, o perece. La lección que ya debemos saber es ésta: sólo el hombre puede salvar al hombre. Y Alfonso Reyes entiende al hombre desde su mirador en la tierra mexicana. ❧

El arte de ser abuelo**

Er an los días de cacería de imágenes, de infancia nutrida, muy bien nutrida bajo el amparo de su mirada y su sonrisa. Cacería de imágenes, porque eso era apenas, no podía captar toda la importancia de mi circunstancia orteguiana: el marco maravilloso e inmenso, los visitantes y las largas charlas llenas de ingenio y sabiduría. La pelota que hacíamos rebotar mis hermanas y yo nos servía de pretexto para estar un poco en todas partes. Así conocimos al abate González de Mendoza, a Manuel Sandoval Vallarta, a Ignacio Chávez —padrino de mi hermana Celia—, a Octavio Paz, a José Rojas Garcidueñas, a Carlos Fuentes, a José Gaos y a tantos otros con los que posteriormente nos han unido lazos de cariño indestructible.

Cuando abuelito estaba solo, sigilosamente —sin que nadie me viera— abría yo la puerta de la biblioteca, y si estaba trabajando entraba de puntitas, le daba un beso y me iba sin hacer el menor ruido. En algunas ocasiones él me permitía permanecer a su lado y leer *Alí Baba y los cuarenta ladrones*. ¡Pobre libro, cuántas manecitas han pasado por él: las mías, las de mis hermanos, las de mi hijo! Los

dibujos de Toño Salazar llenos de misterios y colorido facilitaban la comprensión del texto y hasta lo agrandaban, permitiendo que la imaginación se lanzara a campo traviesa e inventara más cuentos, más hazañas. El ejemplar lleva esta graciosa dedicatoria:

Esas sesenta y seis barbas, más
la barba moral de mi corazón, rinden
homenaje a mi querido Alfonso.

(El Alí-Babeante Otoño Salazar)

Me hice amiga íntima de Alí Baba, así como de Alicia —mi tocaya— *en el país de las maravillas*. Las maravillas me salían al paso... todos los objetos me hablaban, me hacían señas y deseaban contarme su historia: los bastones, la pistola-sable del general Reyes, el *Més de petit tots*, muñequito catalán regalado por algún amigo republicano en Buenos Aires (el *Diario* de Alfonso habla de los *meetings* en el Luna Park), su colección de mariposas, capturadas por él en Teresópolis, la lechuza y el perico, hechas en castañas del Pará, también del Brasil. Tres pisapapeles, recuerdos del general Reyes. Uno dice “Primera Vaciada, Horno Alto núm. 2, Julio 1743, Acero Monterrey”. Otro es un pedazo de riel de 1910 (también de la Cía. de Fierro y Acero) y el tercero un Nudo del Club de Schneider. Troica y ciego con lazarillo, de madera, rusos. Una vasija en forma de tortuga, cerámica primitiva mexicana. Una lámpara de aceite que me hacía pensar en Aladino. Dos

* Alicia Reyes (1940-2019), escritora y promotora cultural, nieta de Alfonso Reyes y estudiosa de su obra, estuvo al frente de la Capilla Alfonsina de 1973 a 2017.

**Tomado de Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 4ª. ed., 2000, pp. 269-279 (1ª. ed: Eudeba, 1976). El título del fragmento lo hemos tomado a sugerencia de la autora: “Podría titular estas líneas como *el arte de ser abuelo*” (p. 269).



Don Alfonso y doña Manuela en la Capilla Alfonsina (fuente: archivo de la Capilla Alfonsina).

gárgolas que se desprendieron de Notre-Dame y que aún ahora me recuerdan a Quasimodo... La loba de Roma. Dos cuadritos con sus respectivas inscripciones: “Laurel de Delfos, obsequio de Toño Salazar” y “Laurel de Ostia, obsequio de J. Hernández Campos, traído por Max Aub”. Caricatura de Alfonso Reyes, en cera, de Luis Hidalgo, hecha sobre un silbato de barro. La colección de doce campanas traídas por mis abuelos de todos los países que visitaron. Un Menneken Pis de Bruselas.

Entre los objetos de más leyenda que adornan la casa de libros de nuestro Alfonso, se cuentan: el Valle-Inclán, muñequito vasco, el cual —decía Reyes— se divertía haciéndole travesuras al pasearse por los estantes. El gato negro —comprado en Madrid más o menos en 1916—, amuleto de buena suerte económica, porque cuando perdía el equilibrio, se llenaban invariablemente las arcas de Alfonso... La herradura de la que habla en su *Obras completas*, tomo XII, p. 219: “Conservo de aquellos días una herradura recogida en el túnel que va de San Rafael a Cercedilla, donde por poco

nos atropella la locomotora a don Ramón Menéndez Pidal, a Solalinde y a mí”. La herradura lleva fecha grabada (3 de agosto de 1918) y estos versos del Arcipreste:

Cerca la tablada
la sierra pasada.

Su colección de pipas, entre las que hay una de espuma de mar, comprada en Roncesvalles y que decía él era el Olifante de Rolando... Dos candelabros españoles junto a un marcador de misales del monasterio de Ávila. Don Quijote y Sancho Panza, ¡porque no podían faltar!

¡Ah!, y una cosa importantísima, su colección de soldaditos de plomo, causa de numerosas cartas con Valery Larbaud. He aquí algunos fragmentos:

Commerce
160, rue du Faubourg St-Honoré
París VIIe.
Viernes 31 de julio, 25.

Mi querido amigo:

Realizo, gracias a usted, un sueño acariciado durante años (¡qué maniáticos, somos, los coleccionistas!) y ¡que me parecía imposible! ¡Oh!, ¡qué Estado Mayor guatemalteco voy a tener!...

V. Larbaud

71 rue du C. Lemoine

9 de febrero de 1927.

Mi querido amigo:

Creo que le hablé del proyecto que tenemos —los coleccionistas de soldados de plomo de París— de hacer una serie de figuritas que ilustren la historia de México.

Los dibujos de las figuritas de la época de la Conquista están listos: jefes, soldados, padres y civiles mexicanos y españoles. ¿Quisiera usted verlos? Creo que le interesaría.

V. Larbaud

Poco a poco —gracias a las pacientes explicaciones de Alfonso, de Manuelita o de mi padre— los misterios de la Capilla Alfonsina fueron descubriéndose: la clasificación de los libros, lo que guardan los archivos, los álbumes donde pude pasear por los diferentes escenarios de su vida literaria y diplomática...

A menudo nuestro Alfonso me decía:

Tu pequeña silueta llena mi vida, epopeya extraña.
Lee, mi Tikis, y conviértete en mujer
Conservando siempre algo de ángel.

Después descubrí, en la dedicatoria de Victor Hugo a su nieta Jeanne en *L'Année Terrible*:

*Ta petite ombre emplit cette épopée étrange
Lis, Jeanne, et deviens femme en
restant toujours ange.*

Nuestro Alfonso, como el autor de *Los misérables*, cultivaba el arte de ser abuelo, tenía todo el tiempo del mundo para sus nietos. Recuerdo que un día llegaba yo de la escuela muy cansada y arrastrando los pies —él acababa de dar su paseo habitual



Con su esposa e hijo, Madrid, 1918 (Alfonso Reyes. *Icografía*, México, FCE / EL Colegio de México, 1989).

después de almorzar y se asoleaba junto a la gran reja azul de su biblioteca—; al acercarme me reconvinó algo molesto:

— ¡No, hijita; por favor, no vuelvas a caminar así, siempre debes hacerlo mirando por encima de las copas de los árboles!

Lo besé y hoy, al escribir estas líneas, lo hago nuevamente.

Ya hemos hablado de su maravilloso don de análisis. Pues bien, como otra muestra más de sus grandes dotes psicológicas está su poema *El abuelo*, en donde captó el carácter de sus tres nietas, todavía no nacía su único nieto varón.

El abuelo

— Dinos, viejo galán de
la edad florida:
de todas sus nietas
¿la preferida?

— Una lleva el nardo,
¡y es tan altiva!
Mortecina en la luz, y en
la sombra, viva.

— Dinos, viejo galán de
la edad florida:
de tus netezuelas
¿la preferida?

— Otra lleva la rosa,
¡y es tan gallarda!
Fácil es a la risa,
y al lloro, tarda.

— Dinos, viejo galán de
la edad florida:
de tus nietas todas
¿la preferida?

— Otra lleva el jazmín, ¡tan
pequeñito!
Pero fresco aroma,
gozoso el grito.

Prósperos climas son,
benéficos cielos,
donde ya los hijos
nos hacen abuelos.

— ¡Ay, abuelo galán!
¡Unos amores vienen
y otros se van!

— ¡Ay, quién vio la primera
uva que brotaba
de tu majuelo!

— ¡Ay, que la primavera
no se me acaba
aun siendo abuelo!

La memoria de nuestro Alfonso era prodigiosa y mi padre se divertía jugando con él a las adivinanzas literarias: tomaba algún libro clásico y leía un trozo ya en prosa, ya en verso...; a las primeras de cambio, abuelito adivinaba

autor y obra, ante el asombro de los que lo rodeábamos.

El Cura *Piccolo*, como lo bautizaron en Roma, se paseaba, al pardear la tarde, con su poncho argentino echado sobre los hombros. Juntos recorríamos un palacio imaginario, cambiábamos la guardia cuando los centinelas estaban fatigados, y de repente su voz se alzaba límpida y hermosa:

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela
no corta el mar sino vuela
un velero bergantín...

Y aquí se detenía para que prosiguiera sola el resto del poema. Así fue acercándome —además de a Espronceda— a Darío, a García Lorca, a sor Juana, a Machado y a toda la literatura universal. Tuve el mejor maestro, si algo no aprendí es culpa mía.

En 1949, diez años después de su regreso definitivo a México, Reyes había sido propuesto para el premio Nobel. Universidades y centros de escritores apoyan la candidatura, pero no pudo ser.

El 25 de agosto de ese año nuestro Alfonso escribe a Iduarte agradeciéndole el interés que ha puesto para que se le otorgue dicho galardón:

México, 25 agosto 1949.

Gracias, querido Andrés Iduarte, por sus palabras en *El Nacional* a propósito del quimérico asunto del Nobel. Si he contado con la simpatía y el voto de los mejores, ¿qué mayor premio puedo desear? Hago mucho caso de su juicio y de su amistad. Estoy conmovido y agradecido. Este caso —que no ha dejado de traerme algunas amarguras y de revelarme algunas ingratitudes latentes— me confirma en mis convicciones: no puede haber alegría mayor en compensación más placentera que la aprobación de los amigos preferidos. Lo abraza su

Alfonso Reyes

En 1956 —con motivo de sus 50 años de escritor— se renueva la campaña. Aparecen numerosos artículos en toda Hispanoamérica, en Francia, en España y en Estados Unidos. Andrés Iduarte —nuestro Andrés querido— es nuevamente uno

de los principales animadores; así lo demuestra un artículo que publicó Iduarte en *El Diario de Nueva York*, titulado “Un homenaje neoyorquino a Alfonso Reyes”.

Ahora, pacientes lectores, permítaseme un poco de lirismo, pues nos acercamos al final de una vida plena... hermosa y ejemplar:

Cruzándose —en estos instantes—
van antiguos cantos
y entre lluvia de plata y copos de nieve
se despiden las almas

Papeles de colores envuelven las sonrisas
y unos piecitos diminutos e inquietos
bailan la danza de la curiosidad

los dedos ya rugosos dan vuelta
a las hojas amarillentas
y hay un ángel rubio prendido en el deseo [...].

Las líneas anteriores nacieron después de la última charla que tuvimos el 24 de diciembre de 1959. Durante la cena —que como siempre llena de entusiasmo había preparado Manuelita— Alfonso se sintió mal, subimos a la terraza y ahí tomó mis manos y me dijo:

— Sabes, hijita, me siento como mi maestro Planciades: Cada vez que subo el escabel para buscar un libro, temo perder la cabeza... mi espíritu flaquea y pienso, a veces, que todos estos libros, a los que he incubado largamente, me esconden sus secretos. Me parece que ellos también tienen frío... sus hojas, cual las de los árboles, se hacen amarillas y quebradizas. ¿No piensas que un día van a volar hechos polvo, y me van a dejar aquí solo, o bien, que yo los voy a dejar solos convirtiéndome en polvo?

— Por favor, abuelito, no digas esas cosas, no te pongas triste ni pesimista... tú me has enseñado a ser alegre...

— Sí, pero ¿y este ahogo, esta mano monstruosa que me oprime el pecho?

— Ya en otras ocasiones la has sentido...

— No con tal fuerza... déjame recomendarte varias cosas... —uno nunca sabe, diría nuestro

buen amigo el Principito—: Tu consigna deberá ser la misma que yo he practicado: no dejar punto muerto donde no hayas sembrado una hora de trabajo o un minuto de esperanza. Participar en todos los altos intereses de la especie, aunque sea con el modesto valor de la simple presencia; y poder decir, como Menandro y Terencio: “Hombre soy, y nada de lo humano puede dejarme indiferente”. Y, por favor, cuida de mi Manuela, el más grande amor de mi vida... ¡Cuánta paciencia ha tenido!... Cuida también de mi biblioteca para que mis libros y mis manuscritos no se dispersen. Mi voluntad es dejar todo esto a mi México querido, al mundo... y saber que lo que he construido con amoroso esfuerzo no se pierda ni quede envuelto en indiferencia, telarañas y polvo...

— Abuelito...

— Déjame terminar... se acerca el final, yo no me engaño ni te engaño...

— Creo que te puso así la muerte de Genaro Fernández Mac Gregor.


— Eso, el recuerdo de mi padre, el exceso de trabajo y... ¡qué sé yo!, pero confío en ti...

— Sí, puedes hacerlo, no olvidaré nada de lo que me has recomendado...

Lo besé con cariño.

El 25 de diciembre escribía en su *Diario*: “Amanecí mal, pero me compuse con medicinas Césarman. Meche Mac Gregor agradece por teléfono artículo sobre Genaro. Fernando Benítez,¹ *El rey viejo*. Me mataron”.

El 27 de diciembre, mi padre anota en el *Diario* de abuelito:

El día 26 de diciembre amanece postrado por muy mala noche, tuvo que venir Alfredo —en la madrugada— y en la noche el Dr. Ignacio Chávez, que me deja indicaciones para taquicardia y arritmia de papá. Lo vigilamos mamá y yo toda la noche. Pulso no varía (120 a 130 por minuto), presión tampoco (110-60). Último examen a las 6:30 a.m. A las 11:30 del 26 se le puso sedalol por inquietud. A las 7:30 a.m. mamá me avisa que *ya no respira*. Lo examino y ya todo acabó (7:45)... 

¹Última visita que tuvo nuestro Alfonso.

Orígenes de la popularidad de *Visión de Anáhuac***

La Visión se amplía

Las razones del tardío triunfo de *Visión de Anáhuac* parecen muy complejas e incluso pueden dividirse en literarias y no literarias. Para comenzar, a mediados de los años cincuenta Reyes tomó una atinada decisión editorial: reeditar en forma independiente, en ediciones sencillas y accesibles, sus primeros libros, los del periodo español, que nunca habían sido impresos en México, por lo que eran poco conocidos.¹ Así, *Visión de Anáhuac* se publicó en dos ocasiones en 1956, una por separado, como sobretiro, y otra en el tomo segundo de sus *Obras completas*.² Fue en ese año cuando co-

menzó a crecer su fama, y cuando la leyó la nueva generación de escritores, los del medio siglo, como Juan José Arreola, Emmanuel Carballo, Jaime García Terrés, Juan Rulfo, Ramón Xirau y, sobre todo, Carlos Fuentes.³ Casi hasta podría aventurarse que 1956 es la fecha de la lectura de *Visión de Anáhuac* por Fuentes, pues un año antes había dedicado a Reyes un poema cariñoso, aunque paródico, por sus “bodas de oro” como escritor, en el que mencionó varios títulos suyos: *Junta de sombras*, *Ancorajes*, *Las vísperas de España*, *Otra voz*, *Calendario*, *Tren de ondas* y *El plano oblicuo*, pero omitió *Visión de Anáhuac*.⁴

Obviamente, ésta no fue la única generación de nuevos lectores mexicanos de Reyes, distinta de los pocos amigos que la habían leído en sus primeras versiones españolas. También lo leerían con gratitud y placer los escritores de la siguiente generación, como José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Sergio Pitol. Además, se sabe que Octavio G. Barreda,⁵

* El Colegio de México/El Colegio Nacional.

** Extracto del “Prólogo” a la edición de *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, publicada recientemente por El Colegio Nacional. Agradezco la colaboración de Omar Urbina.

¹ A finales de 1955 le informó a Germán Arciniegas que en el Fondo de Cultura Económica (FCE) acababan de aparecer *El cazador* y *El suicida*, en ediciones independientes. Al año siguiente se publicaría *Ifigenia cruel*, también en la colección Tezontle. Por otro lado, en la muy socorrida Colección de Escritores Mexicanos de la Editorial Porrúa, coordinada por Antonio Castro Leal, quien hizo el prólogo, apareció en 1945, en dos volúmenes, *Simpatías y diferencias*, publicados originalmente en cinco tomitos en España, entre 1921 y 1926.

² Su primera edición era de 1917, en Costa Rica; hubo una segunda edición en Madrid, de 1923, en la colección Índice; finalmente se publicó en México en 1944, pero subsumida en una antología hecha por Castro Leal: *Dos o tres*

mundos, cuentos y ensayos, por lo que casi pasó desapercibida. Su primera edición independiente mexicana data de 1952, realizada por El Colegio de México.

³ Aunque con diferencias de edades, la mayoría de éstos publicó sus primeros libros en el decenio de los años cincuenta, sobre todo en la colección Letras Mexicanas del FCE.

⁴ En el precioso folleto editado por el onomástico, titulado *Nueva junta de sombras*, participaron Arreola, Carballo y Jorge Portilla, además de Fuentes.

⁵ Recuérdese que Barreda era el editor y el dueño de Letras de México, la empresa que la publicó en 1944.

Andrés Iduarte,⁶ Fernando Benítez y Octavio Paz habían leído antes *Visión de Anáhuac*: en el prólogo que Paz escribió en 1952, cuando era un joven diplomático en Francia, para la *Anthologie de la poésie mexicaine* que le solicitara la UNESCO, aseguró que *Visión de Anáhuac* era “un gran fresco en prosa”.⁷ Por su parte, Benítez había escrito en 1949 una gran crónica sobre la travesía de Cortés y su gente desde su salida de Cuba hasta su llegada a Tenochtitlan, que concluyó con la cita del aún no celebrado epígrafe. Utilizó profusamente a Cortés y a Bernal; de los modernos, sólo a Reyes, y también a Humboldt.⁸

Antes de las dos ediciones de 1956, *Visión de Anáhuac* gozó de otros reconocimientos que abonaron su creciente y rápido prestigio. Sucedió que, a mediados de 1953, se pidió a Reyes que autorizara una edición para el curso de literatura en español que impartiría su amigo Marcel Bataillon en París. Un par de meses después le entregaron el tiraje: una parte se iría a Francia, pero otra se vendería en Mé-

⁶El tabasqueño Iduarte tuvo que salir del país luego de su intempestiva salida del Instituto Nacional de Bellas Artes por el homenaje luctuoso a Frida Kahlo. Se acomodó como profesor en la Universidad de Columbia, y en 1956 publicó en Nueva York un folleto titulado *Elogio de México*, acaso para reivindicarse ante las autoridades del país. Incluía fragmentos de Cortés, Cervantes de Salazar, Bernardo de Balbuena, Humboldt, la Madame Calderón y López Velarde, terminando con un extracto de *Visión de Anáhuac*, texto que, según Iduarte, expresa el “asombro” de Reyes “ante el sobrecogedor paisaje de México, su emoción ante la ciudad luminosa y su fe en los valores morales e intelectuales” de los mexicanos. Cfr. Capilla Alfonsina, Fondo Folletos, núm. 911.

⁷Barrera Enderle sobreestima la influencia de Paz, al grado de decir que con él “inició el lento proceso de canonización”, en *Visión de Anáhuac, 1519. Visiones y revisitaciones: una lectura crítica*, Nuevo León, UANL, 2016, p. 149, pese a que su antología para la UNESCO tuvo poco impacto en México. De hecho, nunca se publicó en español, aunque sí en inglés: *An Anthology of Mexican Poetry*, Bloomington, University of Indiana Press, 1958. El prólogo lo hizo el crítico y helenista inglés C. M. Bowra, y nada menos que Samuel Beckett revisó la traducción. En la edición francesa lo hizo Paul Claudel, diplomático y poeta, como Reyes y como Paz.

⁸Fernando Benítez, *La ruta de Hernán Cortés*, México, FCE, 1950; en especial, véase el capítulo 10, “Tenochtitlán, piedra sobre el agua”.

xico.⁹ De hecho, el sobretiro de las páginas de *Visión de Anáhuac* del tomo segundo de las *Obras completas*, impreso en 1956, tenía un objetivo similar: surtir la solicitud de ejemplares para el curso de René Étiemble en la Sorbona.¹⁰

Aventuro algunas posibilidades sobre los factores externos, no literarios, que ayudaron al notable aumento de lectores de *Visión de Anáhuac*. Primero, está vinculada al predominio de la ideología nacionalista posrevolucionaria y a la redignificación del pasado histórico de la Ciudad de México-Tenochtitlan, al orgullo nacional por su belleza, pues Reyes describe el momento del asombro estético (geográfico, botánico, urbanístico y social) que tuvieron los hombres de Cortés a su llegada al valle de Anáhuac, cuya etimología —*atl* y *nahuac*— significa “rodeado de agua”.¹¹ De allí el título de Reyes: nos describe, literariamente, la *Visión* que los españoles tuvieron en aquel 1519, dos años antes de la Conquista; esto es, de la destrucción de aquella ciudad irrepetible y añorada.

Uno de los primeros pasos de esa orgullosa recuperación histórica fue la elaboración por Diego Rivera de los murales del primer piso en el patio central del Palacio Nacional.¹² Pareciera que Rivera

⁹Alfonso Reyes, *Diario*, VII. 1951-1959, ed. crítica, intr., notas, fichas bibliográficas y cronología de Fernando Curriel Defossé, Belem Clark de Lara, Luz América Viveros Anaya y Dulce María Adame González, México, FCE, 2010, pp. 166, 190, 216, 225 y 257.

¹⁰René Étiemble era un escritor francés y un notable “orientalista”; ejerció la docencia en París, Chicago y Alejandría, *ibid.*, p. 410. Habría que agregar otra edición contemporánea, aunque ésta no tuvo el menor impacto en México: en 1955. Segundo Serrano Poncela, intelectual español refugiado en Puerto Rico, preparó para el público universitario la antología *Prosa moderna en lengua española*, que la incluía.

¹¹Sebastián Pineda Buitrago, “Una teoría de México en *Visión de Anáhuac*”, en *Visión de Anáhuac, 1519. Visiones y revisitaciones: una lectura crítica*, *op. cit.*, p. 171.

¹²Jorge Alberto Manrique, “Frescos de Diego Rivera en el Palacio Nacional”, en *El Palacio Nacional de México*, México, Chapa Ediciones, 2007. En el apartado titulado “Los murales del corredor” (pp. 358-369), Manrique nos dice que el trabajo se hizo entre 1941 y 1951, aunque con “varias interrupciones”. El tema era la historia del país “desde la época prehispánica”, a plasmarse en 31 tableros “al fresco”.

tomó *Visión de Anáhuac* como guion de su maravilloso fresco de Tenochtitlan, con sus lagos, calzadas y templos; sobre todo, con sus mercados y su gente. Al respecto, José Emilio Pacheco también estaba convencido de que *Visión de Anáhuac* había servido “de estímulo” al muralista.¹³ En efecto, uno puede imaginarse a Rivera con el pincel en una mano y el pequeño gran libro en la otra. Imaginarse tal escena tiene pleno sustento histórico, pues Reyes y Rivera se frecuentaron mucho en 1915, cuando ambos estaban en Madrid. Se sabe que se juntaban con otros dos exiliados, Martín Luis Guzmán y Jesús T. Acevedo, el arquitecto-artista que fuera el impulsor del Ateneo¹⁴ y quien por entonces, siendo auténticamente vecino de Reyes —Torrijos 42—,¹⁵ escribió las páginas de *Corrientes oceánicas*. Su diálogo era permanente: mientras Acevedo escribía sobre la Nao,¹⁶ Reyes sentía deseos de asociar el descubrimiento asiático con el de Cortés y sus soldados en Tenochtitlan. El diálogo se entablaba entre los tres: Acevedo escribió un artículo sobre un cuadro que por esos días Rivera obsequió a Reyes.¹⁷

Manrique asegura que el plano dedicado a “El mercado o tianguis de Tlatelolco (La gran Tenochtitlan)” data de 1945 y que para realizarlo Rivera se basó, principalmente, en las crónicas de Cortés y Bernal Díaz —igual que Reyes, agregaría yo—, “complementando esta información con lo que él mismo había aprendido de la cultura prehispánica”, la que pinta en una versión “casi idílica”.

¹³Cfr. José Emilio Pacheco, “Inventario”, *Proceso*, núm. 650, 1989.

¹⁴El desconocimiento que sufre se debe a que murió pronto —en 1918— y escribió poco. Una entrañable imagen de él, en el prólogo que Reyes hizo a la recopilación de sus escritos, *Disertaciones de un arquitecto*, México, Ediciones México Moderno, 1920.

¹⁵La dirección completa es muy ilustrativa de la situación económica de ambos: Torrijos 42, duplicado, tercer patio, escalera C, 5° piso, letra B.

¹⁶Esa página de Acevedo se publicó en la prensa con el título de “La llegada del Galeón”, aunque Genaro Estrada lo llama, en forma más escueta, “La Nao”. Así como exageró con Paz, Víctor Barrera Enderle vuelve a hacerlo al considerar que el texto de Acevedo fue un “acicaté” para que Reyes escribiera el suyo, *op. cit.*, p. 148.

¹⁷El cuadro se llama “La Plaza de Toros de Madrid” y Reyes lo describe como una plaza circundada por tierra “gris plomiza” y rosa. De hecho, Reyes asegura que el tema le fue “inspirado” a Rivera “por Acevedo”.

Sin duda, *Visión de Anáhuac* puede percibirse en las paredes superiores del Palacio Nacional pintadas por Diego Rivera. Uno de los mayores expertos en la literatura mexicana del siglo xx —don Francisco Monterde— aseguró que “están unidos plásticamente texto y mural, hasta el grado de que el trazo de éste se diría hecho para ilustrar la *Visión*”.¹⁸ Así lo afirma también una especialista en Reyes, y lo atestigua quien mejor conoció su obra, su propia nieta Alicia: “El valor plástico de este texto es tal que uno se pregunta si este gran poema no contiene en cierta medida el germen de la transformación del genio de Diego Rivera, y si no es tal vez un punto de inspiración para esos vastos frescos que muy pronto recubrirán tantos muros venerables”.¹⁹

Otro elemento externo que coadyuvó a la glorificación de *Visión de Anáhuac* fue el desarrollo de la arqueología mexicana a mediados del siglo xx. En efecto, el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) había sido fundado en 1939 y pronto empezó a impulsar el estudio, la restauración y la conservación de los principales sitios arqueológicos de México.²⁰ Destaca entre éstos el Templo Mayor, en la zona céntrica de la Ciudad de México, indiscutible protagonista en *Visión de Anáhuac*. Los grandes hallazgos hechos a partir de la segunda mitad de los años setenta ratificaron el esplendor de la ciudad descrita tan vivamente por Reyes. Si

¹⁸Esto lo escribió Monterde como prólogo a una edición de la *Visión*, ilustrada precisamente con imágenes del conocido fresco de Rivera, pues seguramente Reyes no se la obsequió, por los poquísimos ejemplares que le llegaron de Costa Rica. Cfr. Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac* (1919), ils. de Diego Rivera, México, Ediciones Culturales Mexicanas, 1962, pp. 25-26.

¹⁹Paulette Patout —autora del utilísimo *Alfonso Reyes y Francia*— se refiere al paso de Rivera del cubismo a la pintura de frescos históricos. Sigue vigente la duda de cuándo leyó Rivera *Visión de Anáhuac*, pues en una carta suya a Reyes, del 30 de abril de 1916, le preguntó sobre lo que estaba escribiendo y sobre sus próximas publicaciones. Al año siguiente —7 de agosto— le agradeció el envío de *El suicida*, pero no menciona la *Visión*; cfr. Diego Rivera, *Correspondencia*, México, El Colegio Nacional, 1999, pp. 20 y 30.

²⁰Véase el reciente libro conmemorativo, *Instituto Nacional de Antropología e Historia. 80 años*, México, Secretaría de Cultura, 2019.

bien no puede asegurarse que su principal arqueólogo —Eduardo Matos Moctezuma— tuviera en una mano una pala o una escobetilla y en la otra el libro de don Alfonso, dos cosas sí pueden afirmarse: que el entonces director del INAH, Gastón García Cantú, era un gran estudioso de Reyes,²¹ y que hay una puntual correspondencia entre lo descrito en *Visión de Anáhuac* y la recuperación arqueológica del Templo Mayor.²² Pero no sólo impactó a los arqueólogos; también lo hizo con los historiadores: la mejor prueba es Miguel León-Portilla, quien por esos años recuperó “la *Visión*” que tuvieron no los españoles, sino los indígenas vencidos.²³ No hay la menor duda, en el “imaginario” de muchos mexicanos, *Visión de Anáhuac* y el Templo Mayor son indisolubles, como lo prueba que en mayo de 1986 se haya instalado en la Capilla Alfonsina de Monterrey una exposición con objetos encontrados en el Templo Mayor, alegándose la similitud etimológica de ambos: Templo y Capilla.²⁴

La *Visión* se populariza

Ilustrativa y significativamente, hay varios hechos que demuestran que durante los últimos años de la vida de Reyes *Visión de Anáhuac* había pasado a ser uno de sus libros más importantes.²⁵ Para co-

²¹ Había sido editor de dos textos imprescindibles de Reyes: la *Cartilla moral*, en 1959, y la *Oración del 9 de febrero*, en 1963.

²² Según un poeta español amigo de Reyes desde sus años madrileños, y quien luego se exilió en México, las afirmaciones de Reyes sobre Tenochtitlan —“piedra sobre agua”— son “infalibles enumeraciones arqueológicas”. Cfr. Juan José Domenchina, “Alfonso Reyes y su *Visión de Anáhuac*”, *Hoy*, 22 y 29 de junio de 1940.

²³ La primera edición del libro clásico de León-Portilla —más de 30 veces reimpresso— *Visión de los vencidos*, data de 1959, año de la muerte de Reyes, lo que me permite pensar en una alegoría historiográfica, en el paso de la hispanofilia al indigenismo.

²⁴ Raúl Rangel Frías, “Reyes y su *Visión de Anáhuac*”. Con ésta y otras conferencias impartidas en forma paralela a la exposición, se conformó un libro de ilustrativo título: *El Anáhuac a través de Alfonso Reyes*, Monterrey, UANL, 1986.

²⁵ El 16 de octubre de 1955, para celebrar sus “bodas de oro” como escritor, en el suplemento del diario *Excelsior*, el *Diorama de la Cultura*, se publicaron varios textos de ho-

menzar; a finales de 1955 hubo una petición al secretario de Comunicaciones y al regente del Distrito Federal para que en el aeropuerto de la capital se pusiera en letras inmensas, como saludo a los viajeros, la airosa frase de Reyes “Viajero, has llegado a la región más transparente del aire”.²⁶ Asimismo, en septiembre de 1958 se proyectó en todo el país un “documental patriótico” con guion del conocido periodista Carlos Denegri: su título, *Visión de Anáhuac*; para satisfacción de Reyes, la frase sobre la región más transparente era repetida “del principio al fin”.²⁷ Asimismo, poco después la Universidad Nacional Autónoma de México lanzó un novedoso programa, aprovechando los avances tecnológicos de entonces, para grabar discos con la propia voz de los mayores escritores leyendo sus textos más significativos. El disco de Reyes, que inauguró la serie, incluyó sólo *Ifigenia cruel* y *Visión de Anáhuac*. La primera podía representar dos cosas: el género poético y la temática griega. Bien pudo Reyes grabar otras poesías, dado que él se sentía en esencia poeta. Pudo también elegir varios textos en prosa que le eran especialmente queridos, como el cuento “La cena”, o como el sintético *México en una nuez*, o su remembranza sobre el *Pasado inmediato*, o unas páginas sobre su padre, sobre Monterrey o acerca de sus años en Madrid. Sin embargo, decidió leer y grabar *Visión de Anáhuac*, dejando aquel disco, que por cierto fue una de sus últimas actividades,²⁸ como su legado literario, su autoantología más ceñida, con lo auténticamente esencial, con sus preferencias definitivas.

Con seguridad, el elemento decisivo para la difusión de *Visión de Anáhuac* fue su inolvidable epígrafe: “Viajero, has llegado a la región más

menaje a Reyes y se reprodujeron algunas páginas suyas, entre ellas un fragmento de *Visión de Anáhuac*.

²⁶ La solicitud fue hecha por el poeta y crítico Ernesto Mejía Sánchez, en Auge, 13 de octubre de 1955.

²⁷ Alfonso Reyes, *Diario VII, op. cit.*, p. 667. Recientemente se publicó una biografía novelada sobre el singular periodista. Cfr. Enrique Serna, *El vendedor de silencio*, México, Alfaguara, 2019.

²⁸ Cfr. *Diario VII, op. cit.*, pp. 747, 752 y 754. Se grabó el 22 de agosto y el 25 de septiembre de 1959, a tres o cuatro meses de su muerte.

transparente del aire”. El mismo Reyes reconocía, en parte sorprendido, que éste, repetido “por todos”, había sido convertido en un “proloquio”.²⁹ Lo cierto es que Reyes ya lo había utilizado como parte de una frase de su conferencia “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX”, reconociendo entonces que procedía de Alexander von Humboldt.³⁰ Sin embargo, esa conferencia pasó inadvertida y luego cayó en el olvido. Lo relevante en verdad fue que Carlos Fuentes lo utilizara como título de su primera novela, publicada en 1958, la que tuvo un éxito sin precedentes. Aunque Fuentes le solicitó verbalmente el uso de su epígrafe, a lo que Reyes accedió por la vieja relación que había entre ambos,³¹ éste quedó molesto porque no le gustó el libro de Fuentes.³² A pesar de su enojo, la tremenda popularidad que de inmediato consiguió la novela ayudó a que se conociera entre los círculos juveniles la obra de Reyes, la del epígrafe afortunado. La muerte de don Alfonso al año siguiente y la auténtica irrupción de una nueva camada de escritores sirvieron para que esos años se consideraran el parteaguas de la historia de la literatura mexicana del siglo XX. Más aún, esa conversión del epígrafe de Reyes en el título de la em-

²⁹Sinónimo de *sentencia* o *dicho*.

³⁰Quien ha destacado la influencia de Humboldt en este texto de Reyes es Adolfo Castañón, *op. cit.*, pp. 87-88.

³¹Consúltese mi ensayo *Alfonso Reyes y Carlos Fuentes. Afinidades personales, deslindes generacionales y diferencias literarias*, México, El Colegio de México, 2014.

³²Como se sabe, Carlos Fuentes argumentó en una ocasión que en realidad la frase procedía de Humboldt, de quien Reyes la había tomado. Más aún, parece que Humboldt a su vez la tomó de Sófocles o de Menandro o incluso de Terencio. En un muy riguroso artículo, James Willis Robb insiste en la paternidad de Reyes de la famosa frase. Deja muy claro que éste la reelaboró con enorme imaginación, eliminando el carácter científico de la reflexión de Humboldt que le sirvió de antecedente. También queda claro, por un par de cartas enviadas por Reyes a Fedro Guillén, para corregir dos notas publicadas por éste en la prensa a principios de 1957, que la frase siempre la había considerado como propia. Cfr. James Willis Robb, *Por los caminos de Alfonso Reyes*, México, INBA, 1981, pp. 31-46. Sin duda es un epígrafe “con historia”. Véase “Carlos Fuentes en Princeton”, en Silvia Lemus, *Tratos y retratos*, México, FCE, 2013, pp. 308-309.

blemática novela de Fuentes pasó a ser vista como la estafeta del cambio.

El epígrafe de Reyes trascendió incluso el ámbito literario, pues los ambientalistas y los urbanistas se lo apropiaron como irrefutable crítica al crimen ecológico que se había perpetrado contra la otrora “región más transparente”.³³ Muchos se sorprenderán al saber que fue el propio Reyes quien inició este reclamo. En efecto, al regresar definitivamente al país, en 1939, encontró una ciudad muy diferente a la que había dejado en 1913, 26 años atrás. La violencia revolucionaria en las zonas rurales del país había dado lugar a un desplazamiento demográfico hacia las zonas urbanas, más seguras, comenzando por la capital del país. Asimismo, el uso de combustibles procedentes del petróleo en los automóviles, la cocina y los calefactores acabó con aquella transparencia.

Así, en 1940 Reyes escribió el texto “Palinodia del polvo”, en el que molesto reclamó: “¿Es ésta la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho de mi alto valle metafísico? ¿Por qué se empaña? ¿Por qué se amarillece? Corren sobre él como fuegos fatuos los remolinos de tierra. Caen sobre él los mantos de sepia que roban profundidad al paisaje.”³⁴

³³También adoptaron la frase algunos políticos. Cuenta Reyes con su natural desenfado que un día se encontró con el presidente Adolfo Ruiz Cortines, quien lo saludó citando “lo de la región más transparente”, cfr. *Diario VII*, *op. cit.*, p. 128. Reyes llegó incluso a soñar con la *Visión*: la noche del 26 de diciembre de 1954 soñó que la había leído Alfonso XIII —quien había perdido el poder hacía más de 20 años—, y que le había gustado. Cfr. *ibid.*, p. 299.

³⁴“Palinodia del polvo” apareció en 1951 en el libro *Ancorajes*, también publicado en la colección Tezontle del FCE, sufragada por los propios autores. Posteriormente se incluyó en uno de los tomos tardíos de sus *Obras completas*, el XXI, de 1981. En su constante traslado del artículo al ensayo, y viceversa, y de ambos al libro, en la seca y calurosa primavera de 1941 Reyes imploró que lloviera “y que el agua purgue de polvareda este Valle, antes transparente, y que se nos está volviendo —entre la desecación de lagos, la tala de bosques y la disgregación del cerco de montañas— algo como un ‘pinolé’ en suspensión”, cfr. Alfonso Reyes, “Plegaria por el agua”, *El Nacional*, 8 de abril de 1941. Atinadamente, Antonio Saborit publicó la “Palinodia” junto a la *Visión* en la colección Ronda de Clásicos Mexicanos,


La conciencia ecológica de Reyes no fue un simple producto de la nostalgia del exiliado. Desde 1915, cuando escribió la *Visión*, sabía que la desecación de los lagos provocaba la desertificación del valle. Seguramente era consciente también de que la construcción de las ciudades de México, Puebla y demás poblaciones del valle central, o la calefacción de éstas —agréguese Toluca— y la preparación de los alimentos de sus habitantes, habían dado lugar desde la época virreinal a la deforestación de los bosques y montañas que habían asombrado por su tamaño y densidad a los conquistadores. En rigor, la pérdida de aquella transparencia parecía inevitable desde entonces.

En rigor, el epígrafe pasó a ser una frase de uso común entre los capitalinos. Prueba de ello es que ha llegado a ser parte de la llamada cultura popular. Recuerdese que el caricaturista Rius hizo allá por los años setenta una historieta titulada *Los Supermachos*; pues bien, en 1974 el cineasta Alfonso Arau hizo una película basada en ella, ubicándola en el supuesto pueblo de San Garabato, al que calificó como “la región más transparente del aire.”³⁵ Muestra de la popularidad de la *Visión* en los últimos 30 o 40 años es su alto número de reediciones, más en antologías —por su brevedad— que como texto independiente; incluso encabeza un par de ellas.³⁶ Prácticamente todos los alfonsistas de los

editada por Planeta-Joaquín Mortiz y Conaculta en 2002. Carlos Fuentes utilizó la frase de Reyes arriba citada como epígrafe de otra novela suya, *Agua quemada*, de 1983.

³⁵El notable descubrimiento se lo debemos al alfonsista César Benedicto Callejas, “*Visión de Anáhuac*. Hacia una relectura vital”, en *Visión de Anáhuac, 1519. Visiones y revisitaciones: una lectura crítica*, op. cit., p. 139.

³⁶Respecto a las ediciones individuales posteriores a la muerte de Reyes, la primera fue hecha en 1962 por Ediciones Culturales Mexicanas, ya mencionada, con prólogo de Francisco Monterde e ilustraciones de Diego Rivera. Más adelante se publicó en la editorial Arte y Literatura, de La Habana, Cuba, en 1979. Muchos años después aparecería una edición de la UNAM, en 2004, con una breve presentación de Luis Leal; posteriormente vieron la luz dos ediciones en la UANL: una en 2008 y otra al año siguiente. Respecto a la inclusión de *Visión de Anáhuac* en las principales antologías alfonsinas, subrayo que figuró en la primera que se hizo después de su muerte, y que hoy sigue siendo la más leída; fue hecha por Ali Chumacero y la editó el FCE en 1963.

últimos seis decenios coinciden en que se convirtió en el texto más leído de Reyes.³⁷ El reconocimiento más reciente es el de uno de los mayores especialistas de la actualidad, quien preparó una ambiciosísima antología de los textos “mexicanos” de Reyes —casi dos mil páginas en dos gruesos volúmenes—, a la que tituló *Visión de México*.³⁸ 

Veinte años después también fue incorporada en la canónica colección Lecturas Mexicanas, en una antología que fue reeditada en 2004 como edición conmemorativa de los setenta años del FCE. También encabezó en 2005 el primer volumen de la colección Capilla Alfonsina que coeditaron el Tecnológico de Monterrey y el FCE; el tema del volumen era México y fue compilado y prologado por Carlos Monsiváis. Al año siguiente se publicó en la Biblioteca del Universitario —coordinada por Sergio Pitol— de la Universidad Veracruzana, edición que cuenta con un breve prólogo de Manuel Sol. También formó parte de la compilación hecha por Alberto Enriquez Perea en 2007, con el escueto título *Alfonso Reyes*, publicada por Cal y Arena. Claro está que también fue incluida en la que yo preparé, titulada *Alfonso Reyes, “un hijo menor de la palabra”*. *Antología*, publicada por el FCE en 2015. Desde luego, *Visión de Anáhuac* tiene un lugar protagónico en la antología de Adolfo Castañón, llamada precisamente *Visión de México*, publicada por la Academia Mexicana de la Lengua en 2016. Insisto en recomendar la consulta de la edición de la UANL, también de 2016.

³⁷Por ejemplo, para Francisco Monterde es una de las obras “por las cuales se le recordará”. Para el joven Sebastián Pineda, la *Visión* está entre los libros de Reyes “más leídos y comentados”. De la generación intermedia, el siempre atinado José Emilio Pacheco la considera “el texto más célebre de Reyes”. Carlos Monsiváis, otro notable miembro de dicha generación, afirma en el prólogo a su antología de Reyes que es “su texto más conocido”.

³⁸Castañón divide su antología en tres ciclos históricos: al primero lo llama “Los ciclos originarios”; al que sigue lo titula “El ciclo de las emancipaciones”, y al último, “El ciclo de la consolidación”. Castañón inaugura el primer ciclo con la *Visión de Anáhuac*, en una sección que nombró, muy significativamente, “De la *Visión* al encuentro”.

*El oficio de editora, a propósito de la obra de Saurabh Dube***

Estoy aquí debido a la cariñosa insistencia de Saurabh Dube. No es frecuente que se invite a participar en la presentación de un libro a la persona que tuvo a su cuidado el proceso de edición; sin embargo, Saurabh consideró que podría ser interesante conocer el punto de vista de quien está del otro lado del texto, metafóricamente hablando.

En el momento en que un original llega a las manos del editor dos visiones se enfrentan: por un lado, la del autor, quien ha dedicado muchos meses o años a investigar y a redactar un trabajo y que, después de leerlo, releerlo, pedir opiniones de colegas, discutirlo, esperar un dictamen... lo entrega con la absoluta seguridad de que el texto está listo, y esto significa para él un cierto descanso; por otro lado, la del editor, quien recibe un material cuyo tema a veces desconoce. Cada libro constituye un nuevo reto y la labor del editor es tratar de entender, corregir errores mecanográficos, poner el texto en un español que sea comprensible para todos, revisar la estructura del libro, resolver dudas, marcar tipográficamente, ... y seguir el camino de la formación, la lectura de pruebas, el cotejo y todo lo demás.

Aclaro que uso la palabra “editor” en el sentido de quien revisa, corrige y prepara para la publica-

ción un determinado texto; dicho más coloquialmente, quien cuida una edición. Es alguien que discretamente acompaña al autor, le cuida las espaldas, es “la sombra del guerrero”, en palabras de Ramón Córdoba, recordadas con mucho cariño por Marisol Schulz en un texto-homenaje al gran editor de Alfaguara.

No se trata de una persona que organiza un seminario, busca colaboraciones, define las características de ellas, las ordena y escribe una presentación o un prólogo. Tampoco es un “corrector de estilo”, expresión que me parece poco afortunada porque el estilo es del autor, es algo absolutamente personal y no puede “corregirse”; lo único que puede hacer el editor es señalarle al autor lo que no esté claro, las repeticiones, revisar fechas, nombres, topónimos, corregir faltas de ortografía y, acaso, mejorar la sintaxis.

Hay otro uso de la palabra editor: la que nos remite a unos personajes entrañables que, además de la intuición y el conocimiento acerca de qué publicar, tienen muy claro el posible mercado. Son intelectuales, sin duda, pero también saben hacer cuentas. Pienso en don Arnaldo Orfila, gran director del Fondo de Cultura Económica y fundador de Siglo XXI, quien tenía otra de las características de los grandes editores: la visión de futuro. ¿Quién pensaba, en los años cincuenta, sesenta o, incluso, setenta, publicar en español los libros de Lévi-Strauss o, poco después, los de Lacan, Foucault, Bourdieu, Bajtín? Otro caso es el de una editora excepcional: Sylvia Beach, dueña de una de las

* Editora, colaboradora durante ya muchos años en las labores editoriales de El Colegio de México.

** Texto leído en la presentación del libro *El archivo y el campo*, de Saurabh Dube, en El Colegio de México el 19 de septiembre de 2019.

librerías con más historia: Shakespeare & Company, en París, quien, desesperada por la censura y la negativa de editores estadounidenses e ingleses de publicar el *Ulises* de James Joyce, se lanzó a la aventura de hacerlo, colocando suscripciones para poder pagar la imprenta. Joyce afirmaba que el tiraje debía ser de una docena de ejemplares y que aun así algunos se quedarían sin vender, pero Sylvia mandó imprimir mil.

Muy rápidamente les contaré en qué consiste el trabajo del editor o, más bien, cuáles son los pasos que yo sigo, porque cada quien hace el trabajo de diferentes maneras y en tiempos distintos. Para empezar a familiarizarse con el texto hay que hojear el manuscrito página por página hasta hacerse su amigo, y así ir conociendo también al autor. En ese camino hay que verificar que el título principal coincida con el que está en la orden de trabajo o en el interior (no pueden imaginarse la cantidad de veces que esto no sucede); revisar la secuencia de las páginas; confirmar que los títulos de los capítulos sean los mismos que están en el índice; si no tiene índice, elaborar uno con las páginas correspondientes; revisar el criterio con el que el autor ha puesto títulos, subtítulos, subsubtítulos para marcarlos tipográficamente; uniformar enumeraciones (con letras, con números, con íes); marcar las llamadas y confirmar que las notas a pie de página sean las correctas; homogeneizar la presentación de las notas y de la bibliografía; cuando es posible, anotar si hay ediciones en español e incluir la ficha completa; casi al final, ver nota por nota y confrontar con la bibliografía. Una vez que se ha hecho todo esto... hay que empezar a leer... y señalar al margen y anotar aparte las dudas de redacción o de fondo, los nombres escritos de diferente manera; si hay cuadros o gráficas, revisar que estén claros y sus fuentes bien presentadas. Un principio indispensable en este trabajo es dudar, dudar y dudar, y luego buscar las respuestas en diccionarios, en otros libros e, incluso, con todas las reservas, en internet y, por supuesto, en consultas con el autor.

Hacia el final de la lectura, hay que preparar un primer encuentro con el autor para resolver lo anterior. En ocasiones, ese primer encuentro es un verdadero “enfrentamiento”; es tenso, con ambos a

la defensiva, calándose el uno al otro. En muchos casos es difícil transmitir al autor el porqué de una duda, porque para él todo está clarísimo.

Con Saurabh, desde el principio hubo una corriente de simpatía. Entonces nació una amistad que fue creciendo y se consolidó con el tiempo... y otros libros.

Después de leer *Sujetos subalternos*, el primer original que me entregó la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México, en 2001, me encontré por primera vez con Saurabh en su cubículo; ahí estaba un investigador serio y generoso. Dispuesto a escuchar y a encontrar soluciones. El único problema es que mi nivel de inglés oral era, y sigue siendo, rupestre y el español de Saurabh, inexistente. Sin embargo, nos pudimos entender: él hablando en inglés y yo en español. A ese primer encuentro le siguieron muchos más en su departamento de Coyoacán, a donde yo llegaba con las cuartillas que había leído y nos sentábamos largos ratos a aclarar ciertos pasajes, a veces una sola palabra. Me alegra reconocer que la presencia, en esos encuentros, de Ishita Banerjee fue importantísima para evitar que esos extraños diálogos acabaran en un desastre y porque de ahí nació mi respeto y gran afecto por ella.

Mi dificultad mayor era tratar de entender ciertos pasajes, hasta que me di cuenta de que me era indispensable tener a la vista la versión original en inglés, por lo que la lectura se convirtió, en casi todos los casos, en una revisión de la traducción.

Los originales de Saurabh son excepcionales porque están muy cuidados y casi no hay tropiezos como los que enumeré; cuando mucho, algunas inconsistencias en títulos de libros, nombres de editoriales, fechas de publicación, nombres propios escritos con pequeñas diferencias, pero nada que no pueda resolverse.

El reto principal fue acercarme a otra cultura, familiarizarme con los términos y distinguirlos, aprender cómo van los plurales y muchísimos detalles más. Aprender la diferencia entre Satnam, satnamis, Satnampanth, Satnampurush, Satnami Mahasabha, *Satnam Sagar*; distinguir entre “estudios subalternos”, “proyecto Estudios subalternos”, serie *Subaltern Studies*. El diálogo frecuente con Saurabh fue indispensable para lograrlo.

Parto de la convicción de que la labor de los traductores es sumamente complicada y que merecen todo el respeto del mundo; sin embargo, a veces el traductor conoce a la perfección el idioma del que traduce, pero su dominio del español es un poco más limitado. El gran escritor mexicano Sergio Pitol decía que el instrumento de un traductor es el idioma, que había que leer buen español todos los días de la vida, por lo menos una hora diaria.

En los libros de Dube, es muy común que se traduzca igual una palabra, sin matizar, sin tomar en cuenta el contexto y sin considerar que en algunos casos conviene más buscar un sinónimo; doy ejemplos muy frecuentes: *discrete* (siempre traducido como *discreto*, cuando puede significar específico, definido); *understandings* (como *entendimientos*, cuando puede ser interpretaciones, discernimientos); *discuss* (como *discutir*, que puede ser analizar, estudiar); *emphases* (como énfasis, que puede ser equivalente a afirmaciones, aseveraciones); *critical* (como *crítico*, que puede sustituirse por crucial, importante); *question* (como cuestión, que puede ser tema, problema).

La dificultad principal para los traductores de Dube es sin duda su muy barroca prosa, en la que abundan los juegos de palabras y las repeticiones con ligeras variantes; esto propicia que en algunas ocasiones los traductores tengan “saltos” en sus versiones (en uno de los textos me tropecé con por lo menos 12 de esos saltos, algunos de una línea y otros de cuatro o más). Además, de los siete libros de Saurabh que he revisado, la traducción la han hecho seis personas diferentes, lo cual les dificulta familiarizarse con la redacción del autor, y para el editor significa empezar a batallar de nuevo con cada libro.

Un combate, creo que muy personal, es tratar de evitar en lo posible las palabras o expresiones que se ponen de moda y que en mi opinión empobrecen el idioma: me refiero al uso y abuso de expresiones y verbos como “al interior de” (que significa ni más ni menos que *en* o *dentro*); “generar” (no es incorrecto, pero ahora se repite como si no pudiera utilizarse *crear*, *producir*, *propiciar*); “a través de” (por medio de, mediante); “al final del día” (en realidad, sólo está la noche), “el tema de” (su uso, que se ha popularizado últimamente, a veces produce unas

tonterías monumentales como decir “el combate al tema de la violencia”).

Con *Sujetos subalternos* sufrí como nunca, pero al mismo tiempo me deslumbró la inteligencia de Saurabh, lo complejo de su mente y su enrevesada forma de expresar sus ideas. El uso de metáforas y el acudir a términos “poco serios”, “poco científicos”, como embrollos, enredos, trama, urdimbre, retazos, texturas, coser, hilvanar, desenmarañar, trenzar, entrelazar, engarzar. Sus juegos de palabras no son nada inocentes; en ellos siempre hay un sentido o, peor aún, más de un sentido. Son verdaderos retruécanos (figura retórica que consiste en poner a continuación de una frase otra en la que están invertidos los términos, formando un sentido completamente distinto: “ni están todos los que son, ni son todos los que están”).

Me encantó su sentido del humor y su manera de estar en el planeta: nada le es ajeno, disfruta intensamente la música clásica y también *La pistola y el corazón*. Su reflexión sobre las Olimpiadas de Sidney (*Historias esparcidas*, pp. 248-251) es un ejemplo espléndido de su manera de manejar lo moderno y lo encantado. Su descripción de la ceremonia inaugural como la invocación de un pasado perfecto destinado a mostrar su eventual destrucción: “la identidad y la diferencia, articuladas por la historia universal, reunieron la comunidad y el Estado; esto es, los espacios encantados y los lugares modernos”. Deambula por sus textos un espíritu juguetero, aunque lo que esté analizando sea lo más serio. Una característica en particular que me fascina es su manera respetuosa y cariñosa de relacionarse con las personas con quienes trata, no son sus objetos de estudio, no son “subalternos”, son sus pares.

Todas sus preocupaciones teóricas y su forma de abordarlas son un homenaje imperceptible pero constante a sus padres antropólogos, sus maestros de vida y de academia. Además, hay algo de magia en su relación con la gente: el encuentro con Sattar, conocer a Savi Sawarkar y su obra, el hombre sabio de quien se despidió casi de rodillas.

Muchos de ustedes conocen la obra de Saurabh; aquí sólo quiero mencionar unos cuantos de los temas que le interesan para que comprendan la dificultad de revisar sus libros: evangelización y con-

versión, el poder del Estado, legalidad e ilegalidad, imperio y nación, la sexualidad (incluida la de las diosas), memoria e historia, la antropología, la religión y la Biblia, la modernidad y la subalternidad, el ritual, los crímenes (violaciones, asesinatos), las riñas entre vecinos, las disputas familiares, los archivos, la tradición, la ley imperial y la vida en las aldeas, las artes plásticas, el teatro, las mujeres y el género, las brujas y los amuletos, los signos, los símbolos, la vida de los subalternos, las sectas, las castas, la relación de la nación con Occidente, el modernismo, la modernidad y el ser moderno. En fin, en sus palabras, “la lectura y la escritura, el archivo y el campo, la narrativa y la teoría, el aprendizaje y el desaprendizaje, la investigación y la academia [...] implican propuestas para prestar atención al entrelazamiento de lo contingente y lo contradictorio, lo hermenéutico y lo analítico, lo afectivo y lo encarnado, lo sensorial y lo espectral, como fundamentos de mundos sociales y sus percepciones académicas” (*Formaciones de lo contemporáneo*, p. 17).

Un libro colectivo, como *Modernidades coloniales* (2004), tuvo problemas distintos pero que aparecen con frecuencia: la versión que alguno de los autores entrega en determinado momento al coordinador o coordinadores del volumen es distinta a la versión definitiva. En este caso, por ejemplo, de las 52 notas al pie de página de ese texto, sólo siete tenían su correspondiente información en la bibliografía; es decir, faltaban los datos de 45; se mencionaban autores que no se incluían en la bibliografía o se les citaba con otros libros, etcétera.

Unas cuantas palabras acerca del libro que nos convoca: *El archivo y el campo*. Se trata de una antología un tanto heterodoxa, como todo lo que escribe Saurabh: no hay ninguna referencia sobre cuáles textos se tomaron de qué libros suyos; tampoco hay créditos a los traductores. Él me había advertido que algunos textos eran nuevos, redactados parte en inglés y parte en español; otros eran fragmentos seleccionados de sus libros anteriores; unos más los había re trabajado, pero no había manera de que yo supiera cuáles eran unos y cuáles otros. Así que recibí un original de 761 cuartillas, con cerca de un millón y medio de caracteres. Tuve que empezar por confrontar cada uno de los capí-

tulos con los libros anteriores para ubicar los pasajes de donde provenían, anotarlos y partir de las versiones ya publicadas, para luego poder empezar la revisión tal como acostumbro. El riesgo de reunir textos escritos a veces con muchos años de diferencia es que pueden quedarse afirmaciones como “recientemente se reorganizó el comité editorial”, “en prensa”, “inédito”.

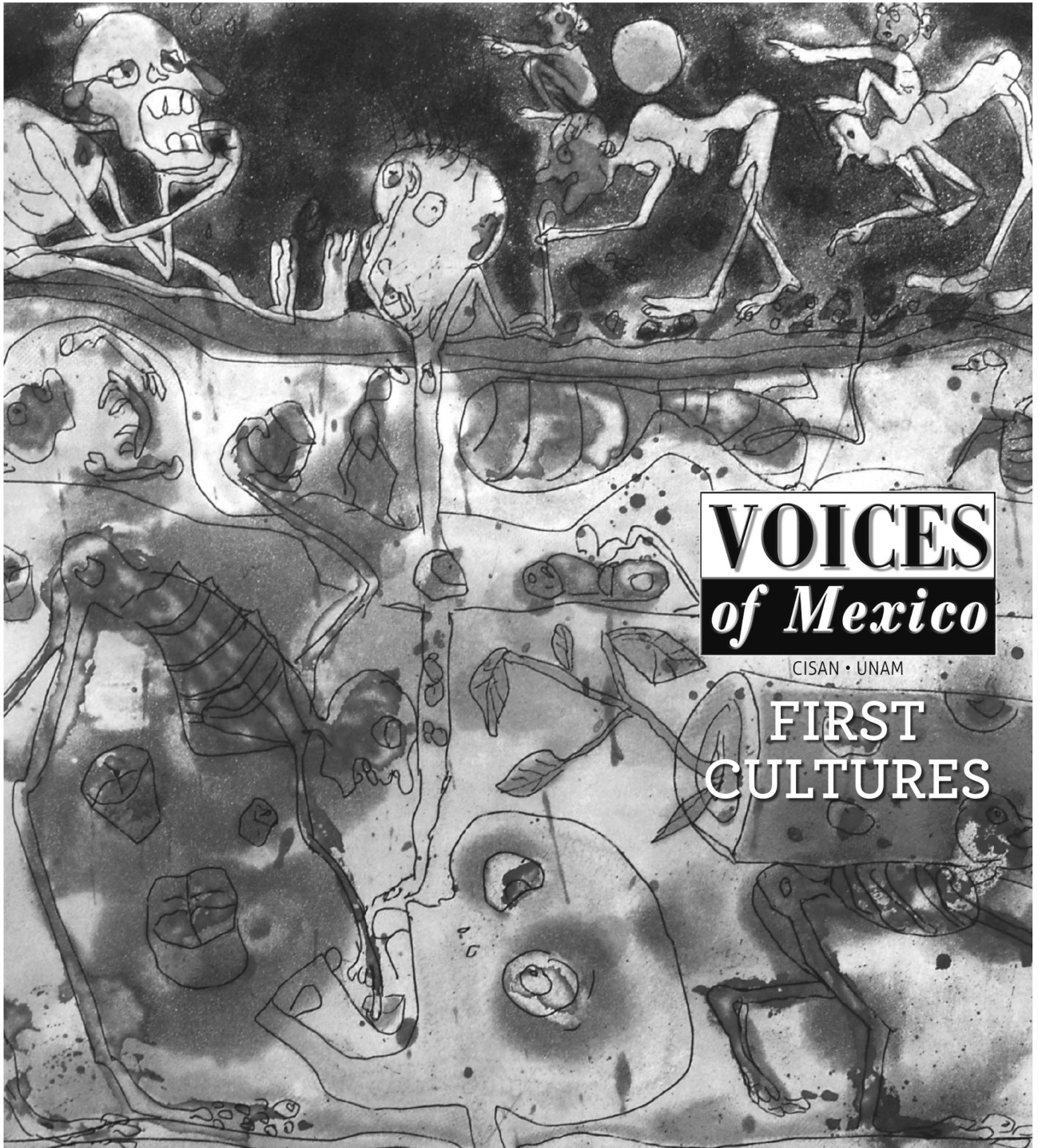
Esta labor me resultó sumamente interesante: ver cómo resolví ciertas expresiones a lo largo de 18 años; pude corregir algunos, unificar otros y, terrible impresión, ver las erratas que se me fueron.

Después de *Sujetos subalternos*, revisé *Genealogías del presente*, *Modernidades coloniales*, *Historias esparcidas*, *Modernidad e historia*, *Formaciones de lo contemporáneo* y *El archivo y el campo*.¹ Muchos años, muchos libros. Sé bien que, si tuviera que empezar ahora a revisar *Sujetos subalternos*, lo haría de manera muy distinta, quizá un poco mejor. Uno va aprendiendo, siempre aprendiendo, aunque nuestro trabajo no se advierta: no se nota lo que quedó bien, sólo lo que se nos pasó y quedó mal: erratas y errores que nunca faltan.

Ha sido una aventura, en realidad siete aventuras, y cada una de ellas un verdadero desafío muy enriquecedor.

Me gustaría pensar que mi trabajo ha logrado hacer un poco más comprensibles los textos de Saurabh Dube. ❧

¹ *Sujetos subalternos. Capítulos de una historia antropológica*, México, El Colegio de México, 2001. *Genealogías del presente. Conversión, colonialismo, cultura*, México, El Colegio de México, 2003. *Modernidades coloniales. Otros pasados, historias presentes*, México, El Colegio de México, 2004, editado junto con Ishita Banerjee y Walter Mignolo. *Historias esparcidas*, México, El Colegio de México, 2007. *Modernidad e historia. Cuestiones críticas*, México, El Colegio de México, 2011; 2ª. ed., 2018. *Formaciones de lo contemporáneo*, México, El Colegio de México, 2017. *El archivo y el campo. Historia, antropología, modernidad*, México, El Colegio de México, 2019.



VOICES of Mexico

CISAN • UNAM

FIRST CULTURES

▲ Sergio Hernández Popol Vuh, 20 x 20 cm, 2011-2012. Photo courtesy of the author.

Issue 109 • Autumn 2019

MAGAZINE Published entirely in English, brings you essays, articles and reports about the economy, politics, the environment, international relations and the arts.

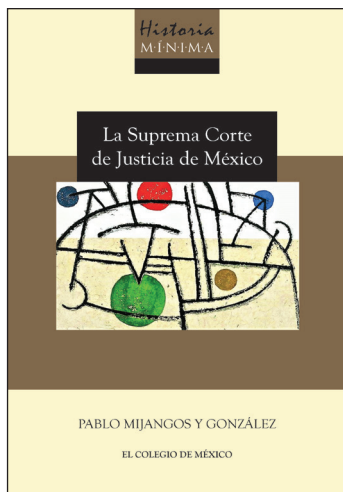
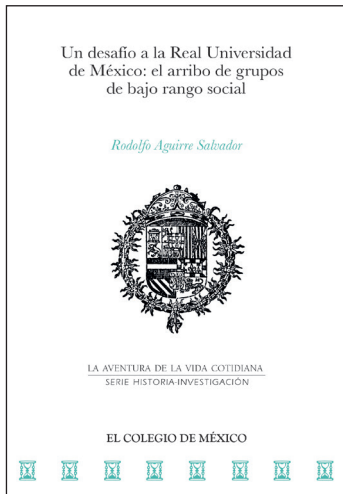
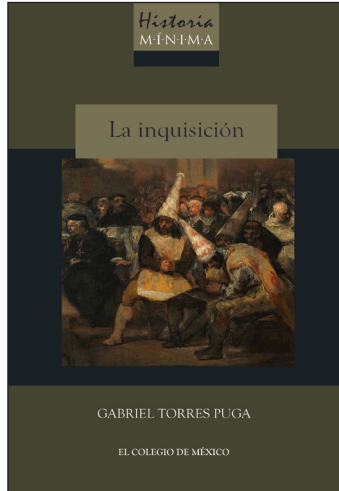
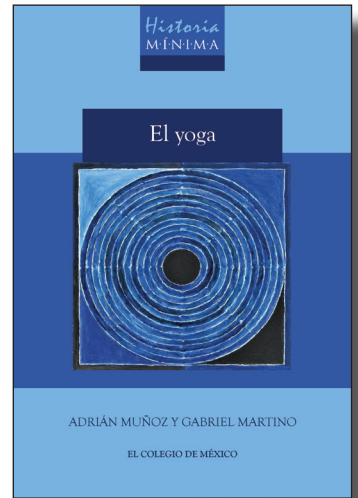
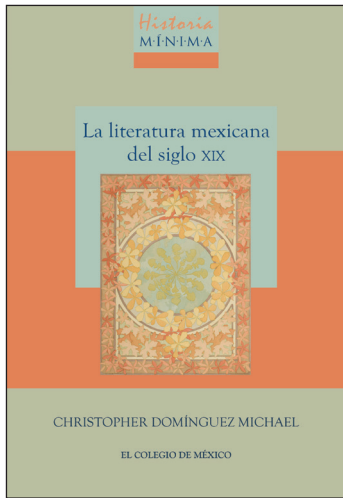
Published three times a year

Subscriptions Mexico \$145.00 M.N. United States and Canada US\$ 35.00 dlls. Other Countries US\$ 57.00 dlls.

Torre II de Humanidades, piso 10, Circuito interior de Ciudad Universitaria,
Ciudad de México, C. P. 04510. Telephone (011 5255) 5623 0308, 5623 0281

voicesmx@unam.mx www.revistascisan.unam.mx/Voices/

BACK ISSUES AVAILABLE
WRITE US FOR A FREE COPY



El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Carretera Picacho Ajusco 20,
 Ampliación Fuentes del Pedregal,
 14110, Ciudad de México
 Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 o correo electrónico:
 elibro@colmex.mx